

OBRA SOCIAL. EL ALMA DE "LA CAIXA".

EDICIÓN:

Obra Social "la Caixa"

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:

Edicions 62

DISEÑO GRÁFICO:

Francesc Sala

PREIMPRESIÓN:

Talleres Gráficos Alfa

IMPRESIÓN:

Egedsa

© de los textos, sus autores

© de la edición, Obra Social "la Caixa" 2013

Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona

DL: B-547-2013

RELATOS QUE MERECE UN LUGAR MUY ESPECIAL

HISTORIAS FINALISTAS DEL CONCURSO DE RELATOS
ESCRITOS POR PERSONAS MAYORES 2011-2012

PRESENTACIÓN

Leer, escribir, son actividades que nos permiten descubrir otras realidades, reflexionar sobre el mundo, vivir otras vidas y experiencias y, a través de ellas, conocernos mejor a nosotros mismos. Frente a la página impresa o la página en blanco, experimentamos el placer del recogimiento y de la intimidad, y gozamos con plenitud nuestra vida interior. Pero al mismo tiempo, leer y escribir son actividades colectivas, que nos permiten comunicar opiniones e ideas, expresar sentimientos y compartir emociones.

El proyecto Grandes Lectores de la Obra Social “la Caixa” tiene como punto de partida esta doble faceta de la lectura y la escritura, que potencia las capacidades individuales, estimula las capacidades cognitivas —la atención, la me-

moria, la creatividad y la imaginación—, refuerza la autoestima y favorece la relación entre las personas. No todo el mundo tiene el hábito de lectura. La ayuda de un monitor, que nos introduce en el mundo de los libros, es un estímulo para leer más y mejor. La pasión por la lectura resulta contagiosa. Los mayores lectores participan como voluntarios, en colaboración con los monitores, para animar los talleres. Grandes Lectores forma parte del Programa de Personas Mayores de la Obra Social “la Caixa” que responde al cambio de rol de las personas mayores en la sociedad: cada vez más activas, más implicadas en el entorno, más dispuestas a participar en la vida colectiva y ayudar a los demás.

De leer a escribir sólo hay un paso. El concurso de relatos organizado por la Obra Social “la Caixa” en colaboración con Radio Nacional de España quiere animar a las personas mayores a empuñar la pluma o sentarse frente al ordenador. Está abierto a todos los géneros, de los más realistas a los más imaginativos y fantásticos. Y a todos los puntos de vista, desde la expresión de recuerdos y sentimientos personales, a la invención que sirve de correlato a lo vivido. Un jurado

formado por escritores y periodistas profesionales se encarga de realizar la selección de los mejores textos, que se difunden a través del programa «Juntos paso a paso» y de las webs de Radio Nacional de España y de la Obra Social “la Caixa”. El relato ganador de cada año es objeto de una emisión radiofónica a través de Radio Nacional de España.

La idea de reunir en un libro los finalistas de la edición 2011 y la del 2012 es un estímulo muy importante para las personas que participan en el concurso. Supone un reconocimiento al trabajo y permite entrar en contacto con el público. Una novedad de este año es que los relatos de las cuatro ediciones del concurso que se han realizado hasta hoy, se utilizarán en los talleres de Grandes Lectores. Leer lo que han escrito otras personas mayores, que abordan temas próximos, sobre los que hemos reflexionado y sobre los que tenemos opinión, permite crear espacios de diálogo y representa un aliciente para lanzarse a escribir.

La Obra Social “la Caixa” quiere agradecer la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite difundir el concurso por toda la geografía española. Y destacar

muy especialmente el papel de las personas mayores: autores, lectores y protagonistas de este libro.



La radio está íntimamente ligada a los mayores. Forma parte de sus vidas desde hace décadas, siempre ha sido una compañía cercana, amena y fiel. Una compañía dispuesta a ofrecerles información, formación y entretenimiento. La radio de entonces y la radio de ahora, la que busca dar respuesta a las preguntas que se hacen nuestros mayores, la que muestra su nuevo estilo de vida; la que da a conocer sus opiniones de manera directa, y la que incentiva un envejecimiento activo y saludable.

De acuerdo con esta forma de entender la radio, RNE y la Obra Social "la Caixa" pusieron en marcha el Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores.

Es esta una manera de incentivar la lectura y la escritura a través de la participación en una ini-

ciativa cultural cuyo máximo galardón es, precisamente, el del reconocimiento a ese trabajo.

Un reconocimiento que se formaliza con la dramatización de la obra ganadora y su emisión en RNE. A esto se suma ahora esta edición especial en la que figuran los relatos finalistas de la edición 2011 y 2012.

Cuatro ediciones del Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores que hemos vivido con intensidad en RNE a través del programa «Juntos paso a paso».

Desde el momento en que se inició el concurso tuvimos el privilegio de recibir cientos de escritos originales. Realizamos una selección difícil, ya que la calidad literaria, la originalidad de los textos y la emoción plasmada en cada uno de ellos, complicaba la toma de decisiones. Muchos de ellos narraban tragedias personales, o vivencias plenas de satisfacción y añoranza. Y todos enviaron sus obras sabiendo que su gran premio era participar.

Los relatos finalistas, que ahora pueden leerse en la presente edición, merecen, sin lugar a dudas, figurar en ella. Con estas ediciones del concurso, y con las futuras, RNE establece un nuevo vínculo con sus oyentes, utilizando la literatura como nexo de unión.

Desde el programa «Juntos paso a paso» hemos vivido cada etapa de estos premios junto a los mayores. Los autores han acudido a nuestros estudios para contarnos cómo escriben, qué placeres encuentran al enfrentarse a una cuartilla, qué ilusiones y motivaciones les lleva a fabular, a imaginar una vida o a recordar y evocar otra . Un programa en el que cada semana recogemos sus opiniones, y les ofrecemos una radio cercana; una compañera, amena y fiel.

rne

FINALISTAS
2011

PRIMER PREMIO 2011

LA CASA DE ENFRENTÉ

Juan Díaz de Atauri

Al principio no había más que un campo pequeño. Quedaba entre la calzada y el mar, que, por lo general, llegaba suavemente hasta las rocas planas que desgarraban unas olas mínimas. Crecían entre el cascajo unas hierbas ralas, mezquinas, resistentes al aire y al salitre. La mayoría de las tardes se quedaba mirando desde la ventana la lenta pesadumbre con que el agua acariciaba el pedregal. Cuando el sol calentaba un poco, bajaba con una silla de lona a escuchar el crujido del agua mientras paseaba la mirada desde las líneas negras de un periódico hasta la mancha abigarrada de blancos diferentes del pueblo que asomaba detrás del malecón. Dormitaba distraído hasta que el relente lo echaba a la casita adosada

que había alquilado un año antes, al otro lado de la calle, cuando lo jubilaron del Ritz de Madrid.

Luego cerraron el campo; pusieron una valla de tablas mal ensambladas con una puerta grande de tela metálica y, hasta que levantaron el primer piso, siguió viendo el mar desde su ventana; tampoco le importó mucho dejar de verlo cuando levantaron la casa; casi al mismo tiempo limpiaron de piedras el terreno de la parcela de al lado, lo rellenaron, pusieron césped y unas palmeras; solo tenía que desplazarse unos metros para volver a ojear el periódico junto al mar, pero la casa que ocupó el espacio de delante de la suya le supuso una fuente de interés. Al principio fue solo el proceso de edificación, más tarde la casa misma creció también dentro de él. El primer atisbo de aquellas transformaciones lo tuvo una tarde tibia de invierno. Estaba sentado en su silla de lona cuando llegaron. Vinieron en un coche inmenso, plateado. Ni la mujer ni el hombre cumplirían ya los cuarenta. Ella se movía con movimientos bruscos, un poco sincopados. Midió a grandes pasos la parcela, braceando, hablaba con pasión al hombre, que se mostraba más a la expectativa, callado. No se enteró de lo que decían porque se había retirado a su casa cuando los vio bajarse del

coche. En los siguientes cinco meses no ocurrió nada, salvo algunas visitas al terreno de la mujer sola. Llegaba en el mismo coche del primer día, recorría el terreno a grandes pasos, dibujando habitaciones en el suelo; se detenía, miraba a un lado y a otro, en ocasiones se quedaba muy quieta como meditando, pero por poco tiempo. Siempre se marchaba súbitamente, acometida por una prisa repentina. Empezaron las obras a finales de aquella primavera. Fue ella quien las vigiló. El hombre aparecía solo de vez en cuando; paseaba distante con el casco en la cabeza, o en la mano, que sacaba de la parte de atrás del coche (un coche que era muy parecido al que llevaba ella o era el de ella) con cierta ceremonia como si se tratara de un instrumento precioso o una prenda de lujo. Ella cambiaba entonces; sustituía aquellos ademanes de seguridad y dominio con que trataba a los obreros, por otros que a él, que atisbaba desde su casa, le parecían más mansos, más sometidos. Alguna vez discutieron; le pareció que era sobre la construcción misma, porque ella señalaba con insistencia casi violenta el plano que sostenía en la mano, pero después cambiaba, los motivos debieron derivar hacia otros asuntos; desaparecía, entonces, toda mansedumbre de la actitud de la

mujer: gritaba, aunque él no oyó nunca los significados de las voces, sino solo el estruendoso rumor de la ira.

Estaba ya la casa cimentada y hecho el sótano con una entrada ancha —seguramente el garage— y se alzaban los pilotes que sustentarían los pisos siguientes, cuando le salió un trabajo temporal en un hotel de Orihuela. Aunque se sentía bien instalado en su condición de pensionista, le gustaban aquellos trabajos esporádicos, le sacaban de su cómodo orden de vida, de su ocio bien organizado y de su casa de sesentón célibe. En los días previos vivía en una tenue excitación, como si pudiera suceder algo desconocido. También le gustaba Orihuela, su aire de ciudad antigua y su solidez burguesa levantina, tan diversa de la desarticulada inconsistencia de los pueblos costeros. Mientras estuvo fuera, recordó muchas veces la casa en su progreso; no sabía cómo, pero le inquietaba que fuera creciendo casi para él —no la casa, sino su crecimiento—; también recordaba con afecto, como si le tocara en algo, el desamparado dinamismo de la mujer supervisando la obra. Cuando volvió, estaban poniendo la cubierta. Era un tejado raro, mucho más volado que los que se solían ver por los alrededores. Un día, al caer la

tarde, cuando ya se habían ido los obreros, la mujer y el hombre tuvieron una discusión —quizá motivada por el tejado—, hubo gritos, gestos violentos; en un momento pareció que iban a agredirse físicamente; poco a poco, se fueron calmando; ella lo acarició en la cara; se sentaron tras el antepecho de una ventana, y él dejó de verlos.

Le gustó la casa cuando estuvo terminada. Tenía grandes ventanales, que no cerraron con persianas, de forma que, desde su ventana, podía ver los distintos cuartos de la casa. En la parte de abajo había uno grande que ocupaba todo el fondo y se abría en otro ventanal a la parte trasera; a la izquierda de este, había otras dependencias que no podía ver, quizá un comedor y una cocina. La parte trasera, o delantera pues era la que daba al mar, también se abría en paredes de vidrio a un jardín breve, luego estaba la mancha azul de una piscina que unía sus reflejos acuosos con los del mar más allá.

No tardaron en empezar a vivir allí. Supo sin quererlo —en todas las vecindades se sabe casi todo enseguida— que estaban casados, también supo más cosas a las que prefirió no dar crédito. De vez en cuando recibían la visita de algunos jóvenes: o bien dos chicas, o bien un chico, rara

vez los tres juntos, pero no se quedaban mucho tiempo. Se solía crear una tensión especial —o así le parecía a él— con la llegada de los que imaginó hijos de anteriores matrimonios: veían la televisión en silencio y, de vez en cuando, el hombre se levantaba y servía bebidas.

Una tarde que había bajado al jardincillo de las palmeras a leer el periódico, descubrió que desde el extremo de este podía ver la habitación de arriba. Intuyó un cuarto espacioso comunicado con un baño esquinero, y en las dos esquinas había ventanas grandes. Habían calculado muy bien la altura de los antepechos y era imposible ver desde fuera más que las cabezas de los que se movían dentro. En el crepúsculo de la noche, cuando alguien iluminó el interior con el vacilante resplandor de alguna vela, imaginó a la mujer bañándose mientras contemplaba el mar.

Fue desde aquel mismo jardincillo desde donde presenció una —quizá hubo más— disputa violenta: pudo ver los brazos moviéndose a la busca del otro y, en un instante, el choque de la cabeza de la mujer contra el vidrio de la ventana. En los días siguientes, la distancia de trato entre ellos, que ya había percibido, se hizo más manifiesta y permanente: miraban la televisión en si-

lencio, cada uno desde un sillón diferente; se contestaban con gestos bruscos, despectivos y algunas veces discutían.

De vez en cuando recibían visitas. Daban cenas a las que asistían hasta diez o doce personas. Él los veía, seguramente después de haber cenado, instalados en el cuarto acristalado, en el que otras veces miraban la televisión; en aquellas ocasiones se mostraban obsequiosos y sonrientes. Solían beber mucho, gesticulaban, hablaban, a veces se bañaban en la piscina desnudos—él apenas entreveía los cuerpos moviéndose más allá de las dos cristaleras—. Una de aquellas noches, después de que se fuera la mayoría de los invitados, y solo quedaran en la estancia ellos dos y otras dos mujeres, hubo una disputa definitiva. Se dio cuenta por la actitud del hombre que insultaba violentamente a la mujer; pudo ver cómo ella estallaba en llanto y cómo las otras dos mujeres se enfrentaban al hombre, que dejó el cuarto impetuosamente. A los pocos minutos salió en el coche haciendo chirriar las ruedas. Ya no le vio más, aunque una vez, pasados unos meses, cuando volvía a su casa de un paseo vespertino, creyó ver su coche que se alejaba de la casa.

En los meses siguientes la mujer vivió sola en la casa; procuraba pasar poco tiempo en ella —él la veía mucho menos—; estaba ensimismada y a veces lloraba. El chico joven vino una o dos veces en sábado, pero se iba enseguida, el domingo por la mañana. Dio algunas fiestas —unas tres o cuatro— más bien tumultuosas, dos de ellas solo de mujeres. En todas ellas se manifestó sumamente activa, sirviendo a unos y a otros, riendo ostensiblemente y bebió mucho.

No había pasado un año desde que el hombre se fuera cuando ella también se fue. Un día vio un camión de mudanzas, estaba vaciando la casa. Al poco tiempo la demolieron. Pero él ya no vio más; nada le ataba allí, ni siquiera aquel mar desolado entre jirones urbanos. Se fue a Orihuela. Más tarde supo que habían edificado una línea de casas de seis alturas a pie de playa.

UNA LIBRERÍA PARA DESCAMBIAR

Nieves Álvarez Martín

Cuentos, novelas, cromos, historias de papel. No es necesario comprar, se ofrecen al canje. Si tienes un cómic del Guerrero del Antifaz o de Sissí Emperatriz (por poner dos ejemplos) y tienes una perra chica, puedes ir a cambiarlos a casa de Doña Elvira.

Doña Elvira es una maestra que no da clases en ninguna escuela. Tiene estudios y todo, pero, por lo visto, lo que no tiene es *certificado de penales*. Puede que no lo tenga, pero yo puedo certificar que pena, lo que se dice pena, tiene mucha. La he visto llorar cuando cree que nadie la ve.

Según dice el padre de Mari Carmen, mi mejor amiga, Doña Elvira no tiene ese certificado por lo que hizo durante la guerra. También dice que es una mala persona, y que antes, *cuando estaban los suyos*, si le decías (es un suponer) «adiós Doña Elvira», ella te contestaba «no digas adiós, porque Dios no existe». Y dicen que cuando fue maestra, quitó el crucifijo de la escuela y lo guardó en un cajón. Dicen también que es el mismo que ahora está en la pared de la escuela, al que rezamos todos los días cuando llegamos y al que volvemos a rezar cuando salimos.

Yo se lo he contado a mi padre y mi padre me ha dicho que él tiene otra versión de la historia. Mi padre, cuando habla de estas cosas, baja la voz y me dice que es mejor no hablar muy alto de según qué temas. Que esos temas deben ser un secreto entre nosotros.

También dicen en mi pueblo que Doña Elvira estuvo presa y que si no la mataron fue gracias a su tío, el cura. Que es lo que yo no entiendo: ¿por qué no va a misa Doña Elvira, si su tío es cura?

En conclusión, que como Doña Elvira no tiene el certificado ese, no puede ser maestra y para sacarse un dinerillo cambia libros, cromos, cómics. Yo creo que no saca mucho dinero, porque en mi

pueblo leer, lo que se dice leer, no lee casi nadie. Mi padre sí, mi padre lee siempre y desde que Doña Elvira ha puesto la librería mi padre va a cambiar allí los libros y eso que puede leer gratis los que le presta su amigo, el boticario.

Claro que mi padre tampoco es de fiar, se lo oí decir una vez al padre de Mari Carmen, hablando con su madre:

—Mujer no deberías dejar a nuestra hija ir con la hija de Santos, ese no es de fiar.

—Son unas niñas.

—Por eso, no voy a consentir que mi hija se relacione con una niña cuyo padre estuvo en la cárcel.

No pude moverme, ¿estaban hablando de mi padre?, ¡de mi padre!, el hombre más bueno del mundo. No podía creer que mi padre hubiese estado en la cárcel. Quería salir corriendo, pero no pude. Seguí escuchando.

—Estás exagerando. Santos es un buen hombre y aquello ya pasó, ¡deja a tu hija que elija a sus amigas!

El padre de Mari Carmen dio un portazo y salió de casa. Yo me escondí, ese hombre me daba mucho miedo.

Había ido a la casa de Mari Carmen, como siempre, a buscarla para que me acompañase a la

librería del portal de Doña Elvira, a descambiar el último cómic que había leído. Mari Carmen y yo siempre vamos juntas a descambiar los cómics a casa de Doña Elvira y, a veces, no tenemos que pagar nada:

—Hoy invito yo, si os lleváis este.

Decía, a veces, Doña Elvira, y nos daba el cómic que a ella más le gustaba. Nosotras nos poníamos muy contentas.

Pero ese día, tras escuchar aquella conversación, no quise entrar en casa de Mari Carmen. En ese mismo momento decidí que no iría nunca más a buscar a Mari Carmen a su casa. Su padre dice unas cosas terribles de mi padre.

No sé si os he contado que el padre de Mari Carmen es sargento de la guardia civil. El cuartel está enfrente de mi casa. Ellos, los guardias civiles, a veces, también van al portal de Doña Elvira. Pero no van a cambiar cómics como nosotras. Ellos van y lo registran todo. Nunca he sabido por qué, pero acabo de descubrirlo y os lo voy a contar.

He llegado sola, corriendo y llorando, al portal de la librería de Doña Elvira. El padre de Mari Carmen, acompañado de otro guardia civil, estaba allí (mi madre dice que ellos siempre van en

pareja, como los novios). Afortunadamente no me vieron. Y como yo prefería que no me viesen, me escondí en un lugar desde el que podía verlo todo y escucharlo todo, sin ser vista.

—Hemos recibido una denuncia y por su bien será mejor que nos entregue el material prohibido —decía el padre de Mari Carmen.

Doña Elvira estaba muy tranquila y contestó:

—No se de qué me habla.

—No se haga la tonta, sabemos que oculta libros censurados.

—Pueden revisar lo que quieran, no encontrarán nada.

—¿Ah, no? Ya lo veremos. Esta noche dormirá en la cárcel.

Yo no sé lo que quieren decir con eso de libros prohibidos, libros censurados. Pero debe ser algo muy peligroso, si pueden meter en la cárcel a Doña Elvira. Tal vez también lleven a mi padre a la cárcel, por leerlos. ¡Claro!, puede que mi padre estuviese preso por leer libros censurados (seguí pensando). Incluso... me pueden meter a mí en la cárcel por venir aquí. Estoy muy asustada.

Desde mi escondite veo cómo la guardia civil tira todos los libros al suelo, revuelve los cajones, grita. Cuando suben a la parte de arriba de la casa

salgo de mi escondite. Pero lo hago con tanta precipitación que me caigo en el cesto de la plancha que está justo al lado. Me levanto y descubro que allí, debajo de la ropa, hay libros. ¿Serán los libros censurados que está buscando la guardia civil?. No sé qué hacer, pero algo me dice que es mejor que no los vean. Por eso vuelvo a taparlos y me siento encima del cesto. Doña Elvira acaba de verme, se acerca a mí y dice:

—¡Por favor!, Alicia, ven más tarde, no es un buen momento.

Luego me sonrío y me hace un gesto con la mano para indicarme que tengo que marcharme ya. Yo me pongo de pie para obedecerla. Entonces, Doña Elvira descubre el cesto. Se escuchan pasos en las escaleras. La guardia civil está bajando. Las dos miramos ahora el cesto y Doña Elvira me hace gestos para indicarme que me lleve el cesto conmigo, de inmediato.

Salgo a la calle con aquel cesto de ropa. Es un cesto tan grande como yo. Pesa mucho. No sé adónde ir con él. Entonces recuerdo el corral de mis tíos que está justo al lado. Hay una entrada secreta que solo conozco yo. Allí está mi escondite. No lo conoce nadie, ni siquiera mi padre. En unos segundos estoy dentro del escondite, asom-

brada de mi propia fuerza. Por fin, el cesto, los libros y yo estamos a salvo. Desde allí puedo ver que el padre de Mari Carmen y el otro guardia civil salen de la casa de Doña Elvira sin nada.

No sé qué hacer, pero tengo claro una cosa: quiero ver cómo son esos libros que son tan peligrosos.

Ya sé leer, bueno, sé leer pero no lo suficiente como para leer *Alicia en el país de las maravillas*, por ejemplo. Mi padre dice que ese libro parece un cuento pero no lo es. *Hay que haber leído muchos libros antes de poder leerlo*, suele decir. Yo, hasta ese momento, me he conformado con leer cómics del Jabato, El Guerrero del Antifaz, Pulgarcito y cosas así. Pero ahora tengo delante de mis ojos libros tan peligrosos que pueden meter en la cárcel a quienes los leen. Leerlos todos será una misión secreta.

Quito con cuidado la ropa que los cubre y, con mucha dificultad, leo, en voz muy baja, los títulos: *Ulises*, *Lolita*, *El hombre delgado*, *Izas*, *Rabizas* y *Colipoterras*, *El peregrino*, *Los Topos...* ¿Qué pueden tener de peligroso estos libros? Me aprenderé de memoria sus nombres y los nombres de sus autores (Blasco Ibáñez, James Joyce, Nabokov, Dashiell Hammet, Camilo José Cela...)

y leeré todos estos libros aunque tenga que esconderme todos los días en este lugar. Comienzo a leer en ese mismo momento y no dejo de leer hasta que se va la luz y es casi de noche. Entonces pienso en mis padres, ¡estarán preocupados! Escondo el cesto de ropa lleno de libros clandestinos y salgo de allí corriendo. No paso por casa de Doña Elvira, tengo miedo a que haya vuelto la guardia civil.

Mi madre me está esperando en la puerta de casa y al verme llegar se acerca a mí gritando y me da un bofetón. Dice que mi padre y mi hermano han ido por ahí a buscarme. Que nadie me ha visto en toda la tarde y que ella ha estado a punto de ir a dar parte a la guardia civil.

—Hoy te vas a acostar sin cenar. Y no me mires así, no sea que vayas a dormir caliente. Dónde habrá estado esta mocosa.

Cuando mi madre dice eso de dormir caliente quiere decir que si digo algo me dará más guantazos. Por eso no digo nada, por eso y porque no quiero decir nada. Ella sale de casa y regresa enseguida con mi padre y a mi hermano. Cuando llegan, mi padre me abraza y mi madre sigue enfadada, con la mano en alto, amenazante, y dice:

—Ya nos explicarás dónde has estado hasta estas horas. Anda, anda a la cama que te voy a dar más palos que a una estera.

No sé si seré capaz de explicar algún día lo que acabo de vivir. Pero creo que tendrán que pasar muchos, muchos años.

MATÍAS HIDALGO RUIZ

Ramón Cabrera Naveiras

A Andrés le despertó el teléfono. Era su mujer.

—¿Ya es la hora? —preguntó irritado. No le gustaba madrugar.

—Acaban de dar las seis y media. He querido asegurarme de que no te quedarías dormido.

—Gracias, cariño, ahora me levanto —dijo con desgana.— ¿Que tal el tiempo en Valencia?

—Hará un buen día.

—Aquí en Madrid lo mismo. ¿Cómo has pasado la noche?

Tardó unos largos segundos en contestar. La espera le alarmó. Escasas semanas atrás les habían informado de que difícilmente podrían tener hijos. Para los dos fue un mazazo. Y ella se hundió en una extraña y silenciosa melancolía que no acababa de superar.

—Bien, bien, no te preocupes —la oyó decir finalmente.

—¿Qué ocurre?

—¡Ah, nada, nada! Me estaba colocando en una postura más cómoda —Luego añadió—: Mi hermana está conmigo, ya lo sabes. Todo va de perlas.

Siempre desearon tener descendencia, prolongar sus propias vidas en un hijo. Lo normal en una pareja. Pero ahora... Un par de veces, meses antes, al comprobar que el embarazo no se producía, comentaron de pasada, sin demasiado convencimiento, la posibilidad de una adopción. No volvieron a hablar de ello, en la esperanza de que al final se verían cumplidos sus deseos. Y no habían vuelto a hacerlo después del dictamen de los médicos. ¿Iba a ser lo mismo un niño adoptado?

—Sí, sí, es verdad, no me acordaba de que Laura te hace compañía. Cuídate. Te quiero mucho.

Y era verdad. Posiblemente la amara más que antes. Y ella a él. La frustración, contra todo pronóstico, había estrechado sus lazos.

—Yo también te quiero —afirmó ella.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. Que no haya problemas en el último momento —le deseó al despedirse.

Mientras se arreglaba, desde recepción le avisaron de que eran las siete menos cuarto. La reunión con los japoneses estaba concertada a las diez, en una sala reservada del Villa Magna, donde ellos se hospedaban. Le habían rogado la máxima puntualidad, ya que su avión de regreso a Tokio tenía fijada la salida a la una de la tarde. Él se alojaba en otro hotel, a unos diez minutos de camino en taxi, media hora y pico a pie, más o menos. Disponía, pues, de tiempo más que suficiente.

Antes de bajar a desayunar se entretuvo en repasar la documentación. Todo en orden. Releyó las cláusulas del contrato por las que vendía el cuarenta por ciento de las acciones de su empresa a la firma Toyohama y él compraba un cinco por ciento de las suyas. Meses de negociación para llegar a ese acuerdo que daba un respiro a su negocio. Estuvo al borde de la suspensión de pagos. La situación, durante la semana anterior, parecía haberse tranquilizado algo pero, aun así, no desistió de ese proyecto de fusión. Los mercados estaban inseguros. Quería vivir tranquilo, sin sobresaltos, y no le importaba la pérdida de beneficios que esa solución le causaría. Se fijó en que faltaba la fecha en el contrato. Sacó la pluma y la

escribió en el original y las copias: once de marzo de dos mil cuatro.

A las siete y diez ya estaba en el comedor de su hotel. Un bufete generoso. Pero no tenía hambre. Se sirvió un café con leche y un *croissant*, que apuró con parsimonia, dando vueltas en su cabeza a la reestructuración que se vería obligado a realizar en la fábrica. Vio *El País* en una mesa vacía y lo cogió para hojearlo. Nada interesante. A las siete cuarenta y cinco ya estaba en la calle. Hacía fresco. Un par de ambulancias pasaron a toda velocidad haciendo sonar sus sirenas.

Como que aún faltaba mucho para la reunión, decidió dar un paseo por la Castellana. Le agradaba el despertar de las ciudades, el aroma a café recién hecho en los bares, la humedad de la noche todavía prendida en las hojas de los árboles, la claridad tenue del cielo, la visión de las montañas de periódicos a los pies de los quioscos oliendo todavía a tinta. De la boca del metro entraba y salía gente. Había cola en las paradas de los autobuses. Vio dos ambulancias más y cuatro coches de la policía. Un grave accidente, pensó. Pero el ánimo ya estaba habituado a esos sucesos puntuales, repetidos a diario: un atropello, un choque

múltiple, tal vez alguien había matado a alguien, una explosión de gas... Nada de todo eso afectaba demasiado. Siguió su camino. De pronto creyó advertir Andrés que en la ciudad, en Madrid, a la cual viajaba a menudo, los sonidos no eran los de siempre, como si el normal bullicio de la capital al desperezarse lo modificara una señal de alerta desconocida.

Sonó su móvil. De nuevo su mujer, que ahora preguntaba:

—¿Estás bien?

Se sonrió.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿No te has enterado? Temí que estuvieras por allí y...

—¿Pero de qué me hablas?

—Un atentado. No, creo que tres. En Atocha y otras estaciones. Bombas. Hay cientos de muertos y de heridos. Lo acaban de dar por la radio y la televisión

Más ambulancias, coches de bomberos y automóviles de la policía aparecieron por la Castellana. Miró su reloj. Eran las ocho y quince. Tranquilizó a su mujer, le pidió más detalles y colgó. Buscó un banco donde sentarse unos minutos. ¡Cientos de muertos! ¡Cientos de heridos! ¿Qué

mundo loco era este? A lo lejos se distinguía, por encima de los edificios más próximos, la parte superior de la fachada del hotel Villa Magna, con su rótulo luminoso aún encendido. Un hombre se sentó a su lado. Llevaba unos auriculares en las orejas. Se los sacó para informarle:

—Una masacre.

—¿En Atocha, no?

—¿Lo sabía ya?

Afirmó con un movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Se sabe quiénes son los autores?

Pero no obtuvo respuesta. El hombre se había vuelto a colocar los auriculares. Andrés se levantó y le hizo un gesto de despedida con la mano derecha.

—He de irme —dijo.

Buscó con la vista una cafetería. Probablemente tendrían algún televisor encendido. Entró en una que se encontraba al otro lado del paseo y pidió un cortado. Estaba llena pero nadie hablaba. Todas las miradas estaban pendientes de la pequeña pantalla, la atención en suspenso, el ánimo encogido. No había imágenes todavía del suceso, solo la del presentador que informaba que cuatro trenes de cercanías habían sido objeto

de un atentado entre las siete y media y las ocho menos cuarto de la mañana, uno de ellos en Atocha con tres explosiones casi seguidas. Nada se comentaba sobre la autoría del terrible suceso. Cientos de estudiantes y trabajadores que acudían a Madrid estaban muertos o heridos. Faltaban veinte minutos para las nueve. No se había alejado demasiado del Villa Magna y decidió esperar un rato más por si salía alguna filmación de lo ocurrido. No tardó en aparecer: la estación de la que se elevaba un humo espeso y gris; la zona de aparcamiento colapsada por ambulancias, coches de bomberos, la policía y hospitales de campaña; el caos más absoluto en los alrededores; los andenes con cuerpos ensangrentados recibiendo los primeros auxilios; vagones destrozados. El presentador, con la voz entrecortada, pedía ayuda a la ciudadanía, sangre para los heridos. Un regusto amargo le subió a la boca y directamente se tragó lo que quedaba de azúcar en el sobrecillo. Estaba conmocionado por lo que acababa de ver.

Le sobresaltó comprobar que ya eran las nueve y veinte. No debía hacer esperar a los japoneses. Se jugaba demasiado si se presentaba con retraso. Incluso podían dejarle plantado. Pidió la cuenta, pagó y salió a la calle. Aceleró el paso para

alejarse de su mente la tragedia y se puso a rumiar lo que debía decir y callar para ultimar la operación con la firma Toyohama. Pero no avanzó más de un centenar de metros. Al doblar la primera esquina una mujer de aspecto muy modesto, con acento sudamericano, hablaba angustiada por su móvil. Un niño de muy corta edad, seguramente su hijo, lloraba sentado en el suelo.

—Mi marido iba en ese tren, mi marido iba en ese tren... —repetía una y otra vez. Andrés ignoraba con quién estaría hablando. Quién sabe si con un familiar que intentaba calmarla—. Se llama Matías Hidalgo Ruiz, Matías Hidalgo Ruiz...

No, lo hacía con la policía, o con un número de atención al ciudadano. Sin embargo, era demasiado pronto para exigir alguna información. ¿Cuántos cuerpos quedarían aún por descubrir entre el amasijo de hierros retorcido? Más ambulancias hicieron sonar sus sirenas por alguna calle de Madrid. El ambiente olía a pólvora, o a carne quemada, no era capaz de distinguirlo. Aunque podía ser una simple sugestión. Le sobrecogió la desesperación de la mujer. Vivir de cerca el drama no era lo mismo que a través de la pantalla. Sobre todo le turbó el llanto del crío. Ese matrimonio posiblemente quiso un hijo, y lo tuvo, dio

a luz una nueva vida. ¿Le habría ocurrido algo al padre? Matías Hidalgo Ruiz. Sin conocerle, su nombre y apellidos le resultaron de forma inesperada muy próximos, familiares casi. Y es que de repente sentía el dolor que a lo mejor experimentaba ese hombre, quién sabe si al borde de la muerte entre los restos humeantes y destrozados de algún vagón. Pero un dolor del alma, más violento que el de la carne: el de no ver más a su mujer, a su hijo. Y no lo soportó. Entonces vio casualmente un taxi libre. Lo paró.

—¿A dónde le llevo? Por medio Madrid no se puede dar un paso.

—A un hospital, a cualquiera, al más cercano si ello es posible.

Era un impulso incontrolable. Iba a dar sangre. Sangre para Matías Hidalgo Ruiz. ¿Podía dar vida de una manera mejor?

En su reloj las agujas marcaban ya las diez. No miró hacia atrás. Tampoco hubiera visto ya el Villa Magna, oculto detrás de los edificios más próximos. Pero eso muy poco le importaba ahora.

UNA LUZ AMARILLA

Luis Casao Benedí

La tarde transcurre calurosa y húmeda bajo un cielo aburrido y monótono que lentamente se encapota cubriéndose de feas nubes de un tono gris plomizo. Las hojas de los álamos se mecen acunadas por un suave vientecillo que, al filtrarse entre las matas y los arbustos, impregna el aire de aromas campestres. Se mezclan en confusión: los olores del espliego con los del tomillo y el romero; algo más adelante, al acercarnos al río, se hacen más patentes los de la menta y el poleo. Solo la sensación refrescante y perfumada de la brisa alivia la sensación pegajosa del bochorno. Por la vereda que discurre junto a la corriente de agua, Juan camina despacio, ajeno a cuanto le rodea, pensativo, con la vista clavada en las copas de los árboles. Ha tomado una decisión, la llevará a cabo sin más demora. Es una idea que, desde hace unos días, se ha instalado en su cerebro. Está de-

cido, lo hará esta misma tarde. Sus pies avanzan con movimientos mecánicos, ajenos a su voluntad. Su cerebro, abstraído, concentrado en los recuerdos que bullen en su mente y que acuden en tropel, agolpándose, intentando prevalecer los unos sobre los otros como si de seres vivos se tratase. Juan se detiene, se sienta en el suelo sobre una piedra y, agotado, recuesta la espalda contra el tronco de un árbol. En sus manos, una bolsa de plástico. Durante un rato contempla fijamente su interior. Su mirada refleja de forma alternativa: miedo, indecisión, odio, espanto... La bolsa resbala de entre sus manos y cae al suelo. Él permanece inmóvil con los ojos clavados en los objetos que contiene. Recordando.

Hace cinco años, con motivo de dar cobertura a un acontecimiento deportivo en el que participaban varios jóvenes de su pueblo, recaló en Lugo. Hasta entonces, su vida en el pueblo había sido plácida, tranquila, previsible y monótona. Los días transcurrían eternos, aburridos y llenos de hastío. Encerrado entre las cuatro paredes de su minúscula emisora, delante del micrófono, repitiendo siempre las mismas noticias locales y programando la misma música. Siempre igual.

Juan trabajaba como locutor de la pequeña emisora de su pueblo.

Al segundo día de llegar a la ciudad gallega, paseaba por una de las calles estrechas y angostas de la parte antigua, cuando llamó su atención el vetusto escaparate de un establecimiento. En él, un letrero de grandes dimensiones pregonaba con grandes letras de molde «DISFRUTAR ES LLENAR TU VIDA DE INFINITAS EXPERIENCIAS». Leyó y releyó varias veces aquel epígrafe. Eso era exactamente lo que su vida necesitaba, «nuevas experiencias», sensaciones que le hiciesen salir de la rutina en la que se hallaba instalado. El estribillo se repetía insistentemente en su cabeza, sin descanso «DISFRUTAR... ..INFINITAS EXPERIENCIAS». Después de vacilar durante un rato, en el que pasó y repasó varias veces ante el escaparate, por fin se decidió y, lleno de curiosidad, entró en el establecimiento. Era un local muy pequeño, mal iluminado, lleno de trastos viejos y polvorientos, con una atmósfera inquietante y misteriosa que olía a suciedad y a bolas de alcanfor. No vio a nadie tras el mostrador.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

A su espalda, sin poder precisar cómo había llegado hasta allí, apareció como por encanto un diminuto anciano de cuerpo encorvado, ojos pe-

queños y penetrantes de mirada entre pícara y burlona, de los que colgaba su enorme nariz aguilena. Cubría su cuerpo con un guardapolvo y, sobre la cabeza, destacaba un gorro de lana: viejo, ajado y arrugado.

—¡Ah! Eres tú. —Le habló con una familiaridad que, a Juan, no dejó de resultarle extraña—. Pasa, pasa. Te estaba aguardando. Hace mucho que te espero.

A la vez que le hablaba, le señalaba con insistencia una cortina de terciopelo que, algún día, había sido roja.

Las palabras del misterioso anciano intrigaron a Juan y obedeció al instante, traspasando al otro lado del pingajo de tela. Una sala minúscula, a la medida del viejo pensó, con una mesita camilla cubierta por un mantel azul, raído y deshilachado, y también dos sillas cochambrosas. El dependiente, con un gesto imperativo, le señaló una de ellas; luego abrió una pequeña alacena y extrajo un curioso objeto. Un micrófono de mesa de aspecto antiguo. La superficie cromada brillaba con fuerza inaudita destacando poderosamente entre tanto polvo y suciedad.

—Esto es lo que vienes a buscar. —Afirmó el anciano a la vez que le acercaba el curioso micrófono.

—Pero yo no he pedido nada.

Mientras Juan hablaba, miraba con curiosidad el brillante objeto que, al instante, comenzó a ejercer sobre él un poderoso atractivo. En el interior de aquel micrófono, entre sus rendijas, comenzó a brillar, casi imperceptible, una tenue luz amarilla.

—Los dos sabemos lo que buscas. Es por esto que has entrado. Tómallo, acéptalo como un regalo. Con él cambiará tu vida, no te aburrirás nunca más.

Pronunció las últimas palabras mirándole a los ojos, entornando el anciano los suyos de una forma que dejó intrigado a Juan. Sorprendido y desorientado, tomó el micrófono y, al cogerlo, un ligero estremecimiento, algo parecido a una ligera descarga eléctrica, sacudió su cuerpo. Sintió cómo una poderosa energía se introducía en él, poseyéndolo, transformando su carácter. Sin más palabras, tomó el micrófono y salió a la calle. No había duda, ahora era otro hombre, lleno de coraje y energía.

Al principio todo fue magnífico. Su vida experimentó un cambio radical. Comenzaron a llover las oportunidades. Su ascenso profesional, poco antes impensable, fue fulminante. Su verbo, aho-

ra fluido y cautivador, le convirtió en el presentador de moda que se disputaban las mejores cadenas de radio y televisión. Cambió el modesto cuarto de su pueblo por un lujoso chalet en una de las urbanizaciones más selectas de Madrid. Su éxito con las mujeres fue parejo a su deslumbrante acumulación de triunfos.

Vivió en aquellos días dorados, y ahora lejanos, experiencias maravillosas. Se enfrentaba con un arrojo imprudente y desconocido a situaciones que, hasta entonces, hubiesen sido para él imposibles de afrontar. Derrochaba valor y seguridad en sí mismo. Su osadía no encontraba límites. Buscaba el riesgo sin miedo, con una decisión temeraria e irresponsable; con la seguridad que le infundía el micrófono cuando, al contemplarlo en la soledad de su cuarto, veía brillar en su interior, entre sus rendijas, la misteriosa luz amarilla. Probó con éxito todo cuanto su imaginación fue capaz de elucubrar. Bastaba con que fuese algo nuevo e impactante: un salto sobre el vacío, una apuesta arriesgada en un casino, la conquista de una mujer inasequible... Cualquier acción que implicara riesgo y aventura le satisfacía. Entró en un desenfundado frenesí de lances, emociones y hazañas, siempre alentado por la misteriosa luz amarilla.

En la misma medida que sus actos se volvían más peligrosos, aumentaba el brillo del micrófono cromado y el del resplandor amarillo que habitaba en su interior. De esa forma tan elocuente, el misterioso objeto le mostraba el camino a recorrer. Juan, cada noche, cuando sacaba su más preciado tesoro —el micrófono— del secreto escondite donde lo mantenía a buen recaudo de alguna visita inoportuna, se complacía contemplando cómo la luz amarilla crecía en tamaño e intensidad. Ni una sola noche dejó de hacerlo. Con un celo y una perseverancia obsesivos, casi enfermizos, pasaba horas y horas mirando embelesado el misterioso resplandor. Pero llegó el momento, en que era realmente difícil, casi imposible, encontrar nuevas actividades que superasen en riesgo e incertidumbre a las ya realizadas y la repetición de experiencias amenazó con caer de nuevo en la rutina. El micrófono no se conformaba y exigía constantemente un tributo nuevo. No servía repetir, debía ser algo distinto y cada vez más expuesto, más difícil de llevar a cabo. Así, poco a poco, Juan se fue deslizando sin remedio por una pendiente de actos cada vez más abyectos y reprobables. Cada nueva acción era necesariamente más perversa que la anterior

hasta que, casi sin darse cuenta, cometió su primer asesinato.

Su primera víctima fue la más difícil, tuvo que hacer acopio de toda su energía para llevarla a cabo. Después de callejear durante varias horas buscando un objetivo propicio para su terrible plan, se decidió por una prostituta poco atractiva que vendía su mercancía en la esquina de una calle poco transitada. Después de pactar con ella un precio, la mujer le condujo hasta una casa vieja y destartalada. Subieron por la angosta escalera que olía a humedad y a «zotal» hasta un cuartucho pequeño, sucio y mal iluminado, donde por todo mobiliario había un viejo camastro. Después de exigir su precio, la mujer comenzó a despojarse de la ropa. Él se quitó el cinturón, simulando que también se desnudaba. Cuando su víctima le dio un momento la espalda, se abalanzó sobre ella y, temblando de miedo, la estranguló. El pánico que sentía le hacía apretar con mucha más fuerza, hasta que después de terribles convulsiones, el cuerpo de la mujer cayó inerte, sin vida. Luego se dirigió al cuartucho donde estaba la otra mujer y también acabó con ella. Hubo muchos más, tantos, que llegó a sentir asco y horror de sí mismo. Muchas veces, hizo firme propósito de no

mirar más aquel artefacto maldito, esperaba de esa forma escapar a la tiranía del micrófono y su luz amarilla cada día más brillante. Inútil esfuerzo, todo fue en vano, estaba completamente atrapado y su dependencia era absoluta; continuamente debía satisfacer el pago de su gabela, tenía que vivir experiencias cada vez más extremas y arriesgadas. Pero el micrófono siempre pedía más, ya no bastaba con asesinar. La luz ahora tenía un brillo cegador, mucho más brillante e irresistible. Lo que ahora exigía era tan tenebroso que, de solo pensarlo, su ánimo flaqueaba al comprender lo inútil de su resistencia. El consabido mensaje martilleaba incesante en sus oídos, sin darle tregua, era imposible librarse de su insoportable soniquete: «DISFRUTAR ES LLENAR TU VIDA DE INFINITAS EXPERIENCIAS».

Juan continuaba sentado sobre la piedra, mirando fijamente el interior de la bolsa, hipnotizado por su contenido. Al cabo de media hora consiguió armarse de valor y, en un acto sublime de voluntad, arrojó el micrófono al lugar del río donde las aguas eran más profundas. Al hacerlo, sintió en su interior un dolor agudo y lacerante, que fue cesando en la medida en que aquel objeto siniestro se hundía en la corriente. Pero su voluntad

seguía controlada por aquel engendro del demonio. No le iba a permitir escapar sin ejecutar su última demanda, la experiencia más sublime, la más insuperable. Minutos después, su cuerpo sin vida se balanceaba colgado por el cuello de una cuerda atada a la rama de un árbol, junto al río. A sus pies, una bolsa de plástico vacía.

Cuentan en el pueblo que, a pocos metros del sitio donde hallaron el cuerpo sin vida de Juan, donde el cauce es más profundo, en las noches oscuras de luna nueva, una extraña luz amarilla con la forma de un anciano diminuto y encorvado ilumina la corriente, y el viento trae voluptuosos murmullos llenos de sugerentes promesas.

CONFESANDO INOCENTES

Manuel Cubero Urbano

El padre Molinero llevaba media vida dedicado a desasnar a las jóvenes generaciones del barrio. Treinta años, para ser exactos. De tal modo era ya parte viva de aquel extraño ente llamado barrio del Carmen, que cada comienzo de curso se convertía en una especie de reencuentro con los fantasmas del pasado. Aunque lo de fantasmas es una forma amable de decirlo. Ojalá hubiesen sido tales. Realmente se trataba de reencarnaciones puras y duras de algunos elementos de infausta memoria.

El curso pasado, por poner un ejemplo, fueron tres fantasmas. Juntos y peligrosos, solo la sangre fría y el conocimiento del material al que se en-

frentaba podían garantizar al padre Molinero un posible triunfo sobre aquella terrible marabunta que se cernía sobre el colegio. Al pasar lista a su nuevo grupo de alumnos se encontró con tres nombres absolutamente familiares. Levantó su mirada, los observó fijamente y, luego de anotar algo junto a sus nombres, susurró: «igualitos a sus padres, gamberros *habemus*».

Y acertó. ¿Cómo iba a fallar después de tantos años de experiencia conociendo a fondo aquellos espíritus inquietos? Porque el padre Molinero no solo era profesor de aquella especie de materia prima tan moldeable como peligrosa al contacto humano, sino que, además, la escasez de religiosos en el centro le obligaba a ejercer como padre espiritual de la tropa estudiantil. Así pues, junto a su formación científica y humanista, también las intimidaciones y furias desatadas de aquel ganado pasaban por el cedazo de su mano.

Con santa paciencia y un corazón a prueba de bomba, todo iba sobre ruedas. Hasta que algún superior, agotadísimo en su labor educativa, debió pensar como aquella mamá que cada vez que sentía frío abrigaba a su niño. Dado que el referido superior se encontraba al borde de la locura por culpa de sus educandos, caviló que al padre

Molinero debía sucederle otro tanto. Y en un acto de caridad cristiana, decidido a curar su enfermedad en el cuerpo del colega, puso los hechos en conocimiento del Padre Provincial. Este, aprovechando una de sus visitas al convento, lo llamó y...

—Verá —le dijo en la seguridad de que el padre Molinero estaría eternamente agradecido por la buena nueva—. Hemos pensado que, después de tantos años dedicados a la dura tarea de la docencia, se ha ganado a pulso un merecido descanso.

—¿Descanso?

—Sí, claro. Mirando por su salud, hemos pensado —repitió lo de «hemos pensado» por aquello del plural mayestático— que en Cerromágina podrá descansar un par de años o tres. La dirección espiritual del convento de monjitas será para usted un relax que, sin lugar a dudas, le restituirá fuerzas para volver a la pelea con estas jóvenes fierecillas indómitas.

El padre Molinero calló como mandan los cánones. Luego miró disimuladamente la cara del Padre Provincial esperando sorprender ese esbozo de sonrisa que denunciase la broma de que acababa de ser objeto. Pero su superior, como si de un jugador de póquer se tratase, permanecía inexpresivo.

De broma nada, se dijo nuestro amigo en un susurro. Entonces un tenebroso pasillo imaginario se abrió frente a él. Al final, un confesionario oscuro e historiado con mil decoraciones abarrocadas aguardaba su llegada. Algo más lejos, confundidas entre sombras, las delicadas y discretas sombras de un grupo de monjitas esperaba con expresión beatífica la llegada de su nuevo confesor.

Agobiado ante aquella perspectiva, el padre Molinero extendió su mirada por el patio de recreo que divisaba desde la ventana. Dos chavales, ataviados con llamativos pendientes plateados y unos vaqueros convenientemente rotos algo más arriba de sus rodillas, intercambiaban discretamente un par de cigarrillos.

Esos van derechitos al servicio a fumárselos a escondidas, se dijo con una sonrisa cómplice mientras, con su cuerpo, procuraba escamotear la escena a la mirada inquisitorial del Padre Provincial. Más allá dos preciosas chiquillas minifalderas cuchicheaban intercambiando fotos de sus cantantes preferidos...

... ..

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Sí, amigo lector, lo ha adivinado. Es la voz del padre Molinero. Sin duda cuando usted le vio acercarse al confesionario no le reconoció. Cosa lógica si consideramos que el descanso recetado por el Padre Provincial tiempo atrás encontró en su tripa un lugar ideal desde el que traducía los efectos de una vida relajada.

—Padre, me acuso de que esta mañana me distraje unos segundos en misa... Es muy grave, ¿verdad?

La monjita, con una voz tan dulce que acabó por provocar en el padre Molinero una suave y reparadora somnolencia, se explayó tratando de convencer y convencerse de que aquella distracción podía acarrearle la condenación eterna.

—¿Algo más? —después de varias décadas oyendo confesiones de su amada marabunta, el padre Molinero aún no acababa de asimilar los nuevos pecados que debía perdonar.

—¿Le parece poco pecado, padre? Yo imploro la misericordia divina.

—No, hija, nada de eso, sí que es un pecado, pero... —después de tratar de convencer a la hermana de que había pecados bastante más graves, concluyó con una extraña penitencia—. Verá, hermana, el tema consiste en que para limpiar

hay que ensuciar antes. Así que vaya al jardín, grite con todas sus fuerzas «¡priora, guarraaa, caguendiez!». Y después rece un padrenuestro.

La monjita miró al confesor sin acabar de comprender. Este se limitó a concluir de manera casi inaudible:

—Medita, hermana: ya sabemos que no es más limpio quien más lava, sino quien menos ensucia, pero... ¿qué es la vida sin un poquito de suciedad?

LOS BRAZOS

Dolores Díaz Ambrona de Llera

Era esa soledad que siempre tenía pegada al cuerpo. Y más aún, por la tarde, con la luz que declina. Me dolía cada poro del corazón.

Deambulaba por la casa como si alguien fuera a aparecer y decirme «No estés triste, estoy aquí». Nadie aparecía nunca. Ni siquiera yo, y eso que me buscaba también, para darme calor, pero estaba frío. Soledad de mí, soledad de la soledad. Me buscaba en una habitación, en la ventana, en el aire, en preludios y sonatas. Me buscaba en amarillos y azules: «Vincent, ¿de qué color era tu pena?» Cuatro autorretratos de Van Gogh en un póster, pegado a la pared. Siempre lo contemplaba mientras bebía un vaso de vino claro: las lágrimas me

han agitado el vino durante años. Miraba los cuatro rostros, quería descubrir el matiz de cada una de las cuatro amarguras: amargura ansiosa, amargura aceptada, amargura con atisbo de esperanza y amargura mansa. O quizá la que me parecía mansa no lo era, y solo era soledad. Creo que nació con esa soledad. De niño, gritaba para mis adentros, «¡Mamá!», y la boca se me llenaba de esperanza. Un día, me sorprendí a mí mismo invocando a una madre que ya no estaba. Y cuando tenía fe, llamaba a Dios, hasta que también un día, me sorprendí a mí mismo en el agnosticismo, y así, se me fueron acabando muchas palabras que gritar.

Si al menos hubiera tenido un abrazo de vez en cuando. Una vez al día. Hubiese esperado ese momento, habría sido el maná de mi vida, la luz.

Me abracé con mis brazos, pero no hubo consuelo porque yo me había dejado solo.

«¿Podría usted abrazarme, por favor?», «Abráceme, se lo ruego», «¿Le importa abrazarme hasta hacerme daño?», «Solo necesito un abrazo»... Esas eran las palabras que me quedaron, incluso a sabiendas de que era como clamar «Mamá» o «Dios»: nadie iba a abrazarme.

Unos brazos. Te rodean, te aprietan; nada más que eso.

Hacía sol, casi me cegó los ojos al pisar la calle. Llegué a la carpintería de Manuel y le pedí madera en bruto. Y compré algunas herramientas que me faltaban. Yo sabría tornear unos brazos.

Con gubia y formón les di forma. Los esculpí robustos. La casa se llenó de virutas, de células sobrantes. Una escofina me ayudó a desbastarlos hasta que brazo y antebrazo, todavía unidos en una pieza, daban la hechura perfecta. Después, tuve que separarlos y, con un taladrador, abrir un hueco de extremo a extremo para insertarles el cableado eléctrico. Volví a unirlos por un codo. Usé bisagras de acero inoxidable, no quería que pasara igual que con los engranajes de mi alma. Me costó instalar las articulaciones, darles la movilidad requerida. Con la lija, obtuve textura de piel humana. Barniz neutro, no me importaba el color.

Pensé que unas mangas de lana empaparían las lágrimas si se me escapaban. Las arranqué de un jersey y vestí los brazos. Les puse un interruptor y los acoplé a un motor. Finalmente, conecté el enchufe a la red.

Todo estaba preparado para el día siguiente por la tarde, cuando la luz declinase.

Amaneció bonito e hice mis cosas. Regué las plantas medio secas, quizá también de un poco

de muerte. Y cuando dieron las seis, me dirigí a los brazos y dije:

—¿Me abrazáis, por favor?

No respondieron. Me abrazaron. Rodearon mi cuerpo.

Sentí poco a poco la presión. De tanto consuelo, unas lágrimas se me escaparon y el tejido, amoroso, las empapó, y ya no lloré más.

No deseaba salir de ese abrazo en un buen rato.

Cada vez eran mayor la presión y mi sosiego, hasta que decidí que ya tenía mi dosis de cariño por ese día y quise desasirme con suavidad, pero no pude: los brazos no querían soltarme. Siguieron apretando, me hacían daño. Empecé a no poder respirar. Intenté apagar el interruptor pero no fui capaz. Estaba retenido, apresado. Sentí el crujir de las costillas. Después, ya no pude seguir respirando.

UN AMARGO RECUERDO

Pedro Febrel Valtuaña

De mi niñez conservo algunos recuerdos que incidieron enormemente en mi educación y que ahora, sosegado con la serenidad que confiere la edad, todavía conservo frescos en mi memoria. A esta edad, es frecuente recordar el pasado lejano con mayor nitidez que el pasado presente, apreciando los conceptos con la objetividad que otorga la experiencia de los años.

Esta es una historia real, tan real como la propia vida, basada en la experiencia de un niño de nueve años que comienza a comprender la diferencia entre sus inocentes juegos y la realidad del mundo al que pertenece.

Un anochecer de primavera, bajé al portal a

recibir a mi padre que venía del campo. Recuerdo que me entregaba las alforjas que yo, curioso, me apresuraba a abrir porque siempre traía algo que me gustaba: pámpanos de las viñas en primavera, algún huevo de picaraza para jugar al «palillo ciego», un pajarillo, albaricoques dulces del secano, un racimo de las primeras garnachas enveradas, amargas azarollas en otoño o simplemente un pedazo de tortilla que le había sobrado del avío.

Pero en aquella ocasión, mientras él procedía a descargar de las anganillas el arado y el yugo con sus colleras, reparé en un saco de cáñamo que la mula «mohína» miraba erizando las orejas mientras fruncía su negro hocico.

Al abrirlo me llevé una de las mayores sorpresas: del saco salió corriendo una pequeña bola de peluche pardo, casi negro, que corrió a protegerse debajo de las jalmas. Mi padre, que estaba contemplando complaciente la escena, lo cogió de la piel de la cabeza y me lo entregó:

—Toma, es un zorrillo. Lo cogí esta mañana y debe estar hambriento.

Me relató que lo descubrió entre el carrizo del ribazo, mientras araba, al observar que las mulas se mostraban inquietas.

Cuando cogí en mis brazos aquel precioso cachorrillo, sentí una sensación protectora como no había sentido nunca.

Yo sabía que la captura de los zorros estaba incentivada y que la Hermandad de labradores y ganaderos premiaban con veinticinco pesetas a quien presentara sus orejas, pero yo nunca pensé en desprenderme de aquel asustado animalillo y enseguida intuí que íbamos a ser buenos amigos.

Lo subí a la cocina, puse leche en el biberón de amamantar a los chotos y, después de varios intentos, observé que comenzaba a succionar; muy despacio al principio y casi con glotonería después.

Reconozco que fui poco original a la hora de bautizar a mi nuevo amigo. Pensé ponerle algún nombre de perro, pero no imaginaba llamarle *Tarzán*, como el perro del barbero, o *Marqués* o *Luqui*; así que simplemente le llamé *Zorro*.

Jugaba incansablemente y desordenaba todo cuanto tocaba. Recuerdo el trastorno que le ocasionaba a mi padre cuando hacía vencejos destrozando las pajas del centeno, o lo alegre que saltaba a su alrededor mientras picaba la dalla. Así pasaron los días y el animal fue haciéndose mayor y comenzaban a desarrollarse las peculia-

res características de su raza: su piel, sus orejas, su hocico y su esponjosa cola lo delataban y hasta el más profano podía distinguirlo de un perro. Su impronta le hacía robar en ocasiones algún pedazo de carne que mi madre descuidaba en la cocina. Ya no podía permanecer en casa. Entonces decidí llevarlo a un viejo corral donde había una desvencijada corte que se adaptaba muy bien al efecto. Llevé allí a mi zorrillo, lo até con un cordel de sisal y decidí que, en lo sucesivo, aquella sería su casa. Allí le llevaba la comida y allí jugaba con él aunque ya, casi adulto, no se prestaba tanto a mis juegos. Estaba cambiando y la fisonomía de su origen le hacía ser distinto a los perros.

Y así pasaron los días. Durante el tiempo que permaneció en la corte, en varias ocasiones tuve que atarlo más corto porque se liaba con la cuerda, aunque no podía soltarlo por miedo a que se escapara.

Pero en un pueblo los secretos no pueden permanecer ocultos durante mucho tiempo. Ignoro cómo, pero alguien lo descubrió por sus inconfundibles rasgos, y la existencia de *Zorro* quedó desvelada. Mis amigos querían que les enseñara el animal y así lo hice. Todo el pueblo se enteró y muchos me entendieron, pero también hubo de-

tractores que criticaron mi actitud por criar una alimaña de esa especie. El Cecilio que, a pesar de su edad, era el más desarrollado de la escuela, y también el más bruto y antipático, me advirtió un día que tuviera cuidado con el animal, que, si lo encontraba en cualquier lugar, le cortaría las orejas para llevarlas a la Hermandad y cobrar el premio.

Una mañana, al ir a echarle de comer, me encontré con la desagradable sorpresa de su ausencia. Había roído la cuerda y se había escapado. Don Jesús, el maestro, observó que yo no atendía a sus explicaciones y durante el recreo me preguntó si me ocurría algo. Yo le conté lo de la fuga de *Zorro* y él amablemente me dio algunas lecciones del comportamiento de los animales, del instinto, de la época del celo, de la libertad ancestral de su especie, etc. Aquello del celo no lo tenía yo muy claro, pero Don Jesús sabía muchas cosas, y seguro que tenía razón, aunque yo no comprendía el motivo de su abandono.

El tercer día, tuve una premonición: *Zorro* había regresado. Cuando me acerqué lo vi en el fondo de la corte. Estaba tendido en un rincón con el pelo desgredado y cubierto de heridas. La cola,

siempre esponjosa y brillante, estaba lacia y cubierta de sangre seca. Me acerqué y se dejó acariciar. Fui corriendo a casa y, provisto de un trapo y de alcohol, regresé para curarle las heridas. Nunca supe el motivo de su aventura, pero supuse que se había peleado con algún animal de su especie, quizá por eso del celo que decía el maestro, y aquello le había conducido a ese estado.

Una vez hube curado sus heridas, volvimos a corretear por la vega, a perseguir los conejos, a jugar por los ribazos. Estábamos unidos en una estrecha simbiosis y jugábamos hasta el cansancio. Le lanzaba un sarmiento y él me lo traía, perseguía a las lagartijas y a los saltamontes o corría haciendo graciosos marros. Cuando llegábamos al Molino de la Vega, tenía que sujetarlo porque se lanzaba a perseguir a los patos de la tía Romana la molinera que, cuando distinguía a *Zorro*, la emprendía a gritos y amenazas pero, una vez pasado su enfado, me obsequiaba con una pasta o una rebanada de pan con miel.

Aquel día de últimos de mayo había salido lluvioso. Las cebadas comenzaban a cambiar de color, y en la vega el cierzo y el ábrego habían barrido las últimas flores de los frutales. Yo estaba ocupado en prepararme, acudiendo a lecciones

particulares con Don Manuel, para presentarme a ingreso en el Seminario a primeros de julio. Mi padre estaba en plena campaña de la siega de la esparceta. Como hacía todos los días, preparé la comida para mi zorro. En aquella ocasión consistía esta en unos trozos de asadura que me había regalado Jeremías el carnicero, quien, desde que se enteró de que iba a ir al Seminario, me trataba de un modo especial. Recuerdo que me decía: «ven todos los días, que siempre tendrás algo para tu animal, pero a cambio me rezarás un paternóster cuando seas cura». Cuando me acerqué al corral con la comida, vi que se había escapado de nuevo. Esta vez había roído la cuerda por el nudo de la argolla clavada en el marco de la puerta y se la había llevado arrastrando. Pasé toda la tarde buscándolo por los lugares que frecuentábamos, lo llamé hasta quedar afónico y pregunté a los labradores y pastores que encontré si lo habían visto. Nadie supo darme razón de mi amigo.

Al día siguiente, que era sábado, como no había escuela, lo dediqué enteramente a buscarlo. Subí al otero que domina el pueblo, me acerqué al Caladizo y a Antoñana, al barranco Viscoso y al Mediano, subí al peñón y a las cuevas y bajé a la Peña del Manto, pero no pude encontrarlo. Lle-

gué a casa ya anochecido y mi padre me regañó por haber dedicado tantos esfuerzos a buscarlo, pero creo que me comprendía y que solo trataba de consolarme.

Pasé toda semana siguiente buscándolo, aunque cada día con menos esperanzas de hallarlo. Me sentía frustrado y decepcionado por aquella huida que siempre consideré injustificada; pensé que yo no merecía su ingratitud y su fuga.

El 13 de junio había ayudado a misa en la ermita de San Antonio. Cuando me dirigía a la iglesia a dejar los objetos del culto, me encontré a Zoilo, el pastor, montado en su burra. Al llegar a mi altura, me dijo:

—¿Tú tenías un zorro, verdad?

—Sí, ¿sabes algo de él? —pregunté de inmediato, esperanzado.

—Pues en el muladar del tío Jacinto, en el paraje del «Alto de las Escaleras», me ha parecido verlo muerto.

Sentí un dolor inmenso a pesar de que ya había perdido las esperanzas de encontrarlo vivo. Dejé en la iglesia los ornamentos y corrí al «Alto de las Escaleras» para verificar la noticia de Zoilo. Junto a una pequeña zarza, en la orilla del muladar, estaba el cadáver de mi amigo. A través de

mis lágrimas observé que le habían cortado las orejas.

Desde aquel día, odié al Cecilio. Tardé mucho tiempo en olvidar aquel odio.

Pero nunca he tenido un perro.

UNA HISTORIA COMÚN EN UN LUGAR COMÚN

Maricarmen García Diéguez

*«Todo era tan simple, claro como el cielo,
tibio como el cuento que en las dulces horas
nos contó el abuelo»...*

(VALS DE S. PIANA y C. CASTILLO)

Fue una década bonita para una niña de pocos años, allá por los cincuenta y tantos, de un pueblo en las estribaciones de la cordillera de los Andes. Barrio de calles y aceras de tierra. Voces de niños a las siete de la mañana anunciaban su asistencia a la escuela.

Íbamos en grupo: Guri, Mary, Daniel, Darío y yo. Siempre teníamos una noticia que comentar o discutir y la estirábamos como el chicle hasta el colegio. Mi escuela no era en sí escuela, sino que se trataba de una casa de dos plantas de corte antiguo, que vista desde mis sesenta años, diría que había nacido con el siglo xx y la utilizaban para ese fin.

La portera limpiaba aulas y baños y regaba con esmero las plantas del jardín y el patio de tierra apisonada que rodeaba el edificio. Caminábamos habitualmente por las mismas calles y cruzábamos de acera si el sol entibiaba en los crudos inviernos o, si no, durante el estío íbamos bajo las sombras de los sauces cuyas cabelleras se movían con el ritmo de las aguas de la acequia que corría de norte a sur. Una de estas se hallaba en Santa Ana, única calle asfaltada.

Esta vía era el terror de nuestros padres: «¡Cuidado con la Santana! ¡Pasan muchos coches!». Tomábamos precauciones. Pero no todos fuimos siempre así... Era uno de los que iban en el grupo, Darío. Muy inquieto. Hoy, dirían los expertos de la psicología que se trataría de un chico hiperactivo.

Nosotros le llamábamos travieso. Aún así, tenía una sensibilidad especial: amaba a los anima-

les. Era dulce y altruista. Gatito que veía, corría a la modista de su madre para que lo cuidara. Por esos días estaba feliz por cosas que acontecerían pronto. La primera no tan buena; tenía que examinarse en Lengua, le traía por el camino de la amargura. La segunda era mejor, Catequesis en la parroquia. Comulgaría muy pronto. A pesar del malestar de la primera, superó a las dos por eso del contento. Fue un viernes y el calor obligaba a la gente a caminar despacio. Mediodía. El sol caía sin piedad y con fuerza. Al llegar Darío a casa con su buena noticia, las voces de la madre y hermanos se oyeron entusiastas. El chico no era un alumno relumbrón, hacía lo que podía y sacaba notas... también las que podía. Y mostró orgulloso las hojas de exámenes a los suyos. Algo llamó la atención de su madre: en el análisis de las oraciones, mencionaba a Jesús, de su comunión con ángeles, que volaba al cielo...

Le interrogaron por ello y lo que obtuvieron fue un levantar de hombros indiferente; seguidamente pidió su merienda. Por entonces, la primera comunión consistía en una reunión pequeña de allegados y familiares en casa. La madre era la encargada de confeccionar la tarta y, a mis ojos de niña, parecía una obra de arte en blanco con

su muñequito de porcelana. Ante los recuerdos, las cosas sencillas vistas desde este siglo XXI siguen latiendo entre aquellos años y el inicio de la madurez que viven en el lugar más recóndito del corazón.

¿Dónde estarán aquellos chicos de mi ayer? En ocasiones, en la soledad de mi cuarto, me invita la evocación a recordarlos con nostalgia. Ordeno la memoria y... en el primer banco se sentaba Marta, detrás Guri, en la fila siguiente dos chicos y cuatro niñas; en los bancos de mi derecha, Molina (el gordito Molina), Disantti, Cocusa y yo. A ratos, tengo la sensación de escuchar voces lejanas que vienen como en una danza girando a mi alrededor. O bien oigo sus risas cantarinas o el sonido en voces de recreos perdidos en el tiempo... Tito Laciari y Libertad, vieja esquina de mi antigua escuela que regresa como la amiga silenciosa y fiel. En casa del agasajado, las preparaciones previas al acontecimiento se llevaron con detalle. Todo estaba en su justo sitio. Se respiraba una atmósfera relajada, interrumpida por alguna risa o exclamación por algo. Esa tarde, el niño pidió permiso a su madre para salir a jugar. Encontró a Juanito, chico muy tranquilo, lo contrario a Darío. Estuvieron dando patadas a la

pelota; luego se dirigieron a la calle Santana. El viernes, no pasaba agua por las acequias. Se sentaron a la orilla de una de ellas cogiendo piedrecillas del fondo y las arrojaban con desgana a la calle. Hora temprana, somnolencia en los niños, reinaba la calma en el barrio. Aunque se notaba cierto estado de inquietud en el ambiente. Transcurrió el tiempo... y se produjo un cambio: los pájaros callaron, el sonido del ramaje de árboles cesó en su vaivén. Todo era extraño. Parecía esperarse algo fuerte, como un mal presagio. Antes del otoño, es común ver pasar los camiones repletos de racimos de uvas rumbo a las bodegas. No se sabe por qué motivo, el vehículo paró un momento frente a los niños; estos prestaron atención a la maniobra y Darío se levantó, cruzó la calle y con agilidad, se colgó de la parte trasera haciendo señas a Juanito de que sacaría dos racimos de uvas. Desoyó la voz en grito del amigo advirtiéndole que no lo hiciera... era tarde y en el momento de apearse, un coche frenó detrás. Darío saltó y golpeó su cabeza en la parte delantera... todo lo demás fue tragedia y conmoción. Tardó bastante tiempo en recuperarse el vecindario de lo sucedido. Pasaron algunos años del trágico accidente, se gastaron comentarios, pero,

con el correr del tiempo, fueron apagándose lentamente. De cuando en cuando, revivían lo acontecido. Salía el tema de sus travesuras, sus ocurrencias que movían a risa... Pero su última «proeza», como solían llamarla, le jugó una mala pasada. Darío partió al cielo como rezaban sus oraciones del último examen que tanto extrañó a todos. Darío ya no nos iba a entretener con sus correrías cada mañana hacia a la escuela, ni llevaría gatitos a la modista de su madre. Darío no se hallaba entre nosotros. Recuerdo que su casa era la mejor del barrio. Chalet de estilo francés con jardines delante y un parque cuidado detrás de la casa. Se destacaba del resto de viviendas, bajas y modestas. Con el transcurso de los años, fueron cesando los ruidos y movimientos. Siendo una adolescente supe la noticia de la familia, habían marchado sin más, no dieron explicaciones, ni despedida alguna. Nunca supimos de su vida. La casa, que antes era alegría, enmudeció de todo lo vivido, el jugar de niños, los gorjeos de pájaros y el correr de pequeñas ardillas de ojos achinitados que tanto gustaban a Darío. Hasta la pequeña fuente del jardín se secó y las malezas cubrieron la fachada. Las hiedras, antes tan bien cuidadas, hicieron estragos trepando a los árboles, subien-

do por las ventanas y cubriendo los balcones de un manto verde oscuro. Los insectos hicieron su lugar y, a través de los rayos débiles del sol, oscilaban como cortinas transparentes las telarañas que brillaban como delicado encaje y rodeaban parte de la vivienda. Ante el panorama, el vecindario comenzó a hablar de «aparecidos» y a tejer leyendas. El temor dominó el barrio y el comentario de mujeres llegaba a dimensiones casi cómicas o patéticas, según el entusiasmo. Fue tal la psicosis, que decidieron evitar el paso por su acera. Hasta hubo vecinos que afirmaban escuchar la voz de la madre llamando a Darío; el ruido de una puerta que se abría y lloros muy agudos o pasos fuertes... La única realidad era la tristeza que vivía la casa. A veces, caminaba por su acera y más de una lágrima tuve que contener y las preguntas de siempre: el por qué de lo sucedido si empezaba a volar con sus ganas de vivir y su alegría de niño bueno. Desde el día fatídico dejó de haber mañanas de sol y risas del grupo, faltaba nuestro querido amigo. Sin hablarnos, dejábamos un lugar entre Mary y Daniel, donde acostumbraba a colocarse. Al pasar por su casa, se producía un silencio y, en el silencio, pensábamos lo mismo: evitar despertar a Darío que dormía el

sueño de los ángeles o que nos miraría feliz, platórico desde algún lugar y jugaría con las ardillas de ojos achinitados o gatitos, o quizá volaría con los pájaros que tanto amaba... Sí, todo sucedió hace tiempo y en un lugar lejano, allá por el cincuenta y tantos y en las estribaciones de los Andes.

PASEO DE LA ESPERANZA

Isabel Gentil García

No todo el mundo tiene sensibilidad. El hombre que siempre paseaba solo, sí. Tenía tanta sensibilidad que no ambicionó ser catedrático de economía. Quiso el destino que un día el hombre encontrara un gato abandonado. El gato apenas tenía dos semanas de vida y maullaba quedamente. Maullaba de hambre y de frío. El hombre solo, compadecido, lo llevó a su casa y lo alimentó con leche y pan. Luego le dio cobijo al calor de la estufa del comedor. Esa noche el hombre solo soñó con el gatito. Y soñó que se quedaba a vivir en su casa. Y él lo alimentaba y lo cuidaba y lo educaba como a un niño, como a un hijo. El gatito iba creciendo y se trasformaba en un joven y

vigoroso gato de muchos bigotes; el más hermoso felino de todo el barrio. El gato le daba compañía y el hombre solo dejaba de serlo. Pero cuando por la mañana se despertó y corrió alegre y esperanzando a la estufa del comedor, un leve charquito de orín era todo lo que quedaba de su hermoso castillo de ilusiones construido en el aire.

Desde aquel día el hombre que paseaba solo se hizo más solo.

Pasaron años. Un lunes nevado de invierno, el hombre solo que nunca fue catedrático de economía pues carecía de vanidad, en su paseo diario oyó unos maullidos lastimeros tras la verja del jardín abandonado de una casa en ruinas. Se agachó buscando ver lo que ocultaba la maleza salvaje y vio que tres, no, cuatro gatos maullaban al vacío queriendo hallar la comida que no existía.

El hombre que siempre paseaba solo corrió a su casa, envolvió en papel de periódico atrasado las sobras de su comida, pues el hombre padecía de poco apetito y todo le sobraba. Los gatos devoraron los alimentos y luego desaparecieron en la oscuridad del jardín desolado.

Al día siguiente el hombre volvió a pasar por el mismo lugar, pero no llevaba comida alguna, pues sabía por experiencia que los gatos con el

estómago lleno y las fuerzas recobradas abandonan los lugares tristes. Pasó despacio, en sigilo, casi invisible por delante de la verja. De pronto, al dar la vuelta a la esquina un maullido muy quedo le hizo parar en seco. Estiró el cuello, abrió mucho los ojos y hasta colocó sus manos abiertas tras las orejas, como si así pudiera desplegar toda su capacidad de radar para captar hasta el infrasonido. Silencio. Siguió caminando. Mas, cuando había rodeado toda la verja que bordeaba el decadente jardín de la casa en ruinas e iba a alejarse, oyó, y esta vez con total claridad, dos maullidos seguidos. Desanduvo precipitadamente lo andado y arrodillado en el suelo miró a través de la reja hacia el jardín. Allí estaban los cuatro gatos hambrientos del día anterior. Corrió con júbilo hasta su casa. Al llegar al portal tuvo que detenerse para serenar su agitada respiración. Envueltos en papel de periódico atrasado les llevó su propia cena. Los hambrientos gatos dieron buena cuenta de toda ella, después se alejaron esquivos.

Desde entonces el hombre que siempre pasea solo, que se negó a ser catedrático de economía porque desconoce lo que es sentir la destructora envidia, no dejó ni un solo día de llevar alimento

a los gatos; ni siquiera faltó cuando tuvo aquella gripe tan agarrada a los pulmones, en el mes de febrero.

Luisito vive en la calle. Parece tener unos quince años pero, como nunca nadie se ocupó de recordarle sus cumpleaños, igual pueden ser trece que veinte. Su edad mental sí está clara según el científico y objetivo cálculo de las autoridades médicas competentes: siete años. Vive de la limosna. A los desamparados les resulta más fácil vivir de la limosna que de la justicia.

Come cuando puede y de lo que puede. Hasta que un viernes descubre a un hombre que siempre pasea solo y lleva un fardo con alimentos a los gatos asilvestrados del viejo caserón. El hombre se para, escucha los maullidos y luego extiende un papel de periódico dejando al descubierto gran cantidad de manjares. Después observa a los gatos comiendo glotones. Más tarde les ve alejarse y por último él también se va.

Luisito comprende rápido dónde y cómo se halla su supervivencia.

Al día siguiente, sábado, el hombre que siempre paseaba solo y que renunció a la cátedra de economía para salvaguardar su independencia

cumplió con su metódica tarea. Sin embargo, apenas se había alejado unos pasos cuando le pareció oír un levísimo maullido. Paró en seco. Retrocedió lo andado. ¡Sí! Efectivamente existía un nuevo gatito invisible por la maleza. Corrió veloz a su casa. Últimamente, y si había imprevistos, compraba la comida en raciones abundantes. Hizo un paquetito y con él en las manos llegó hasta el umbroso rincón del jardín. No se veía a gato alguno, pero un maullidito de necesidad volvió a llenar el aire. Dejó el paquete abierto mostrando la comida. Una patita lo arrastró hacia adentro y desapareció.

A partir de aquel día, el hombre solo llevaba dos paquetes. Uno mayor para los cuatro gatos grandes y otro más pequeño para el gatito pequeño —pensaba él.

El hombre que siempre paseaba solo, experto economista y que había empezado a sentirse menos solo, de pronto y sin esperarlo comenzó a sufrir la lenta invasión de la melancolía. Deseaba más de sus amigos. Aunque él en cada encuentro les decía unas palabras, soñaba con recibir, no una contestación —sabía que los animales no hablan—, pero sí algún gesto, algún sonido, alguna comunicación que le permitiera entender que

ellos le reconocían como amigo. Se construía los diálogos que le gustaría tener. Él les preguntaba qué tal habían pasado el día; ellos se interesaban por cómo lo había pasado él.

El día de San Juan, en el mes de junio, cuando la luz dura tanto y la mágica noche se resiste a llegar, el hombre que siempre paseaba solo, docto en economía pero no engreído, estaba inquieto. Tan larga fue aquella tarde de espera que tuvo tiempo y tiempo para pensar en sus anhelos. Creía él que a los cuatro gatos grandes sería difícil acariciarlos: habían crecido huraños. Pero respecto al pequeño, el que se ocultaba en el lóbrego rincón del final de la verja, todavía había tiempo para acostumbrarle a sus caricias. «De esta noche no pasa —se dijo—. Antes de que el gatito retire el periódico con los alimentos alargaré mi brazo y acariciaré su cabeza».

Pasó la tarde, toda, preparándose para la hazaña. Hizo ejercicios gimnásticos con el brazo para desarrollar agilidad. Repasó mentalmente la escena varias veces hasta que tuvo la seguridad de que todo saldría bien. Y salió bien. Solo con una pequeña diferencia. Cuando su mano tocó el pelo del gato se sorprendió por lo áspero, crespo y apelmazado de suciedad; se percibía la

urgente necesidad de un buen aseo. Es —pensaba— por ser de un pobre animal callejero. Tanto le tocó y manoseó que debió hacerle daño, pues el animalito se quejó. «¡Ay!». «Lo siento», dijo el hombre. Pero... ¿cómo ese ¡ay!? Sin soltar el pelo introdujo su otra mano a través del enrejado y tocó a... «¡Una persona! El gato es una persona. ¡El gato es una persona!», repetía conmovido el hombre que siempre paseaba solo, maestro en economía.

Luisito, atemorizado, se puso en pie frente al hombre. Temblaba. Necesitó pocas palabras para explicar el porqué de su «animalidad». Lo que le había sido negado como persona mendigo le fue generosamente dado siendo gato.

El hombre que siempre paseaba solo lloró.

—Desde hoy nunca te faltará alimento, ni vestido, ni calor, ni hogar.

El hombre solitario, ilustrado economista, comprendió que tenía un motivo importante para vivir y se creció.

Hubo un tiempo, hace años, en que un erudito economista, hombre bondadoso, siempre paseaba solo. Hoy hay un hombre que comparte con Luisito la aventura del vivir. Ambos dialogan y se escuchan. El hombre educa a Luisito haciendo

que broten en él todas sus potencialidades y Luisito aviva en el hombre sensible las mejores cualidades del ser humano.

¿DÓNDE ESTÁ EL ZAPATO DE CRISPÍN?

Gloria González Jareño

En todas partes hay gente con mala idea. En todos los pueblos existe gente cotilla y enredadora. La mala leche tiene adeptos en cualquier círculo, en cualquier vecindario y fue alguien con esa mala sombra la primera que dijo una inconveniencia, la primera que levantó aquel falso testimonio.

Aquella maledicencia tenía su fundamento: él, el dueño de la lengua viperina, había intentado ganarse a la muchacha llevándole a su casa, personalmente, un saco de patatas. Sabía, porque todo el pueblo lo sabía, las estrecheces que estaba pasando la familia; sabía que el marido no tenía

trabajo y que, con tantos hijos, lo estaban pasando mal. Él lo sabía con toda certeza porque, además, vivían bastante cercanos entre sí y en aquel pueblo todo se comentaba en la barra del bar.

Desde detrás del mostrador, el dueño de la lengua larga y venenosa veía cada tarde a la muchacha rodeada de sus hijos pequeños. Mientras los críos jugaban y revoloteaban a su alrededor, ella tejía calceta; de ese modo ahorra en compras y hasta aportaba una mínima ayuda a la maltrecha economía familiar. Desde detrás del mostrador, el dueño de la lengua mal hablada la miraba a través del ventanal de su taberna abierta a la plaza. Le gustaba mirarla, tan joven, tan cariñosa con sus hijos... ¡La pobre!

Después de haber dado a luz a su último hijo, la muchacha estaba más hermosa si cabía. Tenía una expresión serena, relajada, alegre. Aparentaba que no le pesasen ni el trabajo ni las estrecheces que estaban padeciendo.

El dueño de la lengua venenosa sabía del abandono en que aquella mujer se encontraba por parte de su marido. Este siempre estaba con sus amigos de caza, de fútbol, de lo que fuese, pero siempre sin su mujer. Se veía que ella se sentía abandonada.

Aquel verano llegó al pueblo una familia que era oriunda de allí, pero que hacía muchos años que no se les veía. Llegaron para pasar las vacaciones. Salían hacia la piscina por la mañana y por las tardes, a la caída del sol, se acercaban a la plaza para que los niños jugasen sin miedo a los coches y se juntaban con la muchacha y con sus hijos.

Cuando el dueño de aquella lengua peligrosa veía a la muchacha conversar con los recién llegados sentía celos. Él la conocía ya hacía mucho tiempo, desde que, recién casada, se fue a vivir con su marido a una vieja casa cercana a la suya. El dueño de aquella lengua dañina la había ayudado con un saco de patatas, pero solo recibía de ella un saludo, una sonrisa, un buenos días cuando pasaba por su lado. En cambio, con el nuevo visitante se la veía reír y mover las manos como si fueran mariposas, mientras sus hijos, los hijos de ambos, retozaban tranquilamente por la plaza. Celoso y envidioso, se preguntaba qué le daría aquel hombre para tenerla tan contenta, tan risueña, tan habladora. Debía ser algo más que conversación.

El dueño de aquella lengua larga y maldiciente, desde su mostrador, a través de la ventana, se-

guía al acecho y cada día estaba más rabioso, más enfadado.

A mediados del verano, la familia del forastero y la muchacha con sus hijos faltaron unos días de la plaza.

Las manos se le hacían huéspedes y la lengua le estorbaba en la boca al mantenerla callada. Quería saber dónde estaban, a dónde habían ido. Estarían juntos. Se habrían escapado. Habrían abandonado él a su mujer y ella a su marido. Se habrían fugado lejos. El dueño de aquella lengua afilada estaba que no dormía al no saber de la muchacha. En cambio, veía a su marido, como siempre, con sus amigotes bebiendo y charlando. No parecía afectarle demasiado que su mujer se hubiera marchado con otro. ¡Sería...!

Los bares y las tabernas son sitios acogedores para hombres solitarios y tristes, para borrachos y colgados, pero no son lugares adecuados para llevar a los chicos pequeños. Aquel día estaban en el bar un grupo de amigos y entre ellos el marido de la joven. Este iba acompañado del mayor de sus hijos, un mocete de doce o trece años. El chico jugaba a las máquinas mientras su padre tomaba cerveza y hablaba de fútbol. De vez en cuando el padre llamaba al muchacho para darle

un aperitivo. El chico se lo comía y volvía a su juego. De pronto empezaron a oírse voces des-templadas, voces e insultos que el muchacho escuchó. Su padre estaba amenazando a uno de los clientes del bar, un pobre tontorrón que solo había repetido lo que había oído decir al dueño del local. Las palabras ofensivas contra su madre también eran duras con su padre y este, sin pensárselo dos veces, agarró de la camisa al difundidor de calumnias y le propinó un puñetazo. El otro se defendió y en la pelea perdió un zapato, zapato que el chico agarró y salió corriendo con él en la mano hasta perderse de vista.

Los amigotes y los compañeros de barra pusieron paz y orden entre los contendientes y pronto allí no había pasado nada, pero... el zapato... ¿dónde estaba el zapato de Crispín? El chiquete guardó silencio.

Pocos días después de aquella gresca, la muchacha regresó al pueblo con sus hijos. La ausencia se debió a que fue a ver a su padre que se había puesto enfermo y, como ya estaba repuesto, volvió a su casa. Al volver a las faenas caseras, la mujer notó algunas cosas raras en su casa. A una camisa de su marido le faltaban dos botones y además tenía un siete al lado de un botón. Extra-

ñada, le preguntó qué era lo que había ocurrido para tener la camisa de ese modo, pero su marido le respondió que no había pasado nada, que no se preocupase.

Quizá, si hubiera tenido menos cosas que hacer, se habría entretenido en preguntar o en buscar alguna otra explicación a aquel pequeño desastre, pero pronto olvidó aquella circunstancia en cuanto cosió los botones y zurció aquel sietecito.

Ya por la tarde, como todos los días del verano, la mujer salió con sus hijos pequeños a la plaza a tomar el aire y a que jugasen con otros niños. Ella nunca buscaba compañía. Le gustaba sentarse sola, en un banco al pie de una farola para aprovechar la luz y así poder seguir haciendo punto. Le gustaba la soledad, pero, eso sí, echaba de menos al matrimonio que había llegado desde la capital a pasar las vacaciones. ¡Qué bien lo había pasado con ellos! Con los dos se podía hablar de todo: de los colegios de los niños, de música, de cine, de sus trabajos. Los dos esposos se llevaban muy bien entre ellos y eso le provocaba alguna envidia. Le habría gustado que su marido fuera así con ella: compañero y amigo, pero no; su marido era de otro tiempo, con otras formas de entender la vida y el matrimonio.

Aquella tarde se encontraba sola, sentada en el banco al pie de la farola haciendo sus labores de punto, cuando vio llegar a dos mujeres del pueblo. Las conocía de vista, las había saludado alguna vez, sabía sus nombres, pero no era amiga de ninguna de ellas, ni mucho menos. Conforme se acercaban a ella, adivinaba que algo raro sucedía.

Nada más llegar a su lado empezaron a preguntarle que dónde había estado, que con quién, que si había visto al forastero que había venido de la capital...

La verdad es que no sabía por dónde le iban a entrar aquellas dos cotillas, pero se daba cuenta de que la fama que tenían aquellas dos mujeres era cierta; eran dos cotillas de tomo y lomo. También le preguntaron que si sabía dónde había ido a parar el zapato de Crispín. Aquello del zapato de Crispín la trastocó. ¿Qué?, ¿el zapato de Crispín?, ¿qué zapato?

Al ver las dos chismosas que la muchacha no sabía nada de lo que había ocurrido, consideraron oportuno explicarle lo sucedido. Las dos cotillas esperaban que la muchacha se sintiera ofendida, enfadada, defendida, pero no. Al enterarse de que su hijo había cogido el zapato del tontorrón de Crispín cuando este se defendía de la

agresión de su marido por... por un falso testimonio, la joven se echó a reír.

A las dos cotillas no les pareció ni medio bien que la muchacha se tomara aquello tan serio con tanta ligereza, casi sin darle importancia. Pero, ¿a qué tenía que darle importancia? ¿A que su marido «defendiese su honor» liándose a mamporros? ¿A que Crispín, que era un pobre desgraciado, dijera algo contra ella? ¿Que su hijo le había «robado» el zapato y todavía no había dicho dónde lo había escondido?

Lo mismo que, sin preguntar a nadie, se había enterado de todo aquel embrollo, también se enteró de quién había partido tal habladuría, pero le dio lo mismo. No pidió explicaciones a nadie, no preguntó a su hijo por el zapato, no le recordó a su marido... ¡claro! Los botones de la camisa... Tampoco pediría cuentas al maldiciente. Estaba claro; se querría cobrar el saco de patatas de alguna manera.

La muchacha aprendió mucho con aquel jaleo, con todo aquel movimiento de infundios y palabras ofensivas. Intentó recordar cómo había sido su comportamiento cuando había estado con el matrimonio amigo. Quizá, en algún momento, habría expresado su amistad y su confianza con

algún gesto que habría confundido al dueño del bar, al dueño del veneno entre dientes. Puede que, en algún momento, una mirada podía haber dicho algo comprometedor. No podía saberlo, ni quería. Si en algún momento sus ojos, sus manos o su boca habían dicho algo que no le había gustado al dueño del bar, pues que se chinchase. No cambiaría en nada su forma de ser y de obrar, sincera e inocente. Lo que sí le hizo pensar fue aquel afán de posesión porque le habían hecho un regalo; aquel intento de aprovechar la pobreza y la indefensión de los demás; esa cotillería, esa imbecilidad manifiesta en tantas personas por tan poca cosa como un gesto, una mirada, quizá una caricia inconsciente...

RECUERDOS INOLVIDABLES

Celestina Iglesias García

Eran muy jóvenes, casi unos niños. Se casaron a principios de los años cincuenta, sin traje blanco, ni chaqué; sin fotógrafo, sin banquete de boda, sin... Ella vestía de negro, de riguroso negro, como si estuviera de luto; él, de azul marino. Eran las 8,30 de una mañana nueva llena de esperanza. Tras la ceremonia, íntima y familiar, un desayuno y a las diez corriendo para El Carbonero, el coche de línea que hacía el recorrido entre Caso y Oviedo dos veces al día. Iban a la capital con una maleta de madera y cuatro trapitos dentro, sin ni siquiera lo necesario. En el bolsillo unos cuartos, poquísimos; pero, eso sí, con una ilusión que derribaba montañas, con el pecho henchido de sen-

timientos, con... ¿por qué no decirlo?, con ese amor que no se puede medir, con unas ganas locas de demostrarlo, pero...

Aquellos eran unos tiempos de cerrazón, de puritanismo exacerbado (hoy, afortunadamente, superados). Todo era pecado, hasta cogerse de la mano o del brazo, hasta la más pequeña muestra de cariño a la persona amada estaba prohibida, mal vista. Y no es que él o ella no lo desearan, no; era la forma de vivir, las costumbres, las apariencias, la religiosidad. Había que resistir, esa había sido la consigna, la férrea enseñanza, machacona y repetitiva, que sacerdotes y misioneros pregonaban sin desmayo.

«La mujer —nos decían— debe ser pura, honesta, intachable; madre de muchos hijos, los que vengan, para educarles cristianamente, y vivir sumisa al marido el resto de su vida...»

Y la pareja de recién casados llegó a Oviedo. Allí se dirigieron a la Caja de Previsión con un recibo de la empresa para cobrar la limosna que el Régimen daba a quienes contraían matrimonio. El edificio imponía cierto respeto. La puerta, giratoria, dividida con cuatro aspas por donde

con mucho tiento y acierto se entraba al tiempo que otros salían, les jugó una mala pasada, como si no quisiera darles la mala bienvenida a la capital. La poca costumbre y los nervios hicieron que la maleta se trabara y se taponara la entrada y la salida. ¡Dios mío, qué apuro! La gente mirando, él tirando cuanto podía la maldita maleta, todo el mundo parado, y, nada, ni para atrás, ni para delante, varias personas encerradas en los huecos echando imprecaciones y observándolos como si fueran unos pobres pueblerinos que no saben andar por la ciudad. Al fin aparecieron unos empleados que deshicieron el atasco y pudieron entrar; pasaron azorados, rojos de vergüenza y con unas ganas locas de que allí mismo les tragara la tierra. Cobraron la recompensa y, al salir, se cuidaron muy mucho de no trabarse en la dichosa puerta. Ya en la calle, respiraron de alivio y buscaron un alojamiento acorde con su escaso presupuesto.

Durante tres increíbles días recorrieron calles y plazas de la ciudad, entre ríos de gente, con el entusiasmo propio de la juventud y de la nueva vida que habían iniciado juntos. Mas aquella pequeña luna de miel no acabó en la ciudad de la puerta trabada, su meta era Gijón, pues se mo-

rían de ganas por conocer el mar. Y allá se fueron, en busca de esa llanura de agua azulada y salobre. Encontraron hospedaje y, casi como niños, en aquel mes de julio, radiante y soleado, cogidos del brazo, preguntando a una y otra persona, buscaron la playa y el ancho mar. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando, de pronto, tras serpentear por las calles retorcidas y estrechas se dieron de bruces con un paseo enorme, frente al cual aparecía la inmensidad del océano! Las olas morían en rollos de espuma en una arena anaranjada y clara donde multitud de gente tomaba el sol, se bañaba o simplemente paseaba a la orilla rompiendo el oleaje con los pies. Respiraron aquella brisa marina y húmeda que envolvía la atmósfera con un cielo nítido en que unas blancas gaviotas trazaban garabatos con su vuelo majestuoso y atrevido.

¡Qué hermosa imagen se grabó en sus mentes! No resistieron la tentación, se descalzaron y avanzaron nerviosos entre la arena hasta la misma línea del agua, revuelta y espumosa, cogidos de la mano, caminando por primera vez entre las incansables olas...

Luego, en los días sucesivos, viajaron en un tren, estrecho y pequeño, a localidades cercanas,

pero todos, todos los días se acercaban, bien por la mañana, bien por la tarde, hasta el muro que recorre la forma curvada de la playa, para extasiarse contemplado el horizonte donde el agua parece besarse con el cielo. Eran felices, sí, se llenaron de vida y gozaron las horas como nadie podía imaginar... Mas llegó el final; los días, el maravilloso viaje, tuvieron su conclusión y con nostalgia y añoranza regresaron al valle que los vio nacer. Allí estaba su trabajo (la mina) y allí estaba su casa, su hogar. A su familia se dedicó ella con entusiasmo, cuidándola con la mayor ilusión del mundo y aguardando el regreso cotidiano del amor de su vida, siempre con el alma en vilo, porque en la mina, ya se sabe, los accidentes ocurren con excesiva frecuencia.

Y así, las cosas transcurrían estirando los pocos recursos, como bien se podía. Y fueron llegando los hijos, sí, esa carne que sale de las entrañas más profundas de la madre. ¡Qué alegría y qué ilusión embargaban su pecho! Aquellas criaturas, fruto del amor, iban llenando la casa y al mismo tiempo aumentaban los gastos y con ellos los problemas, las dificultades... y, naturalmente,

porque la vida no es un camino de rosas, los roces, los malentendidos, las disputas... ¿Por qué razón —pensaba ella— la vida se agrieta y el amor de los primeros años parece que se desgasta y se olvida? ¿Por qué no podía ser siempre como al principio? Y como el tiempo no se detiene, los niños se hicieron mayores y, aunque los padres no eran conscientes de que las discusiones les afectarían, un día, uno de los hijos, cogiendo aparte a la madre, le preguntó por esas riñas y le pidió que procuraran entenderse, que hablaran y llegaran a un acuerdo. Para él su padre tenía más disculpa, pues el duro trabajo justificaba que no anduviera de humor, como sería de desear, queriendo dar a entender que el trabajo, la especulación y el sacrificio de la madre estaban en un segundo plano, que ella tenía menos disculpa que él, que su esfuerzo no era tan importante como el del padre. No fue fácil para ella digerir tales argumentos y pasó varias noches sin conciliar el sueño, dándole vueltas a la reflexión del hijo.

¿Qué hacer?

¿Cómo enderezar la casa y mejorar la convivencia?

¿Cómo recuperar la ilusión de aquel primer viaje cuando aspiraban a vivir la vida en toda su plenitud?

Una noche, cansada de buscar soluciones, creyó hallar la salida. Y la puso en práctica. Aprovechó un día en que los dos estaban solos y le pidió que, para tratar de encontrar un arreglo y recuperar la armonía de la casa, escribieran cada uno por su cuenta aquellos aspectos o defectos que observaban en su pareja. Él calificó la iniciativa de tontería y apenas la escuchó. Pero una tarde, dispuesta a conseguir sus propósitos, sin cejar en su empeño, puso dos cuartillas y dos lapiceros sobre la mesa de la cocina y con sumo cuidado le invitó a escribir lo que de palabra parecía más difícil de expresar. Ella tomó el lápiz y, ante la atenta mirada de él, comenzó a echar fuera cuanto almacenaba en su pecho. Las quejas fueron cayendo sobre el papel como una lluvia esperada y abundante inundando el folio con la fe puesta en que a partir de aquel momento el entendimiento sería una realidad. Escribía sin pausa: esto, aquello, lo otro, lo de más allá... —que no me quede nada, pensaba—, mientras él permanecía inmóvil, la cuartilla intacta y blanca, sin un solo trazo

que alumbrara la esperanza. Y cuando ella apuraba, incluso, el reverso de la hoja —¡tanto tenía que decir!— advirtió que él tomaba el lápiz y garabateaba algo, muy breve, escasamente una o dos palabras. Al fin concluyó su pliego de descargo. «Ya está», murmuró para sí con cierto aire de satisfacción, como si hubiera hecho unos deberes. Con el corazón latiendo a buen ritmo y los nervios a flor de piel, la mujer le pidió la cuartilla al marido reteniendo la suya muy cerca de sí.

«Toma», le dijo él, entregándole doblado el papel. Cogió temblando la carta deseosa de saber qué podría haber escrito. Abrió la hoja y, para su sorpresa, no dando crédito a lo que leía, se encontró con tan solo dos palabras, pero qué palabras, las que quizá menos esperaba:

«Te quiero»

Sintió como si el techo se le viniera encima, que sus ojos no aguantaban la emoción que la declaración encerraba. Y comprendió entonces que mientras ella daba rienda suelta al cúmulo de quejas e insatisfacciones enterradas en su interior

y que a su entender eran fruto de tantos malentendidos, él había sido capaz de hallar la palabra exacta que permite echar a un lado las cosas superfluas y agarrarse a lo verdaderamente importante de la vida entre dos personas, de recuperar el encanto de los primeros días y de mirar hacia delante sintiendo la mano de su compañera. Una ola de vergüenza invadió su alma, convirtió sus reproches en una bola arrugada de papel como si quisiera que allí se enterraran sus quejas, y los dos, habiendo aprendido la lección, se prometieron cambiar de actitud y encontrar la armonía perdida.

Hoy, con varias décadas sobre sus hombros, los hijos criados e independientes, siguen caminando juntos, cuando ya un viento otoñal asoma por las cumbres.

MIRADAS HACIA EL PASADO, MIRADAS HACIA EL FUTURO

Juan José López Pérez

*Supongamos
no es una sencilla apuesta —moneda de cara y cruz—,
en una ruleta (Hagan juego, señores, hagan juego)
donde todo puede ocurrir, donde puede
que exista Dios mas no vida eterna,
que exista vida eterna sin Dios,
que exista vida eterna para unos y no para otros.*

VICENTE GAOS
(de su poema «Suposiciones»)

Y supongamos que cuatrocientos años después de la más célebre creación cervantina, dos de sus personajes, Alonso Quijano y Sansón Carrasco, se encuentran en un bosque. Doy fe que no lo he conseguido por mediación del mago Merlín ni por ningún otro encantamiento. Son estos dos caballeros los que han querido acordarse de nosotros apareciendo ahora. ¿Qué querrán evocar?, ¿qué nos querrán comunicar? No vayáis a creer que nuestros personajes se presentan con sus vestiduras y armaduras de hace cuatro siglos. Aparecen de una manera informal, con unos treinta años, ambos con jersey azul celeste, pantalón vaquero de mercadillo y botas de gore-tex. Sin sombrero, ni gorra, ni boina, ni, obviamente, bacía de barbero.

Pongámonos en situación. Una mañana de primavera del segundo decenio del siglo XXI, el celeberrimo caballero Don Quijote, antaño conocido como de la Triste Figura, se encuentra con el bachiller Sansón, caballero de las tres denominaciones: del Bosque, de los Espejos, de la Blanca Luna. Se saludan en el espacio geográfico del valle de Iruelas, cerca de la sierra de Gredos, en torno a múltiples castaños en flor.

Esos árboles a ambos lados del sendero por donde pasean nuestros personajes, ¿ignoran el

tiempo?; ¿acaso son indiferentes a los días, las noches, las brisas, los vientos, los meses, los años, los siglos...? ¿Somos los hombres pobres árboles en pie? En la mitad del cerrado bosque formado por multitud de jóvenes ejemplares arbóreos, los dos caballeros se detienen ante un monumento vegetal. Alonso Quijano observa el vetusto castaño y dice a su acompañante:

—He aquí, Sansón amigo, un árbol que tendrá más de quinientos años. He leído que lo llaman *El Abuelo*.

—Cierto, Alonso, tiene aún más edad que nosotros, que ya es decir... Cuando nos sacaron a la luz, hace ya cuatro siglos, este castaño tendría ya cierta envergadura...

—Aunque no mediría los metros de ahora —calcula Quijano.

Nuestros personajes contemplan la gran oquedad del histórico castaño.

—¡Qué tronco más maltrecho! —exclama Carrasco.— Seguramente está así como consecuencia de fuegos...

—¿Y por qué esos fuegos?

—Tal vez para ahuecar su interior pensando que podría servir de refugio, fuera para personas, para animales...

Continúan su andadura a través del sendero. El aire límpido, el canto de los pájaros, alientan a ambos. En un recodo, Alonso dice a su compañero:

—Sansón, los seres humanos crecimos en los bosques. Es la razón por la que entre nosotros y los bosques hay una afinidad natural. Mira esos castaños jóvenes que están en torno al *Abuelo*. Brillan erectos. Es como si se esforzaran por alcanzar el cielo. ¡Qué sistema tan maravillosamente cooperativo nos une al mundo vegetal! Plantas y animales inhalan mutuamente las exhalaciones de los demás... Es una especie de resucitación mutua a escala planetaria, boca a estoma, impulsada por esa estrella que ilumina ahora este bosque desde una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros.

Prosiguen el paseo admirando las blancas flores del castañar que brillan a ambos lados del sendero. Sansón quiere enriquecer las palabras de Alonso con unos versos:

—Escucha, Alonso, cómo interpretaba un camino Pablo Neruda. En nuestra época anterior diríamos que era un poeta de las Indias Occidentales; ahora se dice que era de la República de Chile, aunque ciertamente es universal: *Así es*

como, a caballo,/ cruzando/ colinas y praderas,/ en invierno,/ una vez más me equivoqué:/ creía/ caminar por los caminos:/ no era verdad,/ porque/ a través de mi alma/ fui viajero/ y regresé/ cuando no tuve/ ya secretos/ para la tierra/ y/ ella/ los repetía con su idioma./ En cada hoja está mi nombre escrito.

—¡Ah el camino, Sansón! En el último verso recitabas: *en cada hoja está mi nombre escrito*. ¿Recuerdas cuando eras mi convecino en aquel lugar del que no se quería acordar nuestro creador?

—Sí, ya lo creo que me acuerdo...

—¿Y te resultaba yo tan extraño como a mi ama, a mi sobrina, al cura y al barbero?

—¡Cuánto me agrada que me preguntes eso! Sé que he tenido mala prensa entre los críticos. ¡Qué mal me han tratado! Que si mi pequeñez de alma, que si mi mezquino espíritu caballeresco, que si mi socarronería... ¡No han sabido ver mi ironía! Verás... No he de negarte que yo determiné salir en tu busca con la idea de reducirte a la cordura. Pero al cabo del tiempo he comprendido que lo que en el fondo quería era unir mi nombre al tuyo...; que lo que deseaba era andar junto a ti en la búsqueda de la fama y la gloria, que es lo que buscan muchísimos seres humanos a lo largo de los tiempos.

Alonso sonrío y alega:

—Ya, pero además de los críticos, infinidad de lectores también han interpretado que eres un prototipo de los demonios familiares hispánicos, concretamente de la envidia.

—Pues no estoy de acuerdo con ellos. Reconozco que salí en tu busca para derrotarte y hacer que volvieras al redil manchego de donde saliste. La primera vez no lo conseguí: bajo mi disfraz de Caballero de los Espejos me derrotaste... Más adelante, bajo mi disfraz de Caballero de la Blanca Luna te vencí y conseguí mi propósito... Pero cuando te acompañaba en tus últimos días, vislumbré que yo tomé las armas para algo más: buscar ideales nuevos estuvieren donde estuvieren, fueren los que fueren... Y además recuerda aquellas palabras mías... cuando dije que se me translucía que tu historia sería traducida a todas las lenguas y leída en todos los rincones del orbe.

* * *

Tras un recorrido ameno, de evocación, por los caminos de la villa de El Tiemblo, tenemos a nuestros personajes ante un espacio emblemático. Así lo presenta Alonso:

—Ganas tenía de traerte aquí, Sansón. Cuando te presentaste a mí como Caballero del Bosque hiciste referencia a estos verracos. ¿Recuerdas? Peroraste que la sin par Casildea de Vandalia te había mandado una serie de trabajos semejantes a los de Hércules. Así como desafiar a la Giralda, la famosa gigante de Sevilla; sacar a la luz el escondido abismo de la sima de Cabra, y, aquí los tenemos, tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando.

Sansón se echa a reír y objeta:

—¡Cuánto nos hacía exagerar nuestro admirado creador!

—¿Qué fue de Casildea de Vandalia? ¿Existió realmente?

—Claro que sí... Era una bella andaluza de la que me enamoré en las callejas de la dorada Salamanca cuando yo estudiaba para bachiller. Pero no la volví a ver tras regresar a nuestro terruño manchego.

—Así, pues, señoreaste al amor en la realidad, e imaginaste servirle en la fantasía.

Los cuatro verracos de piedra granítica miran desde el albero las cumbres de Gredos. A su vez Alonso y Sansón los miran, viéndolos, tratando de ir más allá de la contemplación de unas escul-

turas de bulto redondo. Alonso se anima a hacer una remembranza ante su compañero:

—Una luz especial debió iluminar aquel día de septiembre de 1468, cercano el equinoccio de otoño, cuando se firmó el pacto que abría el camino legal para que Isabel de Castilla llegara a ser reina de España. Ciertamente la paz no llegó a Castilla después de aquella jura. Pero despejó el camino para lo que después sería la creación de la nación española en la Edad Moderna.

Alonso hace una pausa mientras observa a los verracos de piedra. Y continúa:

—Pero Sansón, siglo y pico después, la España donde nos puso Cervantes, la España del final del Renacimiento, se iba desplomando agotada. Nuestro creador bien lo supo ver. Era una sociedad que nadaba entre dos aguas. Por una parte, un conservadurismo mediocre; por otra parte, un espíritu auténticamente renovador. Solo una idea nueva, un liderazgo consistente y ejemplarizante podía evitar la caída total.

—Y es evidente que no llegó. Pero, a pesar de los pesares, España ha sobrevivido en el devenir de los tiempos. Somos nosotros, Alonso, los que hemos sido perdedores por definición...

—No estoy de acuerdo, Sansón. No es verdad que los caballeros intachables resulten siempre perdedores. Los verdaderos caballeros son triunfadores aún antes de empezar el juego.

—Podría ser... —opina Sansón con gesto escéptico. Y a continuación hace una pregunta que tiene en la mente desde que llegaron a la contemplación de los Toros de Guisando:

—¿Qué le pasa a España, Alonso?

—¡Huy! Esto requeriría un estudio de días, una respuesta de horas. Pero voy a tratar de sintetizar mi contestación. Para empezar, España sigue siendo un inmenso problema pedagógico. Pero no es solo esa la clave. El asunto principal es la justicia. De ella depende todo, y muy principalmente la economía, que se basa en la confianza. En la vida histórica española, los periodos de esplendor están en relación con el fortalecimiento de la justicia, y los periodos de declive están en consonancia con el decaimiento de la justicia. A mí siempre me preocupó. Uno de los primeros entuertos que quise desfacer fue cuando traté de salvar a aquel muchacho atado a un árbol, desnudo de medio cuerpo arriba, que era azotado por un hombre oscuro y fornido, un tal Haldudo, vecino de Quintanar, que se negaba a

pagar al joven Andrés la soldada conseguida con su sudor y su trabajo. Y uno de mis primeros fracasos fue confiar en la caballerosidad del mortificador.

—¡Cómo nos muestra la vida que tenemos que estar con los ojos bien abiertos!

LA TRICOTOSA

Jesús S. Martínez Díaz

—Buenas tardes, ¿tú eres el que me llamó el lunes? Pasa, hijo, pasa. ¡Huy, qué jovencito eres! Por teléfono me habías parecido mayor. Perdona que haya tardado en abrirte, pero ya ves lo que me cuesta moverme. Ven por aquí, que la tengo en la salita. Ya verás que está como nueva, que la tenía muy bien guardada desde hace... ni lo sé. Vivía mi pobre Paco, que en paz descansa, él fue quien la subió al desván. Ayer llamé a mi hijo y me la bajó y me he pasado toda la mañana revisando que todo esté bien. No le falta nada. Hasta el libro de instrucciones lleva. ¡Es una Singer! La placa es de galga siete y tiene todas las agujas... ¡Seré tonta! ¡No debes saber ni lo que es una gal-

ga! ¿Sí? ¡Fíjate! Si es que claro, los jóvenes de hoy en día con eso de la Internet, que yo no sé muy bien cómo es, pero mi nieta dice que con eso te enteras de todo... Me parece que debéis ser más o menos de una edad, mi nieta y tú. ¿Tú cuántos años tienes? ¿Ves? Si a lo mejor hasta la conoces... No, claro. No me hagas caso... Tenía otra... No, otra nieta no, otra placa, de galga cuatro y medio, pero me la pidió una amiga cuando yo dejé de trabajar y luego como se le fue la cabeza y los hijos se la llevaron, pues ya me quedé sin ella. Pero lo demás, esta todo: el carro, los peines, las pesas... Ayúdame a quitarle la sábana, que se la he puesto para que no me coja polvo. ¿Qué me dices? ¿A que es como si hubiese salido de la tienda ayer mismo? Bueno, ayer no, que de estas ya no venden. Es manual, claro. En mi época... Mi Paco, pobrecito mío, quiso ponerle un motor cuando yo ya había hecho miles de jerséis con ella, pero yo le dije que para qué, si cada vez había menos faena. Lo que sí compré fue un carro de intarsia, y tengo también una bobinadora pequeña. Lo que no tengo es ningún cono de lana, para que la puedas probar... Bueno, tú míratela bien. ¿Te apetece merendar algo? Sí, sí, sí, sí. Te voy a poner unas galletas que me

trajo mi hijo el otro día cuando fueron al pueblo, con un vasito de leche, ¿o prefieres una Coca-cola? Vale. Una Coca-cola y yo me tomaré un cafetito.

¿A que está muy bien? Me da una pena venderla... De verdad que no lo haría pero, hijo, ¿qué voy a hacer yo ya con ella? Y además, no te voy a engañar, que con mi pensión... Es como cuando nos vinimos del pueblo. Entonces, con el jornal de mi Paco nos daba justito para pagar el alquiler, así que tuvimos que ir tirando de lo que habíamos sacado por la venta de la casa de mis suegros, que no es que fuera gran cosa. ¡Menos mal que nos decidimos a comprar la máquina! La habíamos visto en un anuncio del *Blanco y Negro*. La pagamos a tocateja con más miedo que vergüenza, porque nos quedábamos sin una peseta... ¡Debes de pensar que soy una vieja chocha! Come, come galletas... ¿A que son riquísimas? Son de mi pueblo... Huy, si ya te lo he dicho. ¡Qué pesada! ¡Si tú supieses las horas que he pasado yo delante de esta máquina! Pero de verdad que era muy feliz trabajando sin tener que salir de mi casa y escuchando la radio... ¡La compañía que me ha hecho a mí la radio! Sobre todo por las tardes. Por las mañanas también, pero menos, que entre

acompañar a mi Pedrito a la escuela, ir a hacer la compra, la casa, la comida, volver a buscar al niño y que a la una y media llegaba mi marido... Trabajaba en un colmado, Paco, mi marido, de dependiente, aunque más que nada de chico de los recados. ¡Como no tenía estudios! Leer y escribir, sí, y las cuatro reglas, y poco más... Aunque bueno y honrado era como no había otro. Y trabajador... ¿Qué te estaba diciendo yo? ¡Ah, sí, lo de la radio!

Por la tarde, después de comer, mi Paco se llevaba a Pedrito a la escuela y yo, después de recoger, ya me ponía a trabajar. Para que yo no parase, el niño me lo traía una vecina que iba a buscar al suyo y yo de vez en cuando, para agradecerle el favor le hacía una bufanda a su marido, o un chalequito al niño...

¿Ves? Ya me he ido otra vez. ¡Si es que no se puede ser vieja! Lo que te decía de la radio: yo me ponía a escuchar las novelas y se me pasaban las horas... Claro que antes daban los discos dedicados... y Doña Elena Francis. Lo de los discos era muy bonito, porque como todo el mundo tenía poco dinero, pues podías regalar una canción y el locutor decía... Yo me acuerdo de una vez que, para mi santo, estaba yo sola aquí en casa y

de repente oigo que dice la radio: «Para la esposa y la madre más buena del mundo, que se llama Antonia García, de su marido Paco y su hijo Pedro...» Perdona, hijo, perdona... es que todavía me emociono, que aquello era... era como un sueño, y luego las amigas, que no está bien que yo lo diga, pero con una envidia... Lo del consultorio de Doña Elena... ¿Tú no has oído hablar de Doña Elena? Esa mujer se merece un monumento. La gente escribía para pedirle consejo y ella siempre sabía lo que tenía que decir, sobre todo a las chicas jovencitas, que más de una se libró de algún sinvergüenza gracias a ella. ¡Y la de matrimonios que debió de salvar! Yo, en cuanto empezaba el programa y escuchaba aquella música como con unos coros, ¡es que ya se me ponía la piel de gallina! Luego, después que la quitaron, dijeron que era mentira, que Doña Elena no existía y que era un señor. ¡Qué iba a ser un señor! ¡Que no, que se notaba que aquellos consejos tenía que darlos una mujer! Yo, una vez que tuvimos un problema muy gordo con mi hijo, le escribí aunque me daba muchísima vergüenza, que mi hijo tenía dieciséis años y la chica uno menos... Cuando leyeron la carta por la radio yo estaba muerta de miedo y eso que iba con un seu-

dónimo: «Madre afligida», le puse, pero es que a mi marido no le habíamos dicho nada... A mi Paco no le gustaba Doña Elena. A él le gustaba cuando daban el fútbol, los domingos. Mira, precisamente fue un domingo escuchando el Carrusel Deportivo: vine a traerle un café con leche y se me había quedado como un pajarico, con la quiniela en la mano... Por lo menos no me sufrió... No me hagas caso, hijo, que soy muy torpe. No tendría que decirte estas cosas...

A mí lo que de verdad, de verdad me gustaba eran las radionovelas. Preciosas. ¡Y con unos actores! Fernando Dicenta, Maribel Alonso, Matilde Conesa, Juana Ginzo..., que te ponían la piel de gallina. Pues no he llorado yo con aquella novela, «Lo que nunca muere», que luego hicieron una película y todo, y con «Ama Rosa». Esa sí que era de llorar, de llorar... que a veces si venía alguna clienta a probarse o alguna vecina a hacerme compañía, parecíamos las magdalenas en Semana Santa. Más de un punto se me escapó por culpa de las novelas, que me daba un coraje... Luego, cuando empezó la televisión, también, también echaban novelas por las tardes pero yo, hijo, no sé, qué quieres que te diga: no era lo mismo. Uno que claro, que no se puede estar al plato

y a las tajadas y que si mirabas a la pantalla la faena no te cundía igual, y otro pues, por ejemplo, aquella del Conde de Montecristo. Que sí, que el chico aquel... ¿Martín? No sé qué Martín, que lo hacía muy bien y que era muy guapo, pero yo, al conde, cuando nos la leían en el pueblo, siempre me lo había imaginado rubio. Y lo que es ahora... Yo la tele es que no, que por las tardes las novelas que dan no me gustan demasiado. Sí que veo alguna, pero muchas son tonterías y todo el mundo se va a la cama con todo el mundo, pero claro, no te vas a poner a ver los otros programas que solo hablan de porquerías y con esas chicas que tienen hijos con el primero que pasa y todos gritando... Hace poco le decía yo a mi hijo que me escribiese una carta a los de la radio nacional para que volviesen a hacer novelas como las de antes... Si es que antes la radio... Aquello de «Matilde Perico y Periquín» ¿No sabes quiénes eran? ¡Lo que nos reíamos con ellos! El niño, el Periquín, era de la piel de Barrabás y su padre acababa siempre zurrándole la badana. La hacían antes de cenar. Mi Paco no nos dejaba abrir la boca, ni con eso ni con las noticias, que eran lo más sagrado. Bueno y con los «Formidables»... ¡Ahí sí que había que estar callado! Bajaban los

vecinos del tercero y a veces venían mis primos, que vivían aquí al lado, para escucharlo todos juntos: ¡una emoción! ¡Lo que llegaban a luchar todo un programa, para poder traerle a un pobre niño enfermo una medicina desde la otra punta del mundo!

Que digo yo que a lo mejor te estoy entreteniéndolo y llevas prisa... Yo, hijo, es que como paso tantas horas sola, cuando encuentro con quien hablar... ¿No comes más galletas? ¿Quieres otra Coca-cola? No, tú no te preocupes, ¡si yo no tengo nada más que hacer! Mírate bien la máquina, que a lo mejor yo la veo tan perfecta por el cariño que le tengo y tú... ¿Sí? Pues muy bien, hijo mío, me alegro mucho de que te la quedes tú, que me pareces un buen chico.

Claro, es que se ha hecho tan tarde por mi culpa... Nada, nada... vienes mañana a buscar la tricotosa. No hijo, no. Mañana me la pagas. ¿Por la tarde? Pues muy bien. ¿Sabes qué? Le digo a mi nieta que se venga, que así ella te ayude a bajarla. ¿Mi nieta? ¡No, si lo de mi hijo con aquella chica al final no fue nada más que un susto! Lo que no tiene que ser, no tiene que ser y a los tres meses... ¡Dios que sabe cómo hacer las cosas! ¡Si mi hijo se casó que tenía casi trein-

ta años!, ¡con otra! Ya verás: es guapísima mi nieta. Mañana que ella te eche una mano y yo os preparo una merienda. ¿A ti te gusta el bizcocho de naranja...?

SERAFÍN, EL «CAMPANERO»

Manuel E. Mira Sánchez

La iglesia de Santa Catalina tenía una hermosa torre que era la más alta y bella de la ciudad. Desde su altura se dominaba no solo su perímetro, sino hasta los horizontes de su fértil huerta. Al campanario se subía por diez empinadas cuestas y una escalera de caracol que se desarrollaba dentro de una columna central de piedra, con cincuenta interminables peldaños, que eran el martirio y la penitencia de Serafín, el «campanero», cuando tenía que subir, hasta en siete ocasiones algunos días, para dar los toques por los que se regían los tiempos litúrgicos, las labores y la vida de la ciudad.

—Esta escalera me va a matar un día —le de-

cía Serafín a su perro *Golfo* mientras llegaba a las campanas echando el bofe.

Golfo era un perro callejero, pequeño, canelo, de boca potente, puro músculo, pelo corto y rabo enroscado, que un día le siguió hasta su casa; y allí se quedó. A Serafín le gustaba su perro porque tenía un gran instinto y conocimiento. Decía de él que ni siquiera le faltaba hablar. Era un amigo inseparable.

Serafín conocía a sus cuatro campanas mejor que a Escolástica, su mujer. La que miraba a norte se llamaba Candelaria y la fundieron en Valencia. Sonaba bien la Candelaria, pero era muy grande para el volteo y alguien tenía que ayudarle. Escolástica decía que mientras fue joven, que sí, que ella le ayudó, pero que ahora sus pies ya no estaban para subir a la torre. Por eso, la Candelaria se tocaba poco; solo en las grandes ocasiones y si el rancio de Ramón le ayudaba.

Ramón era un hombre huraño, poco hablador, al que le gustaba más el vino que las campanas. Ramón envidiaba a Serafín por ser este querido y respetado; «Y total para lo que hace..., tocar las campanas... ¡eso lo hace cualquiera!» —decía celoso.

La que miraba al sur se llamaba la de los Inocentes. Era una campana pequeña y de sonido

muy dulce porque, según decían, en su fundición habían aleado el bronce con gran cantidad de plata. La mandó fundir un miembro de la familia Riquelme —una de las más ricas de la ciudad—, cuando tres de sus nietos fallecieron en una epidemia de cólera. En su faldón sonoro había escrito: «*Ananías, Azarías et Misael, benedícite Dóminum! (Dn 3,88)*». Solo se tocaba cuando un niño fallecía.

La campana que miraba a levante se llamaba la Paloma y había sido fundida en Murcia por Senac —que tenía la fundición en la calle del Pilar—. Era una campana de volteo fácil y su sonido agudo se escuchaba a varias leguas de distancia. Tenía la triste misión de avisar las veces que el río Segura venía crecido y los huertanos de la vega alta tocaban sus caracolas, alertando de la temible riada. Cuando esto ocurría, Serafín subía corriendo a la torre y hacía voltear a la Paloma, como una loca, al tiempo que le gritaba:

*Vuela, Palomica, vuela.
Vuela hasta la baja vega.
Avísale a mis huertanos,
que el río bramando llega.*

Y la Paloma, mensajera ella, blandiendo las alas de su yugo de madera, volaba llevando el mensaje. Y dicen que hasta se la oía por Orihuela.

Por último, mirando a poniente, estaba la preferida de Serafín, la Fuensanta, también llamada la Catalana por haber sido fundida en Reus. Tenía la Fuensanta una particularidad que solo Serafín conocía: cuando la fundieron, la parte del molde que conformaba su hueco interior se desplazó levemente hacia uno de sus lados; esta excentricidad hizo que tuviese el labio más delgado en un extremo y, progresivamente, más grueso en el contrario, con lo cual, según donde golpeará el badajo, se podía obtener una nota musical u otra. Cuando Serafín estaba inspirado le sacaba unos toques únicos que eran la admiración de sus vecinos y la envidia de otras parroquias, y por supuesto, de Ramón, que miraba con codicia cómo los agradecidos feligreses obsequiaban a Serafín con buenos reales y hasta con algunos doblones de plata.

Serafín, como todos los campaneros, se estaba quedando sordo; ya no oía cuando, abajo en la misa, sonaban las campanillas al alzar a Dios, para responder con los preceptivos toques de su campana; pero no importaba, para eso estaba su fiel amigo *Golfo*, que tenía muy buen oído.

Un día gris, Serafín tardó en bajar del campanario y *Golfo* llegó ladrando hasta la sacristía. Cuando subieron, encontraron a Serafín tendido en la escalera de caracol.

Al entierro acudió todo el barrio y, estando allí, se escuchó un toque de difuntos que parecía tocado por un ángel: pausado, sereno, armonioso... La gente miró sorprendida hacia la torre y don Telésforo, el párroco, pensó: «Se nos ha ido un Serafín, pero nos ha dejado un Ramón que parece que toca mejor. Qué raro... ¡bendito sea Dios!»

Cuando volvían del cementerio, don Telésforo se encontró con Ramón, que estaba en la puerta de la taberna, y llamándolo le dijo: «Desde ahora tú serás el campanero».

Por la mañana subió Ramón a la torre para tocar a Laudes. Fue algo horrible. Las campanas sonaron como si las golpearan los mismos demonios. Y así siguió ocurriendo durante muchos días, hasta que los vecinos, lamentándose, se quejaron a don Telésforo.

—¡Tened paciencia, tened paciencia! ¿No os acordáis de cuando Ramón tocó en el entierro de Serafín? Veréis cómo todo vuelve a ser igual —les consolaba el párroco.

Pero no había manera de que sonaran siempre bien, y así, se fueron alternando toques infernales con algunos pocos angelicales.

Una noche, iba don Telésforo camino de su iglesia escuchando lo bien que sus campanas llamaban a Novena. Pasó por la puerta de la taberna y allí, apoyado en el quicio de la puerta, vio a Ramón, ebrio, haciendo equilibrios para no caer al suelo.

—Pero Ramón, ¿qué haces aquí y en este estado? ¿Quién toca entonces las campanas?

No obtuvo respuesta.

Cuando terminó la Novena llamó a Escolástica, la viuda de Serafín, para preguntarle si había sido ella la que había tocado las campanas.

—Don Telésforo, ¿está usted de broma? Yo no puedo subir ni siquiera dos de las empinadas cuestas y, aunque me subieran en parihuelas, nunca podría tocar tan bien como lo ha hecho Ramón. ¡Qué bien le enseñó mi difunto Serafín!

Don Telésforo, ante tan extraño suceso, prohibió a Ramón que al día siguiente subiera a la torre. El resultado fue que las campanas sonaron maravillosamente. Cuando alguien subía a la torre, las campanas no sonaban; cuando las tocaba Ramón sonaban infernales, pero cuando no había nadie, las campanas cantaban solas.

La gente empezó a decir que aquello era un milagro y que el espíritu de Serafín se había quedado en sus campanas. La iglesia se llenaba y su fama se extendió por toda la comarca.

El obispo llamó a consultas al párroco, y don Telésforo le dijo que Serafín había sido un buen hombre, pero que para santo..., santo..., francamente no lo veía; aunque aquel misterio no tuviera explicación alguna. Decidió el obispo celebrar una misa mayor en aquella parroquia y ser testigo del supuesto *milagro*.

Por aquellas fechas, andaba el prelado en disputas con el corregidor, y estaba urdiendo una serie de intrigas para ponerlo en evidencia.

El día de la misa, con la iglesia rebosante, todo trascurría con normalidad y los toques de campanas se fueron sucediendo con orden y concierto. En el momento de la consagración, al alzar a Dios, sonaron unos tañidos que no eran los habituales. Cuando puso rodilla en tierra se volvieron a escuchar los mismos tañidos. El obispo y el párroco se miraron extrañados y, al elevar el cáliz, volvió a sonar aquel toque que producía un arpegio con las notas musicales: **sol, la, do, re, mi**, repetidas tres veces y el obispo, sorprendido, empezó a comprender. Al arrodillarse, se volvió a escuchar

el toque con mayor estrépito. El obispo, entonces, sin levantarse del suelo, recordó el himno litúrgico *Ut queant laxis* de donde, en su tiempo, se obtuvieron los nombres de las notas musicales, y las notas, así leídas, decían: *Solve polluti; Labii reatum; Ut queant laxis; Resonare fibris; Mira gestorum*, lo que tradujo como: *Deshaz el embrollo de tus manchados labios para que puedan, con toda su voz, cantar mis maravillas*. El obispo se acordó de las intrigas que estaba tramando contra el corregidor, y lloró arrepentido ante aquel *milagro*, tan secreto y personal, que le denunciaba su pecado. Los feligreses, sin llegar a comprender, estaban asombrados.

Las campanas siguieron sonando solas durante mucho tiempo y el obispo emitió un informe a Roma del que esperaba respuesta.

Una noche, una gran nube negra ciñó a toda la ciudad y su huerta amenazando con descargar la dañina granizada. Los huertanos miraban temerosos al cielo y rezaban a santa Bárbara para que la terrible nube no les arrojara su letal carga, porque supondría el hambre para sus hijos y la desgracia para la ciudad. Entonces, la Fuensanta comenzó a repicar tocando a conjuro con enormes y rápidos tañidos. La gente decía: «¡Es una locura

que suene así la campana con este tiempo! ¡Atraerá hacia nosotros al rayo!». De pronto, restalló el más tremendo de los truenos, seguido de un ensordecedor golpe de campana, que se escuchó en toda la huerta. Después, un absoluto silencio. La temible nube, partiéndose en dos, se alejó con su fatídica carga.

A la mañana siguiente, don Telésforo subió al campanario y vio que la Fuensanta tenía una gran raja y estaba chamuscada en su interior. Era evidente: había convocado al rayo, lo atrajo hacia ella, lo atrapó en su interior y lo hizo resonar antes de descargarlo a tierra por el badajo. En el suelo había un trozo de cuerda unido a una extraña masa. Se agachó y vio que era carne y piel carbonizada. Don Telésforo comprendió entonces aquel inexplicable misterio y mirando al cielo exclamó: «Dímelo tú Señor: ¿Es, o no es, esto un *milagro*?»

La gente decía que este había sido el último milagro de Serafín, porque tocando la campana les había salvado de la ruina, y ahora, que su Fuensanta había quedado inútil, Serafín se había marchado definitivamente al cielo.

Así se fue gestando la leyenda del *milagro* de Serafín, «el campanero», que todos comentaban

admirados; pero nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta de que, por las calles y mercados de la ciudad, ya no se veía deambular a *Golfo*, el perro, fiel amigo, de Serafín, el «Campanero».

Nadie, excepto don Telésforo.

CORAZONES ROTOS

Lola Sanabria García

Me he pasado la vida cosiendo corazones rotos. Una tarea muy delicada. Porque cada uno necesitaba su cabo de hilo y su aguja, incluso su color. Para Roberto era la fina de bordar, con seda verde esperanza que no le hería. Con Susana podía enhebrar la de ensartar cuentas de cristal con algodón tostado, porque siempre ha sido la más fuerte. A Marcos le iba bien el tamaño intermedio para el cordoncillo entreverado de lilas y amarillos: enseguida se le iba el dolor con unas risas.

Siempre he llevado cogida a mi pecho la almohadilla con las agujas y los hilos preparados para un zurcido de urgencia. Y con los años mi habilidad creció de tal modo que si ahora mismo saca-

ran los corazones de mis hijos, apenas se apreciaba la línea de una cicatriz.

Primero fue Marcos quien dominó el arte de la costura. Se fue de casa con un júbilo de arco iris que bien podía ocultar un negro nubarrón, pero del que estaba segura que sabría salir con el mínimo daño.

Más tarde se marchó Roberto, un temblor de mano agarrado a otro temblor de mano. Entre los dos repararían sus heridas.

Hoy estamos de fiesta. Se va Susana. Con su aguja y sus hilos. Y ha querido celebrarlo como si se tratara de un casamiento, aunque ella no va a casarse; ella se va a la India a curar otros corazones, dice. Seguro que lo conseguirá.

Estoy sentada en mi silla, un poco alejada de todos, con las manos en reposo, descansando la una sobre la otra, sin nada que hacer. Toca la orquesta y todos bailan. Miro alrededor y me encuentro con mi marido. Sonríe, bobalicón, con los ojos entornados, pegada su mejilla a la de nuestra vecina Maite. Y es ahora cuando siento el pinchazo y la humedad en la blusa, apenas un lunar rojo que se va engordando, y no sé qué aguja, qué hilo debo coger del acerico para que no te desangres, mi querido y olvidado corazón.

FINALISTAS
2012

PRIMER PREMIO 2012

CABEZA VACÍA

Luisa Horno Delgado

Estoy empezando a desorientarme, a tener vacíos. Siempre he sido muy despistada, como casi toda mi familia, pero esto es otra cosa. Algo desaparece dentro de mi cabeza de súbito, sin avisar. Luego vuelve y ya está. No hago más que pensar en el dichoso Alzheimer. A veces me mareo, como si fuera a perder el equilibrio. Pero no me he llegado a caer. Puede que sean tonterías, aprensiones. Manías de mujer de mediana edad con mucho tiempo libre. Desde luego no es estrés, como le encanta decir a todo el mundo. Veremos.

Esta plaza tranquila y soleada me suena. Sus árboles diferentes, el monumento a una mujer guerrera. De qué la conozco. Me gusta. Escojo un banco cercano a la cabina telefónica. Por si tengo

que hacer una llamada urgente. Nunca se sabe. He olvidado el móvil en alguna parte.

No sé muy bien qué hago aquí, pero tampoco quiero ir a ningún otro lugar.

Me derrumbo en el banco sin mirar a un chico de aspecto extranjero sentado en el otro extremo. No le digo ni hola y enciendo un cigarrillo. Con aire autosuficiente, saco de mi enorme bolso el cenicero portátil y lo coloco en el asiento, a mi lado. Percibo que el chico me mira con curiosidad, pero me importa un bledo.

Aquí y ahora estoy sentada en un banco al sol, y punto.

Miro a mi vecino de asiento. Unos ojos francos, profundos, me observan con amabilidad bajo una onda de pelo oscuro. Apago el cigarrillo, tapo el cenicero y le ofrezco el paquete abierto. Sonríe negando con la cabeza. *Gracias, no fumo*, me dice con un acento que no puedo identificar. No parece árabe, ni europeo del norte. Desde luego no es chino, africano ni latino. Pero me resisto a pensar que sea estadounidense por su atuendo sencillo, incluso elegante. Pantalón gris oscuro, camisa blanca, americana de *tweed*, zapatos y calcetines negros. ¿Canadá?, le pregunto como una boba, articulando mucho. Vuelve a negar. ¿Australia?,

sigo en mis trece. *No, yo de Krypton*, me contesta con bastante claridad. Otro que me quiere tomar el pelo. Pero no importa, acabo de decidir que este es el primer momento del resto de mi vida.

Me vuelvo hacia él cruzando las piernas y enciendo otro cigarrillo. *¿No serás Supermán?*, le pregunto algo irónica. De nuevo una sonrisa estupenda. *Sí*, dice, *soy Supermán*, ahora sin acento ninguno. *¿Y qué haces aquí? Espero por si alguien me necesita*, contesta en voz baja. Sigo mirándolo y el cigarrillo me abrasa los dedos. Doy un pequeño grito, lo tiro y me acerco la mano a la boca. Él dice *disculpa*, me coge por la muñeca y roza mis dedos con suavidad. El escozor desaparece. Bueno, tampoco me había quemado mucho. Para no perder el control de la situación, sigo preguntándole: *entonces te llamarás Clark Kent, aquí en la Tierra*. Me mira como con reconocimiento: *Clark Kent, sí. Y eres periodista*. Ríe abiertamente: *eso fue hace tiempo, al principio*.

Los árboles de la plaza han empezado a moverse, las hojas susurran entre ellas. Se está levantando viento. Él se sube las solapas de su chaqueta y continúa, más serio: *el Sunday Planet ya no existe, Lois tampoco*. Me sale la vena cruel: *pues tú estás de lo más lozano, si fueras Clark Kent ya ten-*

drías que estar muerto o casi. Me mira como por primera vez: pero tú no sabes, los superhéroes... Ahora río yo: sí, lo sé, pero vamos. Me remuevo incómoda, de pronto el banco es duro y estrecho. La verdad es que no sé qué hacer, si seguir con la broma o marcharme a casa ahora mismo.

Dice *no te vayas aún* y me quedo quieta, estupefacta. Vuelve a sonreír. *Seguro que te podré demostrar que soy Supermán.* No sé qué decir. Me quedo callada, pero él no parece sentirse molesto. Tan normal, tan guapo, con la oscura onda sobre la frente, las solapas alzadas, las manos en los bolsillos, largas piernas estiradas, pies cruzados. Me fijo en los impecables mocasines de piel negra. Pienso que Supermán no llevaría esos zapatos. Me mira de reojo: *los he comprado esta mañana en Independencia*, musita. El interior de mi cabeza comienza a girar. Casi desesperada, se me ocurre que a lo mejor Supermán puede curar enfermedades —si es que los vacíos de mi cabeza son una enfermedad—. No creo que se moleste si le pregunto. Mira que si me cura. Y ahora es mi corazón el que galopa.

Sigue haciendo viento, pero no es desagradable. El sol calienta con suavidad. La plaza no está muy concurrida, aún no han salido los niños del

colegio. Me acelero de nuevo: van a llegar los niños. ¿Lo conocerán cuando lo vean? Con lo listos que son, sabrán que es Supermán. Imagino una escena maravillosa, muchos niños boquiabiertos rodeando nuestro banco. En ese momento, tras los edificios de enfrente se oye un gran estallido, y segundos después el alboroto de sirenas.

Antes de que me quiera dar cuenta, mi nuevo amigo se ha incorporado y ha corrido a la cabina telefónica. Se mete en ella y cierra la puerta. ¿A quién llamará?, pienso tontamente. ¿A quién conocerá Supermán en Zaragoza?, ¿quién sabrá su verdadera identidad? Yo, descubro con un orgullo nuevo. Me conoce a mí. Y despacio, como a oleadas, me va invadiendo la ilusión. La ilusión perdida.

Al cabo de un rato, me levanto y me acerco a la cabina. Tras los anuncios pegados a los cristales, parece vacía. Abro la puerta. Sí, está vacía. Pero yo le he visto entrar. Yo he hablado con él. Yo... A punto de volver el terrible vértigo, me apoyo sobre el teléfono. Intento cerrar los ojos y descubro en el suelo un reluciente mocasín de cuero negro. Lo levanto con cuidado y lo introduzco en mi bolso enorme. Ya muy tranquila me dirijo hacia mi casa. Ahora recuerdo perfectamente el camino.

DIARIO DE RUTA

Jacqueline Brabant Oliver

Jueves 28 de abril

Remontamos el río Amazonas en medio de una tormenta tropical. El viento zarandea el barco, diluvia y ni siquiera los monumentales relámpagos permiten la visión a través de la cortina de agua. Estamos aterrados; si no amaina pronto nos iremos a pique. Nos pone la carne de gallina la perspectiva de hundirnos en esas aguas marrones plagadas de pirañas. Agarrados a los mástiles, empapados hasta los huesos, esperamos en cualquier momento el choque con un tronco a la deriva. El fragor de los truenos retumba en medio de la selva. El barco se desliza entre los remolinos como un enorme pez que se hunde y reaparece

sobre las crestas de las olas, una y otra vez; de momento, los latidos de su corazón —el traqueoteo del motor— siguen imperturbables en medio del caos.

De pronto, deja de llover y sale el sol. Penachos de vaho blanco se desprenden de la vegetación. La evaporación es brutal con este calor y se van formando nuevas nubes que descargarán en cualquier momento sobre nuestras cabezas. Hay tanta humedad que es inútil intentar secarse; agotados, intentamos dormir un rato, asediados por nubes de mosquitos que zumban detrás del mosquitero. Aún así, estamos llenos de picaduras.

Quizá sea demasiado mayor para semejante viaje. Cuando desembarquemos, intentaré caminar al mismo ritmo que mis compañeros aunque me duela la pierna derecha. Con este clima se recrudece la artrosis, pero las mujeres somos muy duras, aguantamos los dolores sin rechistar; además, no quisiera quedarme en casa, sola y sin nada que hacer. Siempre me han gustado las aventuras y los lugares exóticos.

Antes de proseguir, Juana sorbe despacio el té con limón.

Sábado 30 de abril

Ayer no escribí nada, estaba demasiado agotada.

Hoy caminamos por una zona fangosa. Unos ibis escarlatas escarban entre el lodo en busca de gusanos; son como pinceladas rojas en medio de tanto verde, y apenas levantan el vuelo cuando nos acercamos. Siempre atentos a la presencia de serpientes, andamos tropezando con la maraña de raíces de unos árboles gigantescos. Siento curiosidad y también pánico pero me gustaría vislumbrar una anaconda.

Mientras tanto, las sanguijuelas nos incordian; se adhieren a nuestras pantorrillas como ventosas y nos dejan las piernas chorreando sangre; su piel viscosa resbala entre las manos cuando intentamos arrancarlas de cuajo. ¿Por qué nos gustará la aventura?

¡Hay que estar loco!

Domingo 1 de mayo

La ribera del río es un sitio poco recomendable. Hemos asistido a un espectáculo espantoso:

contemplábamos una pareja de nutrias buceando entre las aguas turbias cuando, de pronto, se precipitaron sobre un jacaré —una especie de caimán bastante grande—. Con sus enormes colmillos se aferraron a la cola del animal que se debatía dando latigazos. Poco a poco, agotado por la batalla desigual, se resignó a ser devorado vivo; perdió media cola. Saciadas por fin, las dos nutrias se internaron en la maleza. El reptil se arrastró como pudo hasta el agua dejando un reguero de sangre. ¡La selva no perdona! Inmediatamente un enjambre de pirañas se sumó al festín, y no tuvimos valor para contemplar aquello.

Vida y muerte se suceden aquí a un ritmo enloquecedor. Es un continuo devorarse los unos a los otros, un traspaso de energía que no cesa. ¡Más vale ser precavido! Este constante morir y renacer resulta aterrador y fascinante a la vez; sombra y sol, como el reflejo de la luz en las olas.

Lunes 2 de mayo

Paseamos por una senda estrecha en medio de la selva. En la penumbra del bosque tropical no descubrimos ningún animal —quizás se escon-

dan—, pero el ruido es ensordecedor: silbidos de pájaros, aullidos de monos, pisadas en la maleza. Estamos rodeados de seres invisibles que huyen o nos acechan, ¡quién sabe! El guía corta una liana con el machete y nos ofrece el agua que fluye de su tronco, un líquido fresco y límpido ¡Más vale conocer las plantas si se quiere sobrevivir! Hay frutos deliciosos, pero también venenos fulminantes; nadie se atreve a mascar una hoja. El hombre se pone a escarbar bajo la corteza de un árbol caído y extrae unos gruesos gusanos blancos, es un manjar para los indígenas de la zona. Pretende asarlos para nosotros; solo con pensarlo me entran ganas de vomitar. ¡Si comemos caracoles —exclama un compañero— no veo por qué no podremos comer esto!

A Juana se le ha dormido una pierna; lleva sentada demasiado tiempo. Un intenso hormigueo le recorre el cuerpo al incorporarse. Se sacude bruscamente; ya no sabe si se trata de hormigas de la selva o de la mala circulación de la sangre. Necesita una taza de té. Justo en este momento suena el timbre de la puerta. ¡Es verdad!, había quedado con Adelina.

La vecina es una mujer entrada en carnes, que se quedó viuda hace tres meses y no sabe qué hacer con su vida. Mientras Juana se arrastra hacia la cocina, Adelina se acerca al cuaderno abierto encima de la mesa del comedor y empieza a leer: *El barco se desliza entre los remolinos como un enorme pez que se hunde y reaparece sobre las crestas de las olas una y otra vez.* La frase está escrita a lápiz y llena de tachaduras. Cuando su amiga reaparece con la bandeja de la merienda, ella la mira asombrada; ha tenido tiempo de hojear todo el cuaderno, desde un viaje a las playas del Yucatán donde quedó fascinada por las aguas turquesas y los peces de colores hasta las aventuras en la selva tropical.

—¡Yo también quiero ir! —exclama, señalando al cuaderno.

A Juana, la idea de llevarse de viaje a su vecina no le entusiasma. Le gusta vagar a su antojo, sin prisas; pero se resigna. «Casi mejor. No sé si hubiese sido capaz de probar aquellos gusanos», piensa por fin.

—Iremos al Polo Norte —propone Adelina.

—Con la edad que tenemos no nos conviene tanto frío —aduce su amiga—. Solo hielo, pingüinos, focas y osos polares. Me aterran los osos.

¡Te imaginas en medio de un desierto helado comiendo focas durante días!

No es una buena idea.

Después de mucho pensar, por las tardes irán a China, al sur.

Rebuscando en la estantería, Juana saca un montón de revistas de *National Geographic*. Allí está Guillin, una pequeña ciudad entre pináculos calizos. El paisaje es extraño: abruptos montes cubiertos de bosques erizan la zona, agudos como colmillos emergen de la neblina que cubre los valles. Es un sitio misterioso. Como intérprete se llevarán a Wei Hi, la camarera que trabaja en el restaurante chino de al lado: es una joven muy agradable.

Antes de volver a su casa, Adelina compra un cuaderno nuevo con tapas duras para plasmar la aventura y unos bollos para el té; por primera vez desde hace años se siente feliz. Mañana, las dos mujeres comerán en La Gran Muralla y preguntarán a Wei Hi qué se habla en Guillin, si chino mandarín o cantonés. Luego, de cinco a siete, empezarán el crucero por el río Li que serpentea entre los montes.

Juana tiene dudas: no sabe si aguantará la compañía de su vecina porque le gusta tomar sus propias decisiones; lleva demasiado tiempo viviendo sola. Claro que podría viajar a otra parte por la mañana si las cosas van mal, pero necesita salvar el abismo de la tarde, el enorme agujero que se forma en el tiempo, de cinco a siete, cuando después del ajetreo de la mañana todo queda inmóvil, sin aliento, en suspensión, para resucitar súbitamente después de un par de horas, como una peligrosa apnea que se repite día tras día.

Menos mal, todavía le queda África; pero no sabe si se atreverá. Hay que tener mucha energía para afrontar tantos peligros y ella es muy vieja y se siente un poco cansada.

¿Qué tal Europa central?

MENCIÓN ESPECIAL 2012

EL ENDOCARPIO DORADO (un cuento surrealista)

Manuel Carrasco Moreno

Andaba yo contando hormigas, sentado en los arcones del mar, cuando mis padres decidieron que aún era tiempo de aprender y que a mis años no podía ir por ahí, despilfarrando alegremente mi vida. De nada valieron mis protestas ni mis argumentos. De nada valió mi excelente currículum profesional ni que contase con el aval de una bien ganada jubilación. Al día siguiente, mi nieto pequeño me acompañó hasta la puerta del colegio donde esperaba el profesor, que era un enano melancólico, con tirabuzones en el pelo y subido en unos zancos de madera que le daban una cierta prestancia y autoridad. A mí me habían puesto

el uniforme de coracero austriaco, aunque ya me quedaba un poco estrecho y algo corto de mangas. Como era el primer día de clase, nos fueron colocando en los pupitres y a mi lado sentaron a un señor de Puertollano que, de pequeño, emigró con su familia a Nueva York, donde fue fabricante de pelotas de ping-pong, hasta que se arruinó en la recesión de los años veinte; entonces se convirtió en salteador de caminos, oficio que le proporcionó un cierto renombre y unos cuantiosos beneficios que aún hoy le permiten vivir holgadamente a pesar de no tener pensión de la Seguridad Social.

El director, que también era enano pero que medía cerca de dos metros y medio, nos recalcó la importancia de atender las explicaciones del maestro que nos serían de gran provecho para el día de ayer. Nos puso como tarea, para esa mañana, aprendernos los reyes godos por orden alfabético y sacar los primeros quinientos treinta y seis decimales del número pi y nos dijo que si alguno tenía tiempo, podía entretenerse memorizando los afluentes del río Amazonas con el nombre de los hechiceros de los pueblos de la vertiente austral.

Justo detrás de mí, se había sentado una niña con trenzas de macarrones rizados y lazos de bizcocho de soletilla que no paraba de darme toquecitos en el hombro derecho. Yo, al principio, no me atrevía a volverme por si me veía el enano que continuaba subido en sus zancos mientras se atu-saba los tirabuzones; después pensé que yo le debía gustar porque cada vez era mayor su insistencia, luego supe que solo quería una de las hombreras de mi casaca de coracero, que era de color escarlata y estaba bordada con hilos de oro que parecían espaguetis dorados.

El que fabricó pelotas de ping-pong en Nueva York, como estaba acostumbrado a infringir la ley, nos invitó a la niña de las trenzas y a mí a escaparnos de la escuela cuando saliésemos al recreo. Cogimos uno de los camellos que siempre merodean por la puerta de los colegios y nos dirigimos a un pequeño bosquecillo de saúcos que estaba a las afueras del campo. Como aquel era año bisiesto y se habían disuelto las cortes para celebrar nuevas elecciones, las nubes se habían declarado en huelga y la floración del saúco venía con retraso, por lo que apenas si pude encontrar alguna sayaguina blanca para regalársela a la niña de las trenzas que ya se había hecho mi novia.

El salteador de caminos, sin disimular sus celos, dijo que había encontrado para ella una preciosa nuez moscada con endocarpio dorado y los cotiledones de oro y chocolate, lo que suponía un asombroso portento, porque ya se sabe que la nuez suele tener un endocarpio duro, pardusco, rugoso y dividido en dos mitades simétricas, que encierra dos cotiledones gruesos, comestibles y oleaginosos, pero nunca hasta ahora se había visto un endocarpio dorado y muchísimo menos con unos cotiledones de chocolate y bañados en oro de dieciocho quilates.

Ella, mientras yo buscaba la flor blanca del saúco, que solamente los más eruditos saben que se llama sayuguina, se conformó con la nuez de endocarpio dorado, que había encontrado el emigrante manchego y, después de darle las gracias, la colocó en la hombrera que yo le había regalado y que ahora, puesta boca arriba, parecía un tálamo nupcial.

Nuestra aventura terminó pronto porque un escuadrón de lechuzas, montadas en patinetes de andar por casa, nos descubrió y no tardaron en avisar por telepatía sin hilos al enano gigante, que hizo sonar la sirena de la escuela y mandó al cuerpo nacional de buscadores de causas perdidas para que nos diesen alcance.

Nosotros nos escondimos debajo de una de las mitades del endocarpio hasta que pasaron de largo nuestros perseguidores y, sin perder más tiempo, regresamos en un tiovivo que tenía elefantes con los colmillos de mazapán, unicornios cojitranco, un caballo percherón de cartón policromado, naves espaciales con el fuselaje de caramelo y un coche de bomberos tirado por una reata de llamas amaestradas.

Afortunadamente, llegamos al colegio antes de que mi nieto fuese a recogerme, por lo que mis padres nunca llegaron a enterarse de mi travesura, y están maravillados de que a mis años demuestre tanto interés por aprender y no me tengan que despertar por las mañanas para ir a la escuela donde, ellos no lo saben, me espera la niña que me pidió la hombrera de mi casaca y que todas las mañanas me invita a desayunar lazos de bizcocho de soletilla, que están deliciosos.

JUBILACIÓN

Concha Abellán Hernández

Hoy no ha sonado el despertador a la hora de siempre, y ya no volverá a hacerlo nunca jamás, porque me he jubilado, y ya puedo dormir tranquila las horas que quiera, y sin embargo me he despertado a las siete y media, como siempre.

Dicen que jubilación viene de “júbilo”, *alegría*, y yo, no sé por qué, no estoy contenta. Todo el mundo piensa en la jubilación como una liberación del trabajo, que vas a hacer lo que te dé la gana; eso piensas cuando eres joven y aún te faltan muchos años; pero ahora, cuando llega, te cae una losa encima y piensas que eres viejo y no sirves para nada; encima te mandan una tarjeta que te dice: «Enhorabuena. Ha pasado usted a formar

parte de las clases pasivas». No hay otra palabra más deprimente, ayer eras «activo» y hoy eres «pasivo», algo inerte.

Con esos pensamientos me levanto, abro la ventana y miro al cielo, que está como yo, gris, pasivo: una neblina lo cubre todo en esta mañana de septiembre, pero no hay más remedio que seguir haciendo una vida normal y «pasiva». Después de tomar un café, tengo que salir a la calle para comprar y seguir viviendo.

Entro en la panadería y las chicas que atienden, jóvenes y bonicas, me dicen: «Ayer no viniste y te guardamos el pan que sabemos que te gusta»; yo me sorprendo un poco, porque pensaba que, con la cantidad de personas que entran, ni sabrían mi nombre, pero no es así. Balbuceo no sé qué y salgo pensando, «me conocen, me aprecian, se acuerdan de mí»; sigo andando y al doblar una esquina unos brazos se me echan al cuello y me abrazan al mismo tiempo que una voz me dice: «Cuánto me alegro de verla, hacía mucho tiempo que no la veía, y ayer precisamente hablabamos de usted». Me separo un poco y trato de recordar quién es esta mujer atractiva y simpática que me dice todo eso. Ella sigue hablando: «Jacobbo la recuerda con mucho cariño, hablaba de sus

señoritas del colegio y cuando le pregunto: “Pero de tantas, ¿a quién prefieres?”, y él, como sorprendido, responde: “Mamá, mi seño solo es una y tú sabes quién es”. Ahora caigo, es la madre de Jacobo, un niño problemático con mucha falta de cariño y más cosas. Ella sigue: «Cuánto me acuerdo yo también de los consejos que me daba; creo que le debo la mitad de mi felicidad. He tenido otra nena...» Seguimos hablando, Jacobo cursa arquitectura y es buen estudiante; después de un ratito, nos besamos otra vez y nos despedimos. Yo empiezo a recordar: esta chica vivía con unos tíos, no tenía padres, se casó muy joven y embarazada, nadie la preparó y lo pasó muy mal. Todos los días llegaba llorando, muy triste, quería separarse, no aceptaba toda la responsabilidad del matrimonio y los hijos; no recuerdo qué le aconsejé, pero seguro que lo hice como si fuera una de mis hijas.

Parece que la niebla se va disipando y el día mejora. Me alegra que se acuerden de mí, que tengan ese grato recuerdo, que me quieran después de tantos años, por lo menos quince o más; no sabe ella el bien que hoy me ha hecho.

Andando, andando llego a la carnicería y, nada más entrar, entre pollos y conejos, oigo una voz de hombre que me dice: «Seño, ¿qué quieres?»

Tengo que levantar la cabeza para mirar, ¡pero si es Chencho! Grande como un armario, pero con unos ojitos infantiles como cuando tenía cuatro años. Sale la madre y otra vez todo son halagos: «Ahí donde lo ve, no quiera saber lo trabajador que es y lo que ayuda a su padre; en todo está hecho un hombre». ¡Ay, Chencho! Era un niño que tenía un retraso mental relativo, pero entonces no teníamos ningún tipo de educación especial y él estaba con todos los niños; era cariñoso y servicial pero no daba más. La madre me dice:

¿Se acuerda cuánto le costó aprender a leer?

Claro que me acuerdo, también recuerdo que era el único niño que me daba un beso al entrar y al salir de la clase.

Salgo de allí con los mejores filetes de la carnicería y miro al cielo, el sol ha salido del todo y calienta suavemente mi estado de ánimo. Parece que no me siento tan triste, quizá mi vida no ha sido tan vacía, ha dejado semillitas aquí y allá, y casi me siento feliz. Vuelvo a mi casa, saludo a todo el mundo. Me olvidaré de esa odiosa palabra de pertenecer a las clases pasivas y pensaré qué puedo hacer de aquí en adelante para seguir haciendo feliz a la gente que está a mí alrededor y me recuerda con cariño.

RESONANCIA MAGNÉTICA

Angel Cuesta Muñoz

La había conocido en la sala de espera de la consulta de radiología de un hospital. Ella iba a hacerse una densitometría y yo una resonancia de cadera. Desde el primer momento la consideré no solo muy atractiva sino rigurosamente inaccesible. Era mucho más joven que yo, y más alta. Vestía un traje de chaqueta negro y medias también negras. Todo ello le daba un toque de misterio que le confería mayor atractivo. Yo le pregunté si llevaba mucho tiempo esperando y a continuación le coloqué mi rollo habitual sobre las esperas a las que la mayoría de los médicos someten de forma implacable y desconsiderada a los pacientes. Ella me dijo que vivía sola y que pasaba mucho tiem-

po en los hospitales. Sonreía todo el tiempo e incluso en algún momento me pareció que me lanzaba una mirada insinuante.

Cuando la llamaron para la prueba me di cuenta de que no tenía ningún dato suyo salvo que su nombre era Dolores. De hecho la enfermera al citarla, le preguntó ¿Dolores? Yo bromeé sobre lo irónico que resulta llamarse Dolores en un hospital. Pensé que no la volvería a ver, hasta que caí en la cuenta de que seguramente debería recoger los resultados el mismo día que yo. Así que el día fijado para la recogida monté una discreta guardia que dio los esperados resultados. En esa ocasión llevaba blusa y falda negras. La saludé y le propuse tomar un café en la cafetería del hospital, a la par que me interesaba por su densitometría. Ella accedió sin dudarle, lo que me dejó desconcertado. No podía ser que un bellezón de aquel calibre aceptara, no ya charlar, sino tomar café con un vejestorio como yo. Algo raro estaba ocurriendo. Yo nunca había ligado de forma tan fácil y menos con una chica tan atractiva. Charlamos un rato y me confesó que había puesto su piso en venta.

Antes de despedirme me aseguré de que me dejara su número de móvil y me mostré interesa-

do en las condiciones de venta de su piso. Ello podría ser una coartada para presentarme en su casa. Dejé pasar unas semanas y un viernes por la tarde me decidí a visitarla tras concertar la cita por el móvil. Vivía en un barrio de clase media, no lejos de una estación de metro. Me recibió, como siempre, vestida de negro. Debió darse cuenta de que lo de la compra del piso era solo una excusa, porque ni siquiera hizo ademán de enseñármelo. Desde el primer momento me llamó la atención la ausencia de cuadros y de fotos. Pero lo más sorprendente era que, en cambio, tenía enmarcadas las resonancias, las radiografías e incluso la última densitometría, que me había hecho coincidir con ella. Puso música y bailamos, yo con mi torpeza habitual. Los pasos de baile nos condujeron al dormitorio.

Y allí colgado en un corcho con chinchetas, estaba el informe de mi resonancia. Debajo de la almohada asomaba la guadaña.

EL ENGAÑO

Mariela Diego Nuñez

Elisa había prometido no volver a mirarse en el espejo. En aquel rostro, supuestamente suyo, solo reconocía como propios los ojos de color verde uva. Lo demás era una máscara llena de cicatrices, rastro del accidente de coche sufrido, precisamente, la noche en que celebraban su primer aniversario. Toda la belleza de una miss nacional arruinada tras una cena con exceso de champán francés. Carlos, su marido, había logrado recuperarse de sus múltiples fracturas. Pero ella...

La noche a que se refiere esta historia, Elisa no había logrado aún conciliar el sueño cuando oyó el llavín en la cerradura. Hacía meses que Carlos

había empezado a llegar pasadas las dos de la madrugada, excusándose siempre con el exceso de trabajo, los compromisos adquiridos o lo pesadas y laboriosas que resultaban las sesiones fotográficas.

Al principio, Elisa lo aceptaba con resignación; pero, a medida que esas llegadas se hicieron más frecuentes, pasó de la aceptación al recelo y de este a la sospecha que la corroía como un cáncer. Trataba de razonar sosegadamente, pero no podía evitar que la asaltaran los demonios de los peores pensamientos contra su marido y contra sí misma. Terminó por odiar a la mujer de rostro deforme, histérica e insegura en que se había convertido y, en su fuero interno, no solo disculpaba a Carlos, sino que incluso le estaba agradecida por no haberla abandonado.

Se habían conocido dos años atrás, durante el rodaje de un spot publicitario para la promoción de un nuevo perfume. Él era uno de los modelos más cotizados del país y su nombre había empezado a sonar con fuerza en las principales pasarelas internacionales. Además de contar con un enorme atractivo físico, poseía sensibilidad y delicadeza en el trato suficientes para cautivar a cualquiera. Elisa no fue una excepción. Se ena-

moró perdidamente de él y puso en juego todas sus armas de mujer hasta conseguir que cayera en sus brazos. Carlos se dejaba llevar como si fuera un niño alegre y despreocupado que confía plenamente en las manos que lo guían. Se casaron a los cuatro meses de haberse conocido.

La apasionada *miss* no tardó en darse cuenta de que el hombre con quien había contraído matrimonio era como una orquídea de gran belleza, pero sin fragancia. No podía decir que había cosas en él que la molestaran; al contrario, la trataba con una corrección y amabilidad exquisitas, aunque a veces tenía la impresión de que la excesiva amabilidad de Carlos no era más que un truco para disimular ciertas carencias. A pesar de todo, lo que sentía por él era una mezcla de amor, capricho y empecinamiento que la llevaba a pasar por alto sus defectos y a fingir que daba por válidas sus excusas. Por ello, cuando esas excusas se hicieron inaceptables, en vez de montarle una escena de celos, se habituó a hacerse la dormida y a levantarse al día siguiente con una sonrisa en los labios, como si no se hubiera enterado de nada.

Elisa lo oyó pasar al baño. Podía predecir cada uno de los pasos que Carlos daría hasta acostarse

junto a ella: entraría en el dormitorio a oscuras, para no despertarla, se quitaría los zapatos, dejaría la chaqueta en el galán de noche... Mientras esperaba a que se cumpliera el ritual, su corazón emprendió un galope tan desaforado que podía oír sus latidos. De repente, y sin saber bien por qué, decidió que no quería seguir fingiendo que dormía, que había llegado el momento de hablar claro. Aunque amaba a su marido de un modo irracional, el engaño le dolía tanto como las cicatrices del rostro. Instintivamente se llevó la mano a la cara y gimió de impotencia. Se sintió arder presa de una súbita fogarada de insania. Antes de que él llegara a desnudarse, encendió la luz y se incorporó en la cama.

La expresión de sorpresa de Carlos la envalentonó. Lo miró desafiante, dispuesta a afrontar lo peor. Le preguntó si había otra mujer. Él, naturalmente, juró que no. Y lo hubiera creído de no ser por las inequívocas huellas de carmín que descubrió en sus labios.

A pesar de todo, la expresión con que Carlos la contemplaba, mezcla de indefensión y desconcierto, la dejó totalmente desarmada. Las llamas del enojo se apagaron con la misma rapidez que habían surgido y, una vez más, Elisa escondió la

cabeza en el agujero de aquel amor que la arrasaba de modo compulsivo. No dijo nada. Calló ese día, y otros, y otros más; hasta que sintió la morbosa necesidad de pillarlo *in fraganti*.

Recurrió a su antiguo maquillador, con el que seguía manteniendo una buena amistad. Las expertas manos del hombre y una melena a lo Veronica Lake la dejaron irreconocible. Después entró en una boutique y se probó varios trajes. Al fin se quedó con uno discreto y elegante, más propio para una mujer diez años mayor, que potenciaba la dificultad de ser reconocida con su nuevo aspecto. Llamó a Carlos para decirle que su madre se hallaba indispuesta y se quedaría a dormir con ella. Alquiló un coche y esperó aparcada frente al estudio en que él trabajaba.

Durante más de dos horas permaneció sin apartar la mirada del edificio. Era como un cazador que espera junto a una madriguera con la certeza de que cobrará pieza. Así fue. Al fin apareció Carlos, pero no en su coche ni acompañado, sino a pie y solo. Elisa se bajó del vehículo alquilado y, a no mucha distancia, siguió los pasos de su marido hasta verlo entrar por la puerta lateral de una sala de espectáculos. Sin pensarlo dos veces, compró una entrada y ocupó un asiento en el

patio de butacas; luego, mientras empezaba la función, se dedicó a escudriñar detenidamente el local. No encontró ni rastro de Carlos, pero tampoco le extrañó demasiado. Le había visto entrar por la puerta lateral, así que no era difícil deducir que estaría en algún camerino con la amiguita de turno, flirteando como había sido su costumbre desde que se le conocía como modelo. Si era así, su estrategia para pillarlo no le había dado el fruto que esperaba, a no ser que él entrara en la sala para ver actuar a su amante. Elisa deseaba de todo corazón que sucediera esto último, que Carlos ocupara un lugar desde donde ella pudiera espiarlo, observar cada gesto de él, cada detalle que pudiera indicar quién era la mujer que se lo había robado.

En pocos minutos el local se llenó completamente, por lo que tratar de localizar a Carlos entre tanta gente era prácticamente imposible, aun en el caso de que Carlos se hallase dentro de la sala. A pesar de ello, sin perder del todo la esperanza, Elisa se quedó a ver el espectáculo.

Cuando se alzó el telón y salió el primer grupo de coristas, muchas de ellas conocidas por sus escarceos amorosos aireados en la prensa rosa y en la televisión, el público prorrumpió en una exclamación.

mación de admiración. Tanto las chicas como el decorado y el vestuario eran impresionantes. Pero Elisa tenía la sensación de estar sentada en el sillón del dentista, esperando que en cualquier momento la realidad fuera mucho más dolorosa de lo que sus temores anticipaban. Mientras las jóvenes cantaban y bailaban, ella no podía evitar el martirio de tratar de adivinar quién era la que había enamorado a Carlos, con cuál de ellas pasaba las horas de noche que tan torpemente pretendía justificar cuando llegaba a casa. Decidió quedarse hasta el descanso; después, asumiría el fracaso de su estúpido plan y regresaría a casa. De pronto, se quedó con los ojos clavados en el escenario y no pudo contener un grito: bajo el disfraz de la espléndida segunda vedette reconoció perfectamente a su marido.

UN LUGAR DONDE NUNCA HACE FRÍO

Filomena Feijoo Sánchez

«Ven», le dijeron, «dale un besito a mamá, que está dormida». Entró en la habitación de la mano de alguien. Había mucha gente rara en la casa. La cogieron en brazos porque no llegaba a la cama y besó aquel rostro tan conocido pero que sintió helado. Pensó que deberían de traerle un chal u otra cosa que le diera algo de calor, pero a nadie le parecía preocupar lo fría que estaba. No dijo nada porque todos hablaban muy bajo y no le iban a hacer caso.

Después la llevaron a casa de Eulalia, la vecina del tercero que la quería mucho y a donde iba con

frecuencia. Eulalia era mucho mayor que su mamá y vivía con su hermano Jacinto, ambos eran solteros. Amigos de misas, novenas y procesiones a las que solían llevarla.

Le dijeron que se iba a quedar a comer con ellos y no le pareció mal, porque las chulas de bacalao que hacía Eulalia eran riquísimas y no digamos sus torrijas, bien empapaditas en leche caliente con azúcar y canela, vamos que se le hacía la boca agua.

Allí había juguetes con los que se entretenía cuando iba a su casa. Eran unos juguetes un tanto especiales como un altarcito con sus hornacinas donde había una Virgen pequeñita y otros dos santitos. Tenía también velitas, con sus candelabros, un misal, un cáliz, el pañito con su puntillita, todo igual a lo que había en la iglesia de Santo Domingo, donde iba con Eulalia para contemplar a la Beata Imelda, tumbada en su urna de cristal y de la que Eulalia le contaba que tenía tantas ganas de recibir la primera comunión, cuando no tenía edad para ello, que un día la hostia se había escapado de las manos del sacerdote, cuando la elevaba y vino volando para depositarse en la boca de Imelda y había causado un gran asombro. A la niña lo de la hostia voladora no se le

hacía difícil de creer, porque también su papá en una ocasión había volado. Por las noches siempre le contaba cuentos y este era su favorito. En una ocasión en que tuvo que atravesar un bosque cuando oscurecía se le apareció un lobo, era un lobo muy fiero y él se asustó tanto que los pelos se le pusieron de punta y empezaron a revolverse y a girar en su cabeza en forma de remolino y esto hizo que se elevara en el aire y dejara al lobo con un palmo de narices. Así que, si su papá tan alto, tan fuerte, podía volar, lo de la hostia no le parecía tan asombroso.

Se cansó de jugar y se acercó a *Chirri*, el gato atigrado que siempre venía a frotarse contra sus piernas y le gustaba tanto que le rascasen la cabeza y el cuello que lo demostraba con un gurr... gurr... que emitía sin parar.

Jacinto y Eulalia habían salido y la habían dejado con Palmira, la chica de los recados que decía de *Chirri* que era un gato que no tenía sentido. Los gatos de la infancia de la niña no comían piensos, sino desperdicios de vísceras que vendía el carnicero. Palmira le ponía en el plato una ración generosa y le decía: «a ver lo que haces porque esto es para dos días», y el tonto se lo comía todo el primero, por lo que al día siguiente se lo

pasaba maullando. «Lo que yo digo», remachaba Palmira, «este animal no tiene sentido».

Pero la niña ya se estaba aburriendo y quería volver con mamá y con papá, a lo que Palmira le daba largas, porque antes tenían que regresar don Jacinto y doña Eulalia.

Cuando por fin llegaron, sus semblantes estaban tristes y le dijeron que aquella noche se iba a quedar con ellos y entonces la niña, a la que le parecía que aquel día estaban sucediendo muchas cosas extrañas, se puso a llorar y a patalear, y acabó metiéndose debajo de una cama donde continuó con sus gritos y sus llantos, que procedían de algo raro que le apretaba el pecho y que no sabía a qué era debido.

Jacinto y Eulalia intentaron inútilmente que saliera de aquel lugar, sin conseguirlo, mientras *Chirri* la miraba con sus ojos de esfinge, acurrucado en una esquina, porque estaba muy asustado. En aquella casa a diario solo se oía el ruido de las cuentas del rosario y el rezo de las avemarías y *ora pro nobis* y aquellos gritos a los que no estaba acostumbrado, lo aterraban.

Al final la niña debió de dormirse porque al día siguiente estaba en la cama de Eulalia, arrebujadita bajo las sábanas y lo único que recordaba era que tenía mucha pena pero no sabía por qué.

Cuando al fin papá la vino a buscar, se abrazó a sus piernas llorando y papá la levantó en brazos y ella se acongojó mucho porque él también lloraba y las lágrimas de ambos se juntaron y sabían muy saladas.

II

Los días siguieron a los días y las semanas a las semanas y tuvo que acostumbrarse al nuevo orden establecido en el que mamá estaba ausente, pero no iba a volver tan pronto porque, como le dijeron, había ido a pasar una temporada con una hermana y la niña pensaba que debía de ser con la tía Rosa, la que vivía en Guinea con el tío Julián, en una plantación de café donde hablaban con los negritos en «pichinglish» Claro, pensaba, allí hace mucho calor y seguro que se le pasará aquel frío tan grande que tenía. Lo malo es que por aquel sitio había unas serpientes enormes. Había visto en una ocasión la piel grandísima de una que habían traído los tíos, para hacer con ella zapatos y sandalias y mamá tendría que andar con cuidado para que no la comieran.

Ahora vivía con ellos Remedios, que atendía la limpieza de la casa, hacía la comida y la llevaba a la escuela. Ella ya la conocía porque hacía tiempo

que venía por casa para ocuparse de la costura y hacer sus vestiditos y era amiga de mamá. A la niña, Remedios le parecía muy mayor, pero cuando le preguntaba su edad su respuesta siempre era la misma. «Es de mala educación preguntar la edad de las personas», y la niña pensaba que eso no debía de ir con ella porque todo el mundo lo primero que hacía al verla cuando iba por la calle muy orgullosa de la mano de papá era preguntar: «y ¿cuántos añitos tienes?». Se ve que no estaban enterados de las normas de educación como estaba Remedios.

Remedios la adoraba y ella abusaba de aquella adoración, «Remedios ¿no te parece que hace mucho tiempo que no comemos huevos encapottados?». Y Remedios se plegaba siempre a sus deseos, lo que no pasaba cuando estaba mamá a la que había que obedecer y no estaba por la labor de ir a buscarle un cuento o una ensaimada cuando a la niña se le antojaba. Tampoco le daba mucha importancia a que tuviera un churrete en la cara o una mancha o un desgarrón en el vestido, cosas que a mamá le hubieran parecido muy graves y merecedoras de alguna reprimenda.

Después vino una guerra en la que había dos bandos, uno azul y otro rojo. Seguía yendo a casa

de Eulalia y Jacinto, que habían puesto en una pared un mapa en el que prendían con banderitas chiquitinas los avances del bando azul, que la niña seguía con mucha atención porque su papá estaba allí luchando contra los malos, malísimos que según Jacinto y Emilia eran los rojos, y le escribía cartitas desde el frente de Asturias, a las que ella contestaba porque ya había aprendido a escribir, pero siempre tenía que leer las cartas de papá a los demás y eso no le gustaba porque esas cartas eran para ella sola, porque vamos a ver, ¿qué le importaba a Remedios o a Eulalia y Jacinto que aquel perrito sin amo, que papá se había encontrado al que llamaba Pancho y que le hacía tanta compañía allá en la guerra, hubiera desaparecido un día y regresara al cabo de muchos, como si no hubiera pasado nada, haciéndose el interesante y papá hubiera tenido que cantarle las cuarenta? Eso eran cosas de ellos dos, pero no, a la gente siempre le gustaba conocer secretos y no le quedaba otro remedio que leer lo que papá le contaba, que la mayoría de las veces eran las travesuras de su amigo Pancho.

Remedios era muy amiga de visiteos y la llevaba con ella cuando iba a ver a sus amistades. En una ocasión fueron a casa de doña Josefina, que

había estado en Cuba con su marido don Fermín.

A la niña le gustaba ver los objetos raros que había en aquella casa, como una concha enorme de tortuga, caracolas marinas de formas muy variadas e incluso unas maracas, así como fotografías de doña Josefina y don Fermín de cuando estaban en La Habana, que le hacían mucha gracia.

Aquel día, mientras ella se distraía con esas cosas, algo de lo que hablaban Remedios y la dueña de la casa la intrigó y trató de escuchar.

—Sí, pobrecita —contaba Remedios— solo tenía 26 años, hay que ver que desgracia,... puerperales, si...

La niña no entendía, se hizo la disimulada y aplicó el oído.

—Y el niño, hermosísimo, pero no se pudo hacer nada y se fue con ella al cielo. Ya ve usted, qué dolor. Ahora el padre en la guerra y la niña, pobrecita, la gente dice que tiene carita triste pero, ¿cómo no la va a tener?, eso que sigue pensando que su madre va a aparecer cualquier día. ¡Ay Dios mío, que no sé cómo pueden suceder estas cosas!

Entonces comprendió de repente el porqué de aquellos silencios de las personas a las que hacía preguntas que nunca le contestaban.

Mamá no se había ido a Guinea, sino a aquel lugar tan hermoso del que le hablaba Eulalia, un lugar del que no iba a volver, pero en el que nunca más tendría frío y se había llevado con ella a aquel hermanito que decían que iba a venir y no había llegado. Seguro que lo pasarían muy bien jugando los dos y a lo mejor también se les unía la Beata Imelda que andaría por allí y esperarían por la niña y por papá para al fin estar todos juntos y escuchar aquellas andanzas de Pancho que papá contaba tan bien y que de fijo les iban a encantar.

LA OTRA CARA DEL ESPEJO

José Antonio Fernández Robledillo

Llueve, a través del amplio ventanal presiento la humedad cercana del aire cálido del verano y escucho el llanto detenido en la sombra, entre la neblina, como un presagio, como si fuera mi propio despertar: la otra cara del espejo.

En silencio el tiempo se va deshojando, tedioso, entre los grandes muros de piedra, allí donde las enredaderas marchitas, como mudas sombras, sienten la caricia del agua aliviando su sed, las agonías de esperanza.

Una ráfaga de aire tibio penetra por el ventanal y al sentir las gotas de lluvia acariciando mi rostro me hacen regresar del tiempo perdido y lentamente me vuelvo, con la mente despierta.

Mis ojos se van acostumbrando a la penumbra y allí, sobre el vetusto caballete de madera, el lienzo como una sombra espectral, adquiriendo las formas del recuerdo, como si presintiera el regreso de un mundo desconocido y en el silencio, me parece escuchar las palabras que me ibas entregando, tejiendo mis sueños de desnudas pasiones, orlando las sábanas de deseos cumplidos. Siento el murmullo de ofrecidas promesas, mi boca en la curva de tu boca, como la eterna caricia del placer y al acercarme a la pintura siento que es el único testigo de tu presencia telúrica. Voy acariciando las formas a través del pincel, con la sublime esperanza del milagro imposible, del sueño herido, como si pudieses llegar con el alba y no quedarte sumida en el viento eterno del olvido.

Surgen los colores de la paleta enfebrecidos, reflejando el tiempo, la distancia, las huellas de tu rostro y me parece oír tu voz, cuántas veces la escuché, sin un suspiro. Resuenan en las paredes los ecos dormidos, tu risa juvenil, tu llanto, rindiendo emociones de instantes felices y siento la ansiedad que vuelve del sueño al despertar, sin sentir calma en el espíritu, acaricio tus mejillas buscando tus ojos que hacen brotar las lágrimas

recónditas, ante el recuerdo de aquel reflejo sumiso, cuando contemplabas en tu enfermedad el lánguido paisaje.

Y pasan las horas, los minutos, llueve...

Llueve intensamente en los callejones dormidos de la memoria, anegando las negras sombras y estalla la tormenta en mi cerebro, como una vorágine desatada, donde no existe la calma en la larga inmensidad del recuerdo.

Voy perfilando tus manos, aquellas manos que volaban en mi jardín, cobijando al instante el corazón oprimido, saciando mi sed en la fuente inagotable de tus caricias. Aquellas manos que hicieron brotar las notas febriles, las sinfonías inacabadas de sensaciones dormidas, que elevaron la esencia de lo desconocido. Desciende el pincel buscando tu vientre y bajo el manto negro y sedoso se oculta el misterio de todo lo imposible, de esencias, de gritos, de sueños, de anhelos bajo aquellas piernas cinceladas de pasos gráciles y silenciosos.

Llueve intensamente, acaricio tu blanca desnudez, no existe pudor, se ha extendido un manto de silencio, un canto lúgubre y allí en el cuadro estás coronada de belleza, reflejo de lo que fuiste,

pero quieta y distante, sin vida, sin aliento, solo en mi memoria, sin milagro, sin esperanza...

Mientras te contemplo me doy cuenta de mi infortunio, de mi miseria. He podido plasmarte, recordar tu imagen perdida, pero no infundirte el soplo de la vida y, en un instante, todo un mundo ilusorio se desmorona como una quimera sin principio ni fin.

Llueve una lluvia lenta, me acerco al escritorio y abro el cajón; envuelta en un paño verde, está la negra forma de acero y siento celos, unos celos lacerantes, porque ella, ser inanimado, puede devolverme a tu lado en un atavismo de poder y gloria.

Mis ojos se posan sobre el cuadro mientras mi mano la lleva a mi sien, siento su fría caricia y aprieto el gatillo.

De repente algo estalla, parece como si todas las fuerzas misteriosas se hubieran unido en una grotesca alianza a la vez trágica y terrible. Surgen oleadas de vigor inusitado, la fuerza de los misterios ocultos se expansiona y alcanza en su clamor la cúspide de lo desconocido, de lo insólito. Poco a poco se dulcifican y una vorágine de dulzura se extiende como un amplio manto insensibilizando

las misteriosas fuerzas en un instante de soledad suprema. Trae efluvios de algo perdido. Sin dolor, con esperanza y en el halo de la eternidad, veo tu imagen cerca de mí, porque ahí está mi esperanza en la OTRA CARA DEL ESPEJO.

LO METÍ EN UN HOYO

Mari del Pilar Galindo Salmerón

Demasiado horrible, un peso excesivo para los hombros de un niño. Fue por eso que cavé un hoyo muy hondo, lo eché dentro y lo cubrí con todo lo que encontré a mano. Creo que en realidad mi vida no ha sido más que un esfuerzo titánico e inútil por enterrar un momento de espanto.

De veras lo olvidé, al menos desapareció de mi memoria. Me refiero a la memoria que guarda las tablas de multiplicar, los verbos irregulares, la última película de espías. Pero quedó agazapado en lo profundo de mis pesadillas y fue la causa de mis incompresibles y vergonzantes miedos.

Mi primer recuerdo es un caballo de madera que pretendía mecarme encaramado a su lomo,

tenía (tiene, porque aún está guardado en el trastero) una melena oscura y rizada a la que yo me agarraba con desesperación cuando papá me sentaba en la silla y movía las andaderas. Me oigo gritar aferrado a su cuello. Mi primer recuerdo es el pánico. Me dicen que tenía cuatro años. Más atrás de eso no había nada.

Mi habitación estaba pintada de azul, la cama tenía un edredón con nubes azules y un sol grande y amarillo. Es que era un niño, un hombrecito, como decía mamá y el azul es el color de los varones. No tengo hermanos, así que he acaparado yo solo todo el cariño de mis padres, que es mucho. Según decía tía Clotilde, que tiene tres hijos, estaba mimado y protegido en exceso.

Pero tantos cuidados y tanto amor no me libraron del miedo. Temía a la oscuridad y al silencio, al vaivén del caballito de madera, a las voces...

Fue por esa ocurrencia de tía Clotilde que me llevaron al despacho de un señor que tenía un montón de láminas con dibujos y quería saber qué veía yo en ellos. Solo pude mirarlos una vez, porque me entró el pánico: todos eran charcos de sangre, de distintas formas, pero manchones de sangre al fin y al cabo. El hombre me miró extraño, «pero si son negros», dijo. Y es que no se

daba cuenta de que toda la cuartilla estaba en blanco y negro, si lo hubieran sacado en color, ya vería... Entonces me pidió que le contara cosas de cuando era pequeño. Yo le hablé de mis primos y de la tía Clotilde y luego del caballito de madera que tanto miedo me daba cuando papá me subía en él. No contento con esto, quiso saber si yo recordaba algún sueño. Vi que lo había dicho por decir pero que no creía que yo guardase memoria de mis pesadillas. Pero, como le dije, las recuerdo muy bien porque son todas iguales: oigo voces, veo una puerta cerrada, por debajo se cue-la la luz, quiero salir, grito y golpeo la puerta. Entonces me despierto, asustado de mis propios chillidos.

Lo que se reveló más eficaz para cubrir el hoyo infame donde yacía el horror fueron las caricias de mamá. Ella acudía a media noche junto a mi cama, se recostaba a mi lado y me hacía cosquillitas junto a la oreja; un tul suave me envolvía entonces, el consuelo y el sueño venían dóciles tras las dulces manos de mi madre. Luego llegaba el día, la luz de la mañana disolvía el miedo. Ya todo estaba bien.

Pero fui creciendo, tuve que dejar el colegio y pasar al instituto. Allí hice algún amigo, aprendí

cosas interesantes y otras que me parecieron inútiles, conseguí jugar bastante bien al fútbolín, me ruboricé por primera vez ante la mirada de una chica. Ya no era un hombrecito, sino un hombre que sentía vergüenza de que mamá aún llegara a mi cama para calmarme. Me impuse sigilo, me despertaba aterrorizado y mudo, sentía el silencio a mí alrededor, aprendí a identificar los ruidos de la noche: la respiración pesada de mi padre, el crujido de la cama, el viento en las ventanas, el tic-tac lejano del reloj de la cocina. Me mantenía alerta, los ojos abiertos, las manos apretadas, listo para... no sabía qué. Poco a poco se aclaraba la negrura, las siluetas de los muebles se definían y el sueño volvía a mí mansamente, como si aún sintiera tras la oreja las manos tibias de mamá.

Pero no crea, doctor, que han terminado mis alucinaciones, como usted llamó a mis sueños cuando siendo un niño asustado me llevaron a su consulta. La pesadilla es siempre la misma, simplemente he aprendido a convivir con ella.

Hace un día precioso, mi padre me presta el coche para una excursión a la playa, le digo que vamos varios amigos pero no es verdad, vamos

solos Clarita y yo. Es la primera vez que nos atrevemos a hilvanar mentira sobre mentira hasta conseguir un día solo nuestro, fuera de la ciudad, cerca del mar. Rebozado en arena junto a mi chica, celebrando el golpe de las olas que me arroja a sus brazos, riendo por nada, jugando a besarla sin dejarla huir..., no hago sino tapar y tapar el hoyo, apresar el olvido. En esta mañana luminosa y azul adquiero la certeza de que la pesadilla no volverá.

A la vuelta, un atardecer bello y sangriento nos arrebató el día, el mejor de mi vida. Por eso no me importa la lentitud de la marcha, que mantendrá a Clarita a mi lado unos minutos más. Brusca-mente aparece un policía de tráfico que nos ordena parar. Parece que ha habido un accidente solo cuatro coches más adelante. Cansados de esperar nos acercamos a ver qué ha pasado: un hombre está sentado en el arcén, la cabeza entre las rodillas, se queja o llora quedamente, se oye el pitido hiriente de la ambulancia que se acerca, un poco más allá, un perfil humano se recorta bajo el tejido brillante que deja ver un pie descalzo. Y algo más: un delgado hilo oscuro escapa del cuerpo tendido y va formando una gran mancha roja. La mancha roja de la muerte.

El niño sabe que algo malo pasa ahí fuera, las voces le llegan cargadas de amenazas y es sucia y helada la luz que se cuele bajo la puerta; por eso la golpea con los puños, patalea, grita. Pero, cuando por fin se abre, el chiquillo se hace un ovillo en el fondo de la habitación. Tiene mucho miedo. Una señora lo coge en brazos, lo saca de allí; la claridad le hiere los ojos; la mujer lo abraza, lo cobija, pretende impedirle mirar..., pero él ve aquel bulto en el suelo, ve el hilo oscuro que se escapa bajo la manta, corre hasta el fregadero y allí se remansa, rojo y horrible. Ese charco le dice que algo le duele mucho a su madre. El hombre está de espaldas, otros lo sujetan, tiene que ser así porque es muy fuerte, muy grande y tiene manos enormes, como palas. Es el mismo que lo llevó al tiovivo para subirlo a un caballito de madera que tenía una melena oscura y rizada. Primero se rió de su miedo y luego se enfadó mucho cuando tuvieron que parar la rueda, para que no se tirara en marcha. Tanto era su enfado que lo golpeó en plena cara, le hizo sangrar la nariz y lo llevó de allí a rastras. Porque él, tan pequeño, tan atemorizado, no podía seguir las zancadas del padre.

¿Qué te pasa? ¿Estás malo? ¿No me oyes?

Clarita me zarandea, grita. Su voz y sus manos me apartan del niño, me vuelven al presente y a ella. Le cuento de un mareo, de un vaivén de las cosas, de la negrura a mi alrededor, pero ya estoy mejor, no te preocupes, vamos al coche, ya podemos seguir. Porque nadie debe saber lo que yo sé, tampoco ella. Ni mi padre, el que me ha dejado el coche después de hacerme mil y una recomendaciones. Ni mi madre, cuyas manos tibias curaron mis noches de espanto.

Demasiado horrible para cargarlo sobre los hombros de cualquiera. El hoyo está ahora vacío, el chiquillo asustado se difumina en la niebla de los años idos.

Nadie sabrá que sé, será un secreto entre ese niño y yo.

SI HUBIÉRAMOS SABIDO

Domingo Guinea Díaz

Las cápsulas de melatonina estaban surtiendo efecto. La hormona segregada por la glándula pineal se incrementa con la oscuridad e induce el sueño. Un suave remedio para mi insomnio, según el médico de cabecera, aunque con insospechados efectos secundarios. Por tercera noche desde que comencé a tomar el inocente medicamento, los sueños estaban adquiriendo un imprevisto protagonismo en mi sistemática vida. La formación práctica en física e ingeniería y la dedicación profesional a la enseñanza e investigación en la historia de la técnica me habían alejado de la ambigüedad del subconsciente y su posible interpretación.

Durante años impartía un curso de Historia de la Ciencia y mis trabajos de investigación se habían centrado en la evolución de la tecnología preindustrial, desde el Renacimiento hasta la máquina de vapor. Nada de extraño había en que en mis sueños surgieran molinos de viento, batanes hidráulicos o máquinas de vapor. Sin embargo, esta vez la forma de soñar era diferente, sin duda causada por las benditas pastillas. Intensa, vívida, coherente y, sobre todo, recordada al despertar. No como fragmentos inconexos, que los minutos de vigilia borran rápidamente. Imágenes, sonidos, sensaciones nocturnas que la realidad de cada día difuminaba bajo la ducha. Antes bien, el despertar ahora constituía la puerta de un parque temático. Podía recordar prácticamente todo a la salida y, algo insólito, también era consciente de mi cotidiana identidad diurna durante lo profundo del sueño.

Mi *alter ego*, un capitán de los tercios, veterano de Flandes, de mi edad, estatura y apariencia, recordaba con precisión y sin conflicto las frases leídas o escritas el día anterior o las noticias del informativo. Entraba y salía diariamente de mi cama actual a la del viejo caserón de hidalgo, segundón norteño con más orgullo que recursos, en el soña-

do Siglo de Oro, artística y literariamente glorioso aunque desastroso en todo lo demás. Dormía y despertaba con sorprendente naturalidad e inusitada memoria. Miré la yema del dedo donde aún sentía la ruda madera del cabezal con olor a cera y los clavos forjados de uno en uno cuatro siglos atrás a golpe de martillo por el herrero.

Terminé con prisas el trabajo para buscar diseños sobre los hornos de coque más sencillos y eficientes, la forma de conseguir hierro dulce a pequeña escala, el trefilado del cobre para fabricar hilo y los barnices aislantes que pudiera hallar durante el sueño, en el primer año del siglo xvii y tercero del reinado de nuestro señor Felipe III. Indagar en los medios disponibles por el ser humano para enfrentarse a su entorno había sido mi afición y profesión durante años. Buscar durante horas de vigilia información de potencial utilidad durante el sueño podía ser más que cuestionable. Por otro lado, dispondría de un excelente material sobre las circunstancias, métodos, materiales y dispositivos del desarrollo tecnológico hasta nuestros días.

La historia actual conocía el pasado. Sin embargo, el futuro del viejo reino de los Austrias, el presente, era propiedad exclusiva de mi mente

dormida, potenciada por las cápsulas somníferas. El hidalgo escribía, dibujaba y ensayaba lo recordado por mí el día anterior, al tiempo que la información soñada se convertía en conocimientos, bienes y recursos. El acero, mejor que el de Toledo o Damasco, se podía producir a partir de la abundante hulla, sin recurrir al carbón vegetal de los preciados bosques de hayas o robles; la sosa, el motor térmico, las bobinas eléctricas y la destilación del carbón, madera u otros productos pasaban del sueño del presente a la realidad del pasado lenta, progresiva, inexorablemente.

Las conversaciones con un viejo herrero de la Corte de ayer fueron tema de mi primer artículo de hoy. Dos alquimistas de El Escorial, olvidados tras la muerte de Felipe el Grande tres años atrás, se convirtieron en mis ayudantes de destilación y sus conversaciones dieron origen en el presente a un sustancioso libro. La reconstrucción en sueños del artificio de Juanelo Turriano, abandonado pero aún en pie, fue excusa para bombear agua de la represa en el río Tajo hasta el Alcázar de Toledo y origen en mis horas de día de un discutido y bien pagado ensayo sobre los detalles de su ubicación y estructura. El canal del Tajo, abandonado por la presión de la poderosa Sevilla, creó

un nuevo cauce de consolidación para el reino hispano-portugués de Iberia entre Lisboa y Madrid. Aunque había leído sobre estos temas, la imaginación de mi subconsciente extraía de mis sueños un caudal de información con detalles tan precisos como originales.

La continuidad del sueño dio sus frutos. Las velas de parafina alumbraban el pasado como poco antes las de costosa cera de abejas. El oscuro hilo de algodón podía blanquearse mejor que la lana. Las máquinas de hilado y los telares comenzaban a funcionar con el zumbido de motores eléctricos. Los tintes eran de colores vivos, firmes, baratos, variados. Las bombas de agua permitían explotar el mineral en pozos en lugares antes inundados y regar campos imposibles para ninguna noria. Noches después, el hidalgo de la quimera fue requerido por el mismísimo marqués de Siete Iglesias, secretario del todopoderoso duque de Lerma, para ofrecerme un sustancioso encargo para el ejército de Su Majestad, con su acostumbrada comisión como intermediario.

El sueño amenazaba convertirse en pesadilla. La revolución industrial adelantada en un par de siglos. Armamento, fábricas, humo, guerras y miseria, hambre y superpoblación anticipada a la

historia conocida. Las órdenes del duque eran voluntad del rey. La negativa a cumplirlas, la muerte, el olvido en galeras o el destierro, condenado por traición. Solo Dios, o su voz en la Tierra, podrían oponerse a los intereses del valido. En pocos días y sus correspondientes noches, los treinta artículos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 se habían convertido en los estatutos fundacionales de la Orden de la Misericordia, con el expreso mandato divino de velar por la Obra de Dios y por el ser humano en particular. Convencida e interesada en el éxito del intento, la Madre Iglesia supondría un sólido baluarte ante los requerimientos del marqués. Orden religiosa en el mundo católico, compañía comercial en los países protestantes, facción en el diván del sultán otomano, grupo de presión en la corte del emperador de China, misión en Japón y África Central, el nuevo movimiento ciudadano tomó el control del transporte, la educación y la industria en poco tiempo, implantando alianzas, nuevos métodos de comunicaciones y formas de convivencia.

Los avances de nuestro siglo trascienden la capacidad de un ser humano. Aprendí a seleccionar los objetivos y a las personas. Si las necesida-

des de la guerra propician avances en el desarrollo, la convicción de evitar la violencia, la muerte o la marginación que postula la Declaración fue un milagro en sí. Salud antes que dolor, bienestar frente a beneficio, respeto en lugar de coacción, libertad contra esclavitud, conocimiento y educación ante adoctrinamiento, cooperación en sustitución de la competencia, dignidad en vez de sumisión.

Pasaba el tiempo, convirtiéndose mi sueño en rutina. Había compartido mesa la noche anterior con Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, en su Palacio de Monforte, interesado en adquirir ciertas mercancías de nuestra producción para su distribución en Nápoles. Su padre, el VI conde, había muerto poco antes, poblando el caserón durante su virreinato de lo mejor del arte italiano. Obras de Caravaggio, Bernini, Rafael e incluso Tiziano adornarían las adustas salas gallegas solo unas décadas, hasta desaparecer en el incendio del desocupado edificio a mediados del siglo XVII. La negociación fue larga y entretenida, acompañada de manjar blanco y vino dudoso. La vieja talla románica era para Don Pedro tan prescindible como para mí las láminas de vidrio formado sobre estaño fundido que me pedía a cambio. Sa-

cos de sosa cáustica por un indudable Greco, dos telares con media docena de máquinas de hilar por unos bocetos de Miguel Ángel, una escena bíblica del Veronés y un desconocido cuadernillo de notas de Leonardo con su críptica escritura.

Aquella noche envié dos carros conducidos por gente de confianza para enterrar debidamente mi reciente tesoro en la escondida cripta de una perdida capilla palentina. Los carreteros dispondrían de cuatro siglos para llegar a su destino. Mi sueño del pasado se transformó en despertar presente. El furgón me condujo hasta las ruinas de la misma iglesia que había adquirido unos días antes. La perforadora encontró en pocos minutos una cámara tras el ábside derruido. Con infinito cuidado abrí el hueco hasta recobrar los objetos adquiridos la noche anterior, siglos atrás.

Junto al arte perdido, que haría felices a los futuros visitantes de El Prado, estaban las memorias escritas en los sueños de mis primeros días en el pasado. Viejo papel fabricado con trapos de lino muchos años antes. De regreso a casa, mi transporte flotaba a pocos milímetros sobre la vítreo cinta solar. Lo peor de mis pesadillas resurgía en mi propia escritura de aquellos papeles. Deforestación, campos de exterminio, Intifada,

epidemias, crisis energética, contaminación de los océanos, cambio climático, pobreza, armamento y desequilibrio entre naciones.

Las noticias del día me llegaban, mientras, a través de la pantalla del vehículo, contrastando con el negro panorama de aquel escrito. La población del planeta, estabilizada por más de un siglo en los mil millones de personas, gozaba de salud y paz. La delegación centroafricana de científicos confirmaba la erradicación de los últimos brotes de malaria en el parque natural de la despoblada Florida. El sol de Turquía, Grecia, Italia o Iberia calentaba las frías y largas noches del norte europeo a través de los gasoductos de hidrógeno. Los líderes de las diferentes confesiones religiosas, reunidos en la ciudad abierta de Jerusalén y copresididos por la papisa Inés, la arzobispa de Canterbury, la imán de La Meca y la rabina local, acordaban impulsar los cargos masculinos en sus organizaciones y cuestionar la feminidad del Dios común. Las casas reales de España y Francia celebraban la boda de sus descendientes, Carlos V de Austria y Juana de Borbón. El pequeño Carlos II de Austria y Borbón, de diez años de edad, hijo de ambos, daría mucho que hablar a los estudiosos de la tradición. Sus nobles padres se mostra-

ban más interesados por su trabajo en el cinturón hídrico sahariano, que había unido, a través del continente, el agua desalinizada del Atlántico con el alto Nilo.

Sueño o pesadilla, el mundo actual aún podría mejorarse. Esa misma noche lo intentaría de nuevo desde la invención de mi pasado.

CAVILACIONES EN RUIDERA EN AQUELLOS TIEMPOS DE MI INFANCIA...

Salvador Jiménez Ramírez

En una callejuela había vecinos con diálogo de reprimenda, porque unos chaveas habían robado panizo en varios maizales y huevos en unos nidales de gallinas que andaban más tiempo descarriadas, escarbando excrementos por los andurriales de la aldea, que controladas en los gallineros de los corrales, donde poco había que picotear...

Una madre lavaba y desinfectaba con agusal los glúteos plagados de erupciones cutáneas y la entrepierna de una criatura pequeña. Unos mozos con la indumentaria de toSCO estambre y go-

rras bataneras (uno de ellos sacudía la boina con fuerza en la pierna) se asociaban y envalentonaban para meterse en corro en el tradicional bailete jotero y casero: «¡venga! —animaba un mozote cargado de... argumentos—, ¡que esta noche nos ponemos las botas, que el hermano Gracias está templando la guitarra con cuerdas de estreno y El Guiro de La Ossa lleva un casco de botella de anís nueva para la rasca y dos cucharas de alpaca; el hermano Eusebio otras y dos pares de castañetas y unos platillos el moreno de la Bernabela. Y que han venío algunas de las que están en los madriles de sirvientas y de amas de cría con alguna amiga madrileña que quita las penas... Y que vienen como pinceles, de punta en blanco con chori en los labios aunque bastante creidejas...».

En otra calleja (de los vecinos mejor instalados en la vida) partía crecido el vocerío y la crítica agrandando las fechorías de los muchachos que habían cogido la cosa para estorbarle a la miseria. Dos personas se afrontaron en un callejón, una hizo su saludo con rima: «el camino del batán, unos vienen y otros van».

«¡Mirar ese Estafermo! —indicaba otro tipejo sórdido con trazas de pendenciero—, plantao en el esquinazo rondando a la parienta, que va a

tentar percal cuando yo cante misa; que lleva haciendo el canelo con ella, por la ventana, desde que las ovejas empezaron a dar lana...». «¡No! —interrumpió otro más serio—, si ya son novios de una vez desde el mes pasao, que el padre y la madre ya la dejan a ella de salir a la puerta de la calle y pasan la trasnochá entre la cortina... Que antes hasta por la gatera... Y por eso está tan picao el muermo y galguevo este, que los otros días bien apercollá que la tenía que la cortina no tenía pará». «Por eso —concretaba otro más redicho—, no tiene regomello ni ganas de ganeta cuando le hemos dicho que si se venía esta noche de baile; ya veréis como sí se viene cuando le digamos que vamos a Tomelloso a ver a La Niña La Puebla, como sabe que las bailaoras que vienen en la compañía salen a bailar casi como sus madres las echaron al mundo...».

«Y en la jarana de esta noche —suponía otro más pícaro—, lo más que le vamos a columbrar a las tías va a ser las puntillas y los ribetes de las enaguas cuando se den la media vuelta. Le daremos unos vasos de zurra de más al hermano Gracias y al hermano Pizorro, hasta que se pongan candongos y toquen piezas de agarrao y las podamos apercollar...». «Cuando se armaban fran-

cachelas de aquí te espero —aumentaba un individuo ya mayor y algo achacoso— era cuando venían El Niño de Orihuela y La Paquita Redondo; que cuando hacían la función en la cochera de doña Mercedes Noblejas bailaban las sillas y hasta las gallinas que tenía por allí, por Los Molinos de La Pólvara el hermano Amancio. Hasta a mí me bailaba la puta pata esta que la tengo más agarrotá que si fuera de chopo. Y si no aquel día que La Paquita Redondo se enfadó y se iba andando por la carretera de La Ossa; que luego al final hicieron el espectáculo en la Casa del Rey... Que tocaban la guitarra El Duende y El Nevaio de La Solana y aunque estábamos traspellaos de hambre y con una patata somayá no hacíamos más que tantear la bragueta. Y el molondro, noviete de sigma este, como es tan azucarero, se reía hasta que se le rajaron las guachareras cuando contaban el chiste de la petaca... Pero una noche se armó una timba de padre y muy señor mío, con unos titiriteros que les decían Los Húngaros que traían un mono resabiao y un oso que le decían Nicolás, y en una función, calle alante, el oso casi ahogó al titiritero cuando se abrazó a él y luego le mordió en un brazo en la puerta de la taberna del hermano Salvador. Y a mí si no ando con

vista el mono me hubiese dejao hecho un san Lázaro porque lo engañaron con una china liá en un papel de fumar. Otra noche el titiritero le dio un palo al hermano Amancio y su mujer la Teresa le arreó un riscazo al titiritero».

«Si en el baile de esta noche —retomó el tema uno de los primeros cascantes—, sabemos que no hay na que rascar, porque la que no es novia esta casá... Y luego, y no tan luego, a parar en las casas de las mujeres malas del Canal de Tomelloso, se ha dicho, que han venío unas cordobesas que quitan el hipo, pero que cobran diez pesetas».

«¡Muchachos! —exclamó precipitadamente uno de los más jóvenes del corrillo—, ¡chitón!, a callar tocan que viene por ahí mi hermana, con esa tan bruja que cuando se puso de parto, que como el marido no se creía que aquello dolía tanto, ella le dijo que más que si a él le ataban en sus cosas un cordelillo. Y quería que, mientras estuviera pariendo, al marido le atara la suegra un bramante en sus partes».

La novia salió a la puerta de la casa y el zagal que la cortejaba se aproximó a ella y ambos se taparon con la cortina que cubría la puerta de la morada. El fulano que acababa de narrar lo sucedido o fábula del parto tarareó con malicia: «le-

rén, lerén, lechuga, lerén, lerén, repollo, la hija del boticario se ha ido con el novio...». El novio levantó el burdo estambre que protegía la puerta, miró con muy mal encare, pero se resignó ante la provocación. Un compadre, con trazas de andar borracho, dio varios traspiés y se puso a orinar en el esquinazo de un tapial. Unos críos hacían fiesta de él, corrían y se escondían detrás de una pared. El individuo se cubrió la cabeza con una chaqueta estampada de hiladuras de varios géneros y a los chiquillos, con bronca y trabucada voz, atemorizaba... «que soy Gargantúa y El Fraile Motilón y a los muchachos me los trago de un trajón...». Una parienta con aspecto de mujer «hacendosa» y aseada acuciada por la algazara mientras se enjugaba con prisa las manos en un mandil con parches de pana y género de lona de costal, recriminó con genio y decisión al chisperas: «mejor fuera que tuvieras más vergüenza y te recogieras tranquilicamente en tu casa con tu mujer y tus hijos, que menudo ejemplo les estás dando a las criaturas». Una madre sentada a la vera de un hogar acunaba a un bebé y mientras lo mecía entre sus brazos declamó susurrando: «pimpollo de azucena, lirio en capullo, duérmete vida mía mientras te arrullo...».

En una radio sonaban voces anunciando el Cola Cao, el anís de La Pravia y la canción y música de «cómprame un tebeo»... Un perro blanquinegro que jugaba con matute con un cachorrillo canelo ladraba con mala jindama a un sujeto que, ojeando unos papeles, trataba de llamar a la puerta de una casuca. Una mujer salió de la vivienda, e invitó a entrar al tipo, con cierta sorna: «¡Pasa!, si el perro no te hace na, si lo que hace es escandalizar por la manía que le tiene a alguna gente que no es de su agrado porque le tiran piedras o porque algo les olerá; si a lo mejor sabe que vienes a cobrar el recibo de la luz...».

La mujer acarició y halagó al can con mimosas palabras: «pero cuánto sabe este animal pa tener la cabeza tan chica que tiene; si no le falta na más que hablar...».

MEDIO KILO DE NÍSPEROS

Magdalena Landa Aldape

Coge esa cuchara. Vamos: llénala y come. Abre la boca. Así. Todo. Te cabe todo. Mastica, traga.

Sigue comiendo. Llena una vez más esa cuchara, mastica, saborea. Seguro que no está tan malo ese extraño potaje, esa tortilla de hormigón. Traga de todas formas, porque llena el estómago y aporta fuerza.

Otra vez más el mismo esfuerzo.

Si dejas de poner esa cara de asco te sentará mejor. Adelante. Cambia el chip de los sabores; ¿no te gustan los garbanzos? Ahora te van a gustar. Además, son tu salvación. No te querrás quedar aquí, ¿verdad?

Aquí te puedes quedar para siempre si no

cambias el chip, si no te gustan los garbanzos, si no eres capaz de sacar algo bueno de esa tortilla infernal. Yo tampoco sé cómo puede salir tan mala... Es más difícil hacerla mal que bien, ya lo sé. Pero ahí está y te la comes.

Ya sé que el espacio es mínimo: gente a ambos lados, a ambas manos. Defiéndete. Si eres buena, te quitarán la comida. Ya te la están quitando. ¡Espabila! Mira: alguien mete la mano en tu plato y coge un puñado de garbanzos. ¡Ni se te ocurra pensar! ¡Ni ser amable! Nada de eso; tienes que salvarte, defender esa comida como si de ella dependiera tu vida. Como que de ella depende tu vida. Con el tiempo llegarás a entender que así es.

¿Que dónde pudo estar antes esa mano? ¡Qué importa eso! Sigue comiendo. Sigue llenado tu cuchara para que tu estómago trabaje y se destense, y tu sangre recoja lo que nutre, y tu cuerpo reaccione y tu cabeza, dejando de pensar, empiece a pensar.

Un plato, un vaso, una cuchara y treinta centímetros de mesa: ese es tu mundo. Hazlo impenetrable, con una muralla alrededor. Invisible.

También sé que ese vaso es intolerable, de aluminio, de golpes y de gritos en cada abolladura.

Pero mira: tiene agua. Poca. Buscaremos más. Buscaremos el agua bendita que te sacie la sed. El vaso entonces es lo de menos. Es el agua lo que vale. El agua, el pan, los garbanzos, la insufrible tortilla... Eso es lo que vale, y no importa como esté; lo importante es que te llena, que te da fuerzas, que te habitúa a comer. Esa es la magia.

Y tú sabes que puedes con esto y con más. Aunque griten, tú te vuelves sorda; aunque se peleen, tú te vuelves ciega. Tú solo ves tu plato, tus garbanzos, tu tortilla, tu vaso de agua y de golpes.

Hasta llorar es bueno ahora: las lágrimas te lavan la cara; esas que llegan a la comisura de tus labios han puesto un punto de sal en la tortilla, y la mejoran, la hacen más jugosa, más humana. ¿Ves? Todo vale. Todo nos salva. Y eso es lo que cuenta: salvarse. Seguir adelante, hoy, mañana... Hasta que aparezca alguien que te mire y te pregunte «¿tú qué haces aquí?» y vea que piensas bien, que no estás loca. Y rellene un papel que diga: «Permiso para salir al jardín, permiso para ir a la capilla, permiso para laborterapia...» Y rellene otro papel, más importante que el primero: «No encuentro motivos en esta persona para que esté aquí.» Y acto seguido comiencen los trámites para conse-

guir un vaso de cristal, y una cuchara y un tenedor, y hasta un cuchillo... y unos pocos centímetros más de mesa, y un espacio sin gritos...

Todo. Así me gusta. Sin dejar nada en el plato. Sin que quede ni una miga de pan sobre tus treinta centímetros de mesa.

Y ahora a la calle, a tomar el sol en el jardín, con tu pase en la mano, con tu sonrisa, con tu sagrado convencimiento de que también esto ha pasado por algo, para aprender algo.

Alguien vendrá a verte. Te hablará de tonterías al tiempo que te observa. Pensará encontrar la causa por la que te han encerrado aquí y te mirará mucho, porque seguro que no lo encuentra.

Abrirá su bolso y sacará un paquete. Nísperos. Y tú entonces verás a Dios en esas frutas bellísimas, doradas con el primer sol, llenas de fuerza. Y será una fiesta muy íntima, muy tuya.

Les quitarás la piel con las uñas y te comerás con ansia ese regalo, exponiéndote incluso a que piensen que sí, que verdaderamente estás loca.

Pero ya no te importa: en un día has aprendido que lo más importante eres tú y que ahora mismo te está salvando ese medio kilo de nísperos.

CINCO LETRAS A LAS CINCO

José Luís Martínez Azpilicueta

Los pasos delataron su presencia. Abrió lentamente la puerta que accedía a la salita con intención de atraparlo y pedirle explicaciones, pero él lo vio al instante. Sintiendo cómo la polilla roía sus vísceras, miró con rabia a través de sus pestañas empolvadas, arrancándose furioso un puñado de hojas que planearon en el vacío. El hombre, confundido por la penumbra, creyó que por el balcón entreabierto se habían colado las odiosas palomas ruina de la fachada, pero, cuando intentó atrapar una al vuelo, cayó en la cuenta. Apenas leyó media línea, clavó su mirada en el autor del desaire, que replicó con una carcajada estremecedora.

Campaba a su merced por la austera librería. Al viejo tomo del hidalgo, sucedía lo contrario que a su señor de nobleza castellana. Cumplidos ya todos los años posibles, momento apropiado para recogimientos y humildades, sin embargo, en tono canallesco, impropio de su condición, arremetía contra su dueño que no acertaba a descifrar tamaño desacato.

El motín, no obstante, extendía su proclama por todos los aposentos de la casa. Se habían ido apoderando subrepticamente. Le extrañó los encontronazos iniciales en intersticios y lugares inverosímiles: apilados en el horno, descoyuntados en el mueble bar, cubiertos de escarcha en el congelador, en el cesto de la ropa sucia, y hasta una noche al acostarse, los dedos de sus pies constataron el suave deslizamiento inicial con la dureza final del intruso.

La situación poco a poco fue tomando visos de gravedad, sin embargo no siempre había sido así.

Recordó su infancia en aquel parvulario de pollinos alborotados. Le sonreía sin malicia, tan elemental como él, y cogidos de la mano, penetraron en el alegre laberinto de letras desatadas. Fue tan arduo el empeño, que la paciente monjita —años de recibir sus oídos el impacto estridente— acabó

en un psiquiátrico con sus neuronas en desatino a causa del abecedario atolondrado.

Aquel inicio maternal de letras almibaradas fue sustituido por los vocablos espinosos del maestro a su ingreso en la escuela municipal.

A pesar de que la enciclopedia de recia envergadura lo cobijó recibiendo a cambio lo suyo, aquel «maestro» aprovechó los años de la mísera posguerra, practicando con ellos su deleznable condición. La vara de entumecer racimos de tallos recién aflorados, la bola de hierro colgada en la pértiga descargando su peso en fontanelas apenas osificadas, la jeringuilla que proyectaba su mala agua a capricho emborronando el cuaderno de las primeras letras escritas por el noble tajo y más incidencias que el pobre mocete paliaba desmigando la goma de borrar en el bolsillo de su delantal y corriendo despavorido por las calles del pueblo perseguido por el miedo que lo atrapó para siempre.

Cuando llegaba a casa, mojado y tembloroso, él lo acogía. Era de su padre y tenía en su haber unos cuantos cumpleaños, pero poseedor de todas las voces, le facilitaba los vocablos más apropiados para el consuelo. Una vez aplicado este, el niño se lo agradecía con carantoñas de colores en sus mejillas rebosantes de garabatos.

Fue creciendo siempre al amparo de alguno de ellos, que disiparon con aciertos y desconciertos la penumbra y entresijos de su mente.

Después, vinieron los otros. Ávido de ellos, acuciado para la relación por su timidez innata, despreció aventuras incipientes y aficiones adscritas a la formación del macho, tales como la caza, vinos y cartas en cantinas, las motos para hacerse el gallito acelerando frenéticamente ante el grupo de mozas alborotadas, y otras lindezas semejantes.

Se convirtió en un furtivo al acecho del menor indicio escrito. Legajos, cuentos apolillados, los *Reader's Digest* escondidos por su tía sabedora de la rareza, el libro de atestados de su padre, el intocable tomo del hidalgo guardado bajo llave por el comandante de puesto que sustrajo con nocturnidad y alevosía, causando tal quebranto, que hasta su padre padeció el arresto a causa de la desaparición del castellano insigne.

Tanto leyó y fue leído, que se diluía con facilidad pasmosa entre ellos, obviando toda la familia su presencia, excepto la madre, todo un espectáculo a las horas de comer, agitando como una prestidigitadora el polvo acumulado con un enorme plumero, partícula a partícula configuraba el

ser más parecido a su hijo, rescatándole del asilo ilustrativo.

Tuvo una crisis de realismo ante la llamada de la Patria. Pasó de aquel universo sin cortapisas, en el que vagaba sin rumbo establecido, al internado tapiado por ordenanzas militares adverso a la proliferación de sueños escritos. Aquejado del mismo mal que los pájaros enjaulados a destiempo, terminó ingresado en el hospital militar por una indigestión a causa de *El manual del buen recluta*. La desventura deshizo su entramado penoso cuando el capitán médico, pesando en él más su condición profiláctica, con disimulo ante la monja inquisitiva, depositó bajo su almohada el salvador remedio de un tomo proscrito. Causó efecto a modo de antibiótico remitiendo la fiebre y el empacho y, convaleciente en casa, volvió a difuminarse sin demora. Asolado por la sequía involuntaria, quiso recuperar con presteza su anterior fluido, agitando sus neuronas sin tregua en librerías diurnas y en las nocturnas propiedad de maniáticos coleccionistas de libros sin lectura, selladas a cal y canto, a las que accedía por orificios de cerrojos y ranuras insospechadas.

Fue tal amigo de los ácaros, únicos lectores de aquellos libros huérfanos de tactos, que al divisarlo unguían con sus extremidades los lomos apro-

piados sabedores de sus querencias y no perdiese el tiempo en búsquedas cansinas o desengaños *a posteriori*.

Se casó al fin con un contraste a su disolución continua. Bello ser y lectora incuestionable, acertó a descifrar la insondable levedad del espectro leedor perpetuamente insatisfecho. Ella se conformaba con su invisible compañía, acariciando el espacio supuesto de su cuerpo y el libro hojeado por manos soterradas.

Hasta que la tentación quebró el místico idilio. Al amparo de dos estantes atestados de tomos, entregó su cuerpo saturado de ansias contenidas al fornido bibliotecario, pero su avidez no tuvo en cuenta su volátil presencia. Entonces fue cuando él retomó su estado palpable, y atizó a los amantes tal cúmulo de librazos que el bibliotecario desertó de su oficio y ella jamás osó leer ni tan siquiera un prospecto de botica.

Sacó provecho del trance obteniendo la plaza vacante y, ahorrando parte del sueldo adjunto, compró un ático gastando con generosidad una importante suma en un sinfín de copias de llaves de la cerradura.

Con tal de que no irrumpiesen su descanso, y se abstuvieran de escándalos a deshoras y orgías

librescas, les entregó una copia por tomo, convirtiéndose el ático en una mezcolanza de lo más variopinto.

Así, desfilaron por el inmueble todos los libracos de la biblioteca municipal que, recatados en esta, aprovechaban la licencia para atiborrarse de licores y fumar como chimeneas, dando lugar a quejas de lectores atufados por la lectura apestosa.

Imaginaba sus vicios, pero desatendía la sospecha. Al regreso de su quehacer diario, después de tertulias inherentes a su profesión que se producían en un aposento tenebroso y cuyo propietario, hijo ilegítimo de un poeta sin poesía pero pelota insigne del régimen establecido, convertido en un radical lector de *El Libro Rojo*, intentaba adoctrinar a sus contertulios que pasaban del chino revolucionario y de su discípulo estrafalario, la casa mantenía un silencio sepulcral y todos los libros con sus tapas selladas. Así fue transcurriendo el tiempo entre líneas de cotidiana medida. Nadie quebró lo pactado, hasta que ocurrió el hecho.

«La nueva tecnología de un catálogo infame había trastornado su cabeza lectora.» Palabras textuales redactadas en el acta correspondiente a la reunión que se celebró en el sótano de la biblioteca, y a la que asistieron: el hidalgo, el catón,

la enciclopedia y el diccionario tullido en la que decidieron el inicio de la revuelta impresa.

Al poco tiempo se cometió la traición anunciada. En una librería adaptada a los nuevos tiempos, abierta en horas de siestas y lecturas fallidas, fue adquirido el infame artilugio. Entró el hombre inseguro, solo, como un sujeto sin predicado, observando de reojo al verbo delinquir, y a todas las frases todavía sin expulsar de la librería con sus libros sin pálpitos, y sin el menor atisbo de ternura.

Aturdido por las constantes quejas de los infelices tomos comprimidos, llegó como pudo a la puerta del ático. Entonces un ramalazo de lucidez despejó el horizonte turbulento de su mente, y fue cuando lo entendió. Un escalofrío le sobrevino al recordar la coincidencia del motín con el día que extrajo del buzón el panfleto que le incrustó el deseo electrónico. Ni tan siquiera tuvo tiempo de cerrar la puerta. Asido de las solapas por un vulgar pero implacable tratado de la camorra, fue llevado en volandas hasta la sala, reconvertida en inquietante aposento judicial.

El tribunal constituido por tres vocales y dos consonantes elegidas al azar, en juicio sumarísimo, lo condenó a la pena capital. Fue ejecutado sin la menor dilación a las cinco de la tarde —de-

cisión unánime a petición de un tomo del poeta granadino— de cinco disparos efectuados por un pistolero procedente de una novela del oeste, que cargó el tambor de su Adams con las cinco letras sin piedad, y de quien nadie supo la forma con que accedió a la sala patibularia.

Su cuerpo fue encontrado al cabo de dos semanas por la policía municipal que acudió a requerimientos de la portera, acuciada por el olor penetrante.

Una vez descerrajada la cerradura de múltiples llaves, hollaron a fondo el piso sin otro menester, ya que, aparte del cadáver, solo encontraron el inquietante escrito a tinta china y letra redondilla en la pared de la biblioteca que sentenciaba:

«Ajusticiado por su infidelidad manifiesta a lo impreso desde tiempos inmemorables».

VIDA SECRETA DE UNA GOTA DE AGUA

Andrés Morales Rotger

Una ráfaga de aire helado se mete en el boquete de una nube y arranca una gota. Enseguida dos. Luego tres y hasta cuatro y cinco gotas más. Aquí, en el jardín de los manzanos, con la lluvia siempre sucede igual: cae la primera gota y arrastra consigo una fina llovizna de cristal. Transparente, temblorosa, baja la gota ovillada en sí misma, un tanto encogida para protegerse de los trozos de sol que se escurren entre nubes. Fría de miedo recorre el trayecto desde los desgarrones celestes hasta una mejilla de mujer que camina entre flores de manzano. Un trayecto tan largo como el tiempo

que emplea la mujer del camino en alzar la cara al cielo y decir llueve, creo que empieza a llover.

—Creo que empieza a llover.

La gota resbala sobre la piel y se detiene en el extremo del labio. Labios gruesos como brotes abiertos a un sol rayado de polen. Nunca había sentido la gota el vértigo de avanzar sobre el calor de una piel tan dulce.

—Me da vértigo acariciar tu piel.

Frente al olor a tierra de su pelo hay un hombre de perfil duro, ojos pensativos y barba descuidada, cuyo *blazer* con botones de ancla desentona con el fondo del paisaje. Un hombre que se pega a sus brotes recién abiertos y le aparta mechones brillantes como hojas mojadas.

—Pero soy un coleccionista de mimos.

Él le roza la boca y ella separa los labios lo justo para dejarle claro que no, por favor, no quiero; el tiempo suficiente para que la gota de lluvia se cuele por la puerta falsa de un beso forzado. Una entrada íntima que conduce al bosque de papilas donde se mezclan la hierbabuena, el tomillo, el hinojo y la cólera de la muchacha entre manzanos, con las falsas promesas, la saliva y el sabor espeso del hombre del *blazer* azul. Labio contra labio, lengua contra lengua.

—Es nuestro último beso.

Delante de ella, el gesto de lobo guapo del *blazer* y las manos resueltas de la muchacha que lo aparta de en medio, que le aparta la cara, que le aparta los labios, que lo aparta de sí y ojalá supiese cómo apartarlo de mi memoria que ya estoy cansada de sus gestos programados y de oírle las mismas palabras enredadas en la boca. Un día de esos me lo quito de encima y le digo la próxima vez no te enamores tanto. Búscate otra mujer en tu pequeño mundo. Ya basta.

—Eres única en el mundo —dice él, con cara de estar a punto de darle un beso.

—Ya basta —dice ella, con la cara oculta entre los brazos.

Pero no fue el último beso. Ni siquiera el penúltimo ni el antepenúltimo. Pues un día en que el verano era un sol todavía verde en las ramas, la gota de lluvia vio aparecer un *blazer* azul por el camino entre manzanos. Fue la gota quien primero distinguiría sus andares de lobo guapo al fondo del paisaje, aproximándose despacio, desde lejos, mucho antes de que la muchacha reparara en él. Porque desde que entrara en su cavidad bucal, la gota se había instalado a vivir entre lágrimas de mujer, como una lágrima más. La

gota que se coló por la puerta secreta de un beso había escapado del laberinto de papilas gustativas para, sin excesivas dificultades, escalar hasta las glándulas lacrimales, transmutarse en lágrima y sumergirse en el lago ocular desde donde contempla, día con día, cómo es de bella la muchacha cuando se refleja en el espejo y cuán duro es el perfil del hombre que la espera, el hombro recostado contra el tronco de un manzano.

—No he podido acudir antes —dice el *blazer*, enfrentándose a todo el azul de su mirada azul y a una gota de agua travestida en lágrima que parece desafiarle.

—Da igual.

Da igual que le desabroche un botón, que la bese en el hombro, que no tenga valor para separarse de una mujer a quien ya no ama, que le bese la desnudez de los pechos; le da igual. Da igual que seas un mentiroso, que yo no reúna valor para echarte de mi vida, que rebusques a ciegas entre los botones de mi vestido, que beses la serpiente que me han tatuado bajo el ombligo, que tires lentamente de mis bragas, que no te vengas a vivir conmigo, que pruebes cada uno de los pliegues de mi piel, que avientes mis ropas por el suelo; me da igual. Me traen sin cuidado todas tus promesas y

el asco mágico que me provocan. Sí, porque en el fondo aborrezco y anhelo desnudarme a tu lado y tenderme sobre la tierra negra del camino y ponerme a contar besos y vete de una vez a la mierda, te enteras, vete a la mierda de una puta vez.

—¿Qué te pasa?

El coleccionista de mimos achina pensativo los ojos y echa los hombros hacia atrás, para tomar distancia, eludir la pregunta y apreciar la luz de la mañana que baja por la mejilla de la mujer.

—No, nada.

La muchacha del camino cuenta hasta cien besos. Los registra con sumo cuidado para que no se le descuente ninguno. Besos que no acaban nunca. Cien besos de amantes desesperados. Él me entiende, yo me entiendo.

—Eres lo peor que me ha pasado nunca.

—No te comprendo.

La sonrisa mal disimulada del *blazer* azul, frente a una mujer sin ropa, todavía más guapa, con una gota de lluvia transformada en lágrima lenta y espesa a punto de escurrirse, y una serpiente tatuada reptando hacia su ombligo. Mujer desnuda entre manzanos.

—¿Vendrás a buscarme? —dice ella, con la luz de la tarde en los ojos, en pie sobre la tierra negra

y el silencio del viento, y él alejándose por un camino viejo con surcos de carros. Mientras, una gota desaparece en el suelo.

Para el día en que estallaron los primeros aromas de otoño, la gota que quiso ser lluvia y acabara en lágrima había recorrido ya el universo subterráneo de la tierra oscura, se había unido en matrimonio a la savia del frutal y se propagaba por el enredo de ramas y hojas y aire dormido, hasta penetrar en la luz roja y verde de alguna manzana esperiega.

—Mira —la serpiente tatuada bajo la tentación circular de un ombligo alza el brazo y acaricia el fruto del manzano. Un pinzón se esponja en el extremo de un tallo, ajeno a la maniobra de la muchacha. Es una manzana que recuerda mi mundo—. Toma, cógela.

—¿Qué pretendes? —exclama el coleccionista de mimos, con un chispazo de alerta en los ojos y la expresión congelada. Respira con preocupación.

—La manzana. Te va a encantar.

Y la muchacha del camino ofreciéndole la redonda inocencia de una manzana, en un intento desesperado por demostrarle que el fruto no está envenenado, que la mayor acumulación de vene-

nos se halla en los amores muertos y a ver cómo le dice ella ahora que poco o nada puede hacer frente la presencia permanente del fantasma de otra mujer; de los fantasmas de sus propias contradicciones y dilemas. Que, a la larga, el amor cansa demasiado. Cómo le digo que no puedo reprimir más mis ganas, que quiero que aquello que pasó vuelva a pasar, y que voy a ser yo quien ya mismo lo tienda en el suelo y se lo folle encima de ese *blazer* azul marino, con todo y sus botones de ancla.

—Ten, pruébala. Manzanas esperiegas, las más tardías.

—¿Yo? —pregunta reticente. Sacude la cabeza, retrocede un paso. Rechaza la tentación con un afectuoso gesto. Un pájaro sin nombre remonta el vuelo—. No, no me apetece; gracias.

—¡Tonto, mira! —dice riendo, ella, acercando la fruta pecaminosa a la luminosidad blanca de su risa. Y enseguida el crujido al arrancar de cuajo la perfección del primer bocado. El sonido de los dientes en una manzana cuyo mesocarpio esconde una gota de lluvia—. Prueba mi mundo, venga —la muchacha cierra los ojos mientras la gota que quiso ser lluvia, que quiso ser lágrima, que quiso ser pulpa, se mezcla con la hierbabuena, el tomillo, el hinojo y la ácida dulzura de la manza-

na que ya comienzan a teñir las papilas de la muchacha del camino.

Al cabo de un momento de vacilación, el hombre busca ese otro lado sin huellas de la primera mordida. Sube a sus labios la piel pura de media manzana virgen. Tanto interés de la mujer en que pruebe la endiablada herejía que le ofrece. En que el hombre la pruebe. Si ella quiere, él...

—¡Sí! —la emoción ribeteándole los ojos, ella. Lágrimas ciento por ciento humanas, sin trazas de lluvia. La piel roja frente a la mancha roja de unos labios que provocan. La gota distingue ahora la saliva gruesa y el sabor espeso del hombre del *blazer* azul. El deseo que revienta en la boca de él. La alegría que llena la boca de ella. Y la gota reconoce enseguida el amor que empieza a hervir en la estrecha rendija que dejan los besos.

—Confiesa que has venido a buscarme —al borde de la carcajada o del llanto, ella. Sonriendo más con los ojos que con la boca. Sollozando más con la voz que con los ojos. Labio contra labio, lengua contra lengua. La gota que quiso ser pulpa quiere ser lluvia otra vez. Advierte que en medio de las palabras está de más. Que el amor quema y que le será suficiente con permanecer a flor de labios para que ese viento que no sabe de dónde

le llega se la lleve consigo—. Has venido a buscarme; dime que sí.

Una ráfaga de aire quemado se mete en el boquete por donde respira el amor y arrastra la gota. La gota que fuera lágrima y luego pulpa y luego saliva en boca de dos amantes es ahora un diminuto fantasma de vapor. Aquí, con el amor, siempre sucede igual: un hombre y una mujer se besan. Dos mujeres se besan, dos hombres se besan y enseguida la saliva asciende, transparente, temblorosa, transformada en agua, el camino de regreso hacia esas hebras de nubes que ya empiezan a tejer de blanco el cielo del edén de los manzanos.

AÚN NO LLUEVE

Julio Pina Fernández

Amanece, en el horizonte dos líneas rojas asoman entre nubes violetas. Así, la luz del alba se desliza llegando a la fachada para trepar lentamente hasta colarse por la ventana; luego, entra flotando y tímidamente va pintando las paredes hasta romperse contra la luna del espejo, esparciéndose por toda la habitación.

Arranca otro día. Pronto sonará el despertador, el calor de la ropa sobre el cuerpo se agradece y te acurrucas. Te encuentras bien pero no puedes seguir en la cama, ¡estaría bonito! A tu lado, tu mujer se mueve lo mismo que el día, poco a poco, perezosamente, como una máquina que empieza a rodar.

De la calle te llega el estridente silbato del guardia que intenta poner orden en el caos que los coches están provocando en el cruce cercano. A veces, cuando el guardia no está, el tráfico rueda mucho mejor; ahora no, su silbato autoritario se mezcla con el descoordinado sonido de los coches. Todos tienen prisa por acudir al trabajo, claro, se levantan con la hora justa, malencarados, tristes y cualquier contratiempo les irrita y ¡hala!, a tocar el claxon una y otra vez.

Por fin el despertador patalea a la vez que canta cual gallo mecánico, pero te haces el dormido. Tu mujer lo apaga, se despereza y, despacio, se levanta; aún sentada en la cama te mira de reojo, luego te da el tiempo justo para ponerse la bata y marchar a la cocina a encender el fuego donde prepara el desayuno. Cuando lo tiene a punto, te llama y es entonces, solo entonces, cuando abres los ojos.

—Vamos dormilón —te dice cariñosa, y le agradeces con un corto gruñido sus buenos días.

Es una costumbre añeja esta de tu gruñir mañanero. Sí, ya sé que no estás enfadado y que es un gruñido amoroso, como si te costara trabajo articular palabra. Tu mujer lo sabe también y no lo toma en cuenta, son ya muchos años, más de

veinte escuchándolo cada mañana. El día en que le des los buenos días seguro que llama al médico.

Al punto, te levantas de un salto como si ya no tuvieras necesidad del calor de la cama, te rascas la cabeza, bostezas y, con habilidad, te calzas los pantalones y las babuchas mientras dejas correr la mirada por los visillos de la ventana. El cielo está encapotado y totalmente gris. Sales de la habitación, en el pasillo te cruzas con los chicos que, discutiendo y peleando, se disputan el lavabo, la toalla y apenas te dejan llegar a la cocina.

—Vamos viejo, que es para hoy.

«Viejo, viejo». Aún recuerdas cuando te levantabas antes de que saliera el sol, cuando estos chicos (que ahora, con los pantalones tejanos y el pelo demasiado largo, te empujan) dormían como benditos en sus camas; aquellos días, cuando antes de salir a la calle, aún con el tiempo justo de acudir a la fábrica, te pasabas un momento por su habitación para arroparles y besarles en la mejilla.

«¡Ah, qué tiempos aquellos!», piensas mientras tomas el café de pie, sorbito a sorbito, sin sentarte, sin prisa. Al terminar, tu mano se desliza lenta y mecánicamente en busca del cigarrillo mañanero, pero en el bolsillo no hay paquete alguno, está vacío. Más tarde, ya en el baño, con la

barba pintada de blanco por la espuma de afeitar, el espejo te devuelve esa cara de viejo y las ojeras aparecen más marcadas y oscuras que nunca. Oyes como los chicos, riendo, se van al colegio. «Viejo, viejo». La palabra retumba aún en tu cabeza. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que estos que ahora te sacan la cabeza y se fuman a escondidas tus cigarrillos como si fueran agua se subían a tus rodillas para que le contaras cuentos! Y a ti, que por aquel entonces no te daba vergüenza hacerlo, ¡vaya historias les contabas! ¿Cómo era aquella del grillo y el león? Sí, hombre, aquella en la que un grillo se las apañaba junto con sus amigos, las moscas, avispas, hormigas y demás animalitos de pequeño tamaño, para propinar una buena paliza al malvado y presumido rey de la selva. Ellos se quedaban con la boca y los ojos muy abiertos esperando con ansiedad el desenlace que cada noche cambiabas.

Luego, poco a poco, día a día, los chicos se fueron haciendo mayores, y tus cuentos ya les hacían reír, y un poco más tarde les aburrían. Sí, les aburrían, reconócelo, ¿o no te acuerdas que últimamente ya solo Paquito, el más pequeño, corría a sentarse sobre tu regazo y tú esperabas a los otros dos, que unas veces ocupados con sus

deberes no venían y otras se despistaban para no aguantarte? Y ahora sientes que quizá tenías que haber pasado más tiempo con ellos, pero estabas demasiado ocupado con el trabajo, pendiente de traer dinero a casa y dejaste a tu mujer la tarea de su educación hasta ese día, en que comprendiste que apenas les conocías. ¿Qué les gustaba realmente? ¿En qué empleaban sus ratos de ocio? Tú apagabas la culpa preguntando a tu mujer.

— ¿Cómo van en el colegio? Vigila al mayor, que ese cualquier día fuma.

Y así dejabas la vida pasar y, sin aquellas historias que contar, te quedaste sin nada que decir, vacío. Dicen que a veces los hijos se quedan huérfanos de padre porque este nunca está en casa, pero piensas en qué pasa cuando son los padres los que se quedan huérfanos de hijos. Claro, no tienes respuesta y aguardas callado en tu sillón, esperando la cena que ahora comes sin protestar, porque tienes que admitir que antes cuando tu mujer servía la mesa, siempre ponías pegas. Sí, ya sé que cada uno ponía lo que sabía, pero, ¡qué diablos!, nunca estabas conforme con la comida. Que si le falta sal, que cómo quema la dichosa sopa, que este filete está poco hecho, en cambio ahora... Sí, ya sé que me vas a decir que la comi-

da no ha cambiado y sigue como siempre, pero ahora tú te la comes sin rechistar.

Claro, es cierto que ya no dices nada sobre la comida ni sobre otras muchas cosas, no es como antes, no; ahora te has vuelto más callado y taciturno y andas por la casa como un espectro, con las piernas pesadas, cansado, abatido, con la vida a cuestas. «¡Viejo!»

Sí, no me mires así, como un viejo, ya sé que ahora no es lo mismo y que desde hace un tiempo, bueno casi tres años, es diferente, pero, ¿dónde dejaste tu vitalidad?, ¿tus energías?, ¿qué fue de tus ilusiones?, ¿recuerdas cuándo apostaste el bigote? Sí hombre sí, que te lo cortarías si antes de dos meses no comprabas un coche y lo compraste. ¿Te acuerdas de las fotos pequeñas que pusiste en el salpicadero? Primero la de tu mujer y luego los chicos, de mayor a menor. Sí, ya sé que lo has vendido hace seis meses, pero el caso es que en aquella ocasión lo compraste, lograste tu propósito y qué ilusión cuando fuiste a elegir el color. Tú empeñado en el verde, tu mujer en el azul y el vendedor en el blanco, que los otros tardan dos o tres meses en venir. Y así, con el coche nuevo, a recoger a los chicos al colegio y todos juntos a pasear calle arriba y abajo; y vuelta a em-

pezar, ¡mira qué maletero!, ¡cómo suena la radio! Qué alegría, qué ilusión un coche nuevo, el primero. No era muy grande pero era tuyo, vuestro, solo para ti y tu familia. Te sentías tan orgulloso de ello...

¿Por qué no ahora? Quizá tengas razón y yo no lo pueda comprender, que hay que estar en tu pellejo, que no siento lo que tú cuando te miras al espejo y te ves cansado, distinto, como si vieras reflejada la imagen de otra persona ajena a ti.

Luego te pones la chaqueta estirando un poco las mangas para ocultar los puños rozados de la camisa y te acercas a tu mujer; ella te dará cinco euros que tú no quieres coger.

—Quita mujer, si no me hace falta

Pero ella te mete el billete en el bolsillo derecho y cogida de tu brazo te lleva cariñosamente hacia la puerta. Allí, los dos quedáis frente a frente, tú con la cabeza baja, ella te besa despacito, apenas rozando tu mejilla con los labios a la vez que te empuja suavemente. Desde allí, apretando fuertemente el delantal con las manos, ve como bajas las escaleras. Lo haces mirando al suelo, contando los escalones, «uno, dos, tres... diecisiete» ¡Si los sabes de memoria! Quizá hoy los subas alegre, rápido, para dar la buena nueva. Sí, quizá hoy.

Son ya tres largos y monótonos años gastados inútilmente en buscar trabajo. Tres duros años de patear la calle día a día, como vas a hacer hoy, persiguiendo algo que hacer que te dé dinero para traer a casa. Primero fue como especialista, luego como mozo y ahora te conformarías con lo que fuera. Y así, llegas al portal, te ajustas la bufanda al cuello, hace algo de frío. Tu mirada cae sobre el zapato izquierdo, donde el calcetín a través del agujero de la desgastada suela ya besa el suelo; luego trepa al cielo, allí el sol juguetea tímidamente entre las nubes. «Menos mal que aún no llueve», piensas, y echas a andar.

SUMARIO

Presentación, por Obra Social “la Caixa”	5
Presentación, por RNE	9

Finalistas 2011

La casa de enfrente JUAN DÍAZ DE ATAURI	15
Una librería para descambiar NIEVES ÁLVAREZ MARTÍN	23
Matías Hidalgo Ruiz RAMÓN CABRERA NAVEIRAS	33
Una luz amarilla LUIS CASAO BENEDÍ	43
Confesando inocentes MANUEL CUBERO URBANO	53
Los brazos DOLORES DÍAZ AMBRONA DE LLERA	59
Un amargo recuerdo PEDRO FEBREL VALTUAÑA	63
Una historia común en un lugar común MARICARMEN GARCÍA DIÉGUEZ	73

Paseo de la esperanza	81
ISABEL GENTIL GARCÍA	
¿Dónde está el zapato de crispín?	89
GLORIA GONZÁLEZ JAREÑO	
Recuerdos inolvidables	99
CELESTINA IGLESIAS GARCÍA	
Miradas hacia el pasado, Miradas hacia el futuro	109
JUAN JOSÉ LÓPEZ PÉREZ	
La tricotosa	119
JESÚS S. MARTÍNEZ DÍAZ	
Serafín, el «campanero»	129
MANUEL E. MIRA SÁNCHEZ	
Corazones rotos	139
LOLA SANABRIA GARCÍA	
Finalistas 2012	
Cabeza vacía	143
LUISA HORNO DELGADO	
Diario de ruta	149
JACQUELINE BRABANT OLIVER	
El endocarpio dorado (un cuento surrealista)	157
MANUEL CARRASCO MORENO	
Jubilación	163
CONCHA ABELLÁN HERNÁNDEZ	

Resonancia magnética	167
ANGEL CUESTA MUÑOZ	
El engaño	171
MARIELA DIEGO NUÑEZ	
Un lugar donde nunca hace frío	179
FILOMENA FEIJOO SÁNCHEZ	
La otra cara del espejo	189
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ ROBLEDILLO	
Lo metí en un hoyo	195
MARI DEL PILAR GALINDO SALMERÓN	
Si hubiéramos sabido	203
DOMINGO GUINEA DÍAZ	
Cavilaciones en Ruidera	
En aquellos tiempos de mi infancia...	213
SALVADOR JIMÉNEZ RAMÍREZ	
Medio kilo de nísperos	221
MAGDALENA LANDA ALDAPE	
Cinco letras a las cinco	225
JOSÉ LUÍS MARTÍNEZ AZPILICUETA	
Vida secreta de una gota de agua	235
ANDRÉS MORALES ROTGER	
Aún no llueve	245
JULIO PINA FERNÁNDEZ	

Los papeles utilizados en esta publicación son: cartulina estucada de 240 g de Torras Papel para la cubierta, y ófset ahuesado alisado de 90 g, fabricado por Papelera del Oria, para el interior; ambos con certificación FSC (Forest Stewardship Council). Proviene de bosques generados sosteniblemente y existe certificación total en lo que se refiere a su cadena de producción.